

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA DE P. NÚÑEZ, PLAZA DE SAN JAVIER, 6.—ROLLO, 9

LA PÁLIDA

I

Todo estaba preparado para el jolgorio. En medio de la habitación deslumbraba el aspecto de la mesa. Era una blancura mate, y sobre esta nieve de los manteles los camareros habían colocado simétricamente la porcelana y el cristal, el acero y la plata de los cubiertos, otras blancuras pulidas y brillantes que se llenaban de reflejos al recibir la fuerte claridad de las bujías. Había en el centro un gigantesco ramo de flores naturales, y alrededor del ramo se agrupaban los postres, formando una revolución de olores y una asonada de matices, el verde y el anaranjado, el amarillo, el carmín y el rojo, mezclados y confundidos al confundirse y mezclarse las pe-

ras, las naranjas, las manzanas, la fresa aromática, las transparentes uvas y la fibrosa piña americana. Bajo campanas de cristal se encerraban los quesos extranjeros mal olientes y podridos, y formando pirámides estaban las doradas y apetitosas pastas, los emparedados y los dulces aprisionados en papeles, siendo como muralla de circunvalación los entreplatos, que formaban á todas aquellas compoteras, fruteros y fuentes montadas, una orla de aceitunas, pepinillos y rábanos, rajas de salchichón, lengua de vaca holandesa, trufas, ostras y anchoas. Escaseaba el pan, contrastando esta escasez con las descritas abundancias, y al lado de cada cubierto se veían esos pequeñísimos bollos de Viena que no sirven para alimento, sino para hacer más verosímil la hipótesis del apetito en los que se sientan á comer sin haber conocido nunca el hambre.

Las paredes estaban decoradas con caricaturas pintadas al óleo; el roble macizo del aparador soportaba el peso de una batería de botellas cuyas cápsulas de diferentes colores, acusaban la diversidad de vinos y la distinción de cosecheros. En la chimenea ardía un buen fuego de leña; alegres llamas coronadas de chispas que se

entrelazaban como criaturas lascivas y desnudas, cuyos calientes cuerpos dejaban copiar todas sus actitudes en el barnizado palosanto de un piano colocado allí cerca y abierto ya, conteniendo á duras penas la carcajada homérica de su teclado. Había un espejo sobre la chimenea, y en su luna los letreros estúpidos é indecentes, grabados con sortijas de brillantes, eran los arañazos con que la lujuria se vengaba de haber visto en tanta limpieza y tersura copiada su blanda suciedad.

Aquella habitación, aquel comedor del restaurant, abierto en el entresuelo de un lujoso café madrileño, no pertenecía al público, como los demás comedores del mismo establecimiento. Era el local de *La Botica;* sociedad, conjunto ó reunión de viciosos, naturalezas gastadas por todos los placeres, llagadas por todas las armas del sensualismo, cuerpos que empezaron andando fuertes y robustos por el cieno y luego al hundirse poco á poco continuaban arrastrándose, acostumbrados ya, y como complacidos al sentirse envueltos y rodeados de calor y pestilencia. *La Botica* era lema y razón social del club, que significaba muy claramente los requisitos que había de

reunir el que deseare ingresar como socio. No se le preguntaba quién era ni lo que se proponía. Se le preguntaba si venía enfermo, con una de esas asquerosas enfermedades del libertinaje, y si estaba decidido á no curarse más que con las medicinas de *La Botica*. Mostrábasele la mesa siempre puesta, en que abundaban las salsas picantes, los excitantes de todo género, el aparador cubierto de vinos embotellados, los anchos divanes mullidos como lechos, y cuando el intruso gritaba sin palidecer ni temblar: *¡Viva la muerte!* quedaba admitido como compañero con derecho á todas las consideraciones y prerrogativas de los demás socios. Sí: allí se moría, no como mueren los valientes, sino como han muerto siempre los desesperados. Se moría con la copa en la mano, risueño el labio y rodeando con el brazo la cintura de una mujer hermosa y casi desnuda.

La Botica se burlaba de todo. Encendía las luces de gas en pleno día, cerraba los balcones y prescindía del sol. Abría el piano y despreciaba el canto de los pájaros. Cuando había primavera en los campos, rosas y florecillas de aroma en los jardines, pubertad en el cuerpo de las vírgenes, que pasaban soñadoras bajo los tilos, había en

La Botica emanaciones de café, humo de tabaco y olor á vinos derramados en los manteles, canciones obscenas que sustituían las trovas de amor, y hombres cuyas oraciones eran blasfemias, como eran sus éxtasis borracheras, sus abrazos luchas y sus besos mordiscos en los marchitos pezones de las rameras. Todo esto era una miseria que se engrandecía, una negación llevada á las científicas afirmaciones del ateísmo; tenía lo admirable de la temeridad, lo terrible de la locura, y afrontaba todos los desprecios empezando por despreciarse á sí mismo; estaba, en fin, sintetizado, en la valerosa cobardía de aquel ¡vive! dado á la muerte, cuando no se tenían alientos para vender cara la vida.

Encendidas las luces, puesta la mesa y atizado el fuego, el camarero, que era un buen mozo, de rostro pálido, ó mejor dicho, empalidecido por el insomnio, afeitado á la inglesa, sin bigote, pero haciendo ostentación de rizadas patillas negras, después de pasear á su rededor la mirada satisfecha con que el artista contempla su obra, volvióse, para dirigir á un individuo que presenció todos estos preparativos, columpiándose en una mecedora, la pregunta de rigor en tales casos.

—¿Está todo á gusto de usté, D. Arístides?

—Está bien, Paco, divinamente.

Preciso era que el llamado Paco tuviese grande habilidad para ese difícil oficio de manejar platos y de colocar cubiertos, y exquisita manera de colocarlos, porque D. Arístides no era hombre que prodigase sus alabanzas en este punto, y aquel *divinamente* lo apreció el camarero, y le satisfizo más que nutrido aplauso de las muchedumbres. Y es que en los restaurants de Madrid, cuando D. Arístides era el anfitrión de cualquier fracachela, desde el jefe de cocina hasta el maestresala, todos temblaban como chiquillos ante el severo y docto maestro. D. Arístides estaba considerado como un segundo Brillat-Savarín en asuntos gastronómicos. Era un veterano de las orgías; su paladar de catasalsas y su vista escudriñadora encontraban en seguida el defecto que para todos los demás pasaba desapercibido. Tenía en las fondas y cafés el cetro de la crítica, y su reputación en culinaria igualaba á la que tuvo *Fígaro* en materia de literatura.

Se hablaba mucho en Madrid de este personaje. Poseía, al decir de las gentes, una gran fortuna, una renta que suponía el fabuloso caudal de

Monte-Cristo, caudal constantemente aumentado por medio de operaciones de Bolsa, sigilosamente convenidas con el ministro de Hacienda; su jugada era siempre de *diferencias* en grande escala. «Compre usted mañana», se le decía al oido en un rincón del despacho del prócer, y D. Arístides compraba una millonada *á fin de mes;* hecha la operación, corría de cuenta de la *Gaceta* todo lo demás. Aparecía un decreto, el papel subía un dos ó un tres por ciento, como espuma batida por la pluma con que rubricaba el ministro; y el día primero nuestro héroe se presentaba de nuevo en el departamento ministerial con la cartera atestada de billetes de Banco, en un lado los suyos y en el otro los de su excelencia. Había vendido, y podía decir como los prestidigitadores franceses: *le tour est fait,* agitando sus cubiletes sobre los hogares desiertos de las familias arruinadas y los cráneos destrozados de los suicidas.

No era esto, sin embargo, la base de su fortuna. Antes de comprar y vender papel, había comprado y vendido mujeres. Todos lo sabían y nadie entre la gente de la buena sociedad dejaba de dar la mano á este tratante de esclavas, que era

conocido con el apodo de *el Chulo*, y vivía en un lupanar antes de poseer un suntuoso palacio en la Castellana, antes de estar condecorado con dos grandes cruces, antes de ser elegido diputado á Cortes, antes de conseguir á fuerza de centenes y doblillas de oro que se encubriera con un dorado á fuego de falsa honradez, el cobre manoseado, sucio y negro de sus miserables y canallescas hazañas.

Todo era en él lo mismo; su palacio tapaba un lupanar, su gran cruz, un asesinato; su diputación, un viaje hecho á las provincias, no en busca de votos, sino de prostitutas; y su misma mujer, una mujer hermosísima, reina de la moda en Madrid, era una antigua alcahueta, que cambiaba por la casta dulzura del nombre de María las impurezas que recordaba su verdadero nombre de Mari-Pepa, de origen y composición andaluza. Mari-Pepa tenía también su correspondiente careta y disfraz: un título encerrado en marco de plata y puesto en sitio el más visible de su tocador, título de la *Asociación de Señoras devotas y caritativas*, que una vez á la semana en el salón del palacio acudía para formar agradable reunión de exbailarinas y amazonas retiradas de la pista

ó del escenario, por su casamiento con algún viejo aristócrata, siendo Mari-Pepa la digna presidenta de esta tertulia, y habiéndose encargado de levantar las actas de cada sesión, un curita, joven de veintitrés años, muy guapo y muy amable, que desempeñaba á las mil maravillas los oficios de Secretario de la Junta.

La noche en que comienza nuestra novela, don Arístides, dejando á Mari-Pepa comer sola en su palacio, habíase encaminado al restaurant, con el objeto de saber si estaba ya dispuesto todo lo necesario para el gran banquete que daba á sus amigos y consocios en el local de *La Botica*.

Paco iba á retirarse ya, enorgullecido con los elogios del anfitrión, pero éste le detuvo.

El diputado á Cortes D. Arístides era hombre de gustos muy democráticos, á pesar de que sus compromisos políticos le llevaban en el Congreso á sentarse en los escaños de la mayoría conservadora. Veíasele más dispuesto por inclinación natural, á tener trato y entablar diálogos de igual á igual con las gentes de ínfima clase, y cuando, por el contrario, se hallaba en presencia de algún elevado personaje, daba como siempre suelta á

la lengua, pero no sin que se notara en sus palabras, gestos y ademanes, cierta turbación y no pocas indecisiones.

Parroquiano y camarero departieron, pues, amigablemente, acerca de cosas indignas todas de ocupar la respetable atención del caballero Gran Cruz y padre de la patria.

Paco era un muchacho muy instruído. Él no sabía escribir con arreglo á la ortografía, ni había pluma que en su mano dejara de ser una regadera de tinta, ni libro cuyas letras por grandes que fueran, le permitiesen leer de corrido, sin que al punto lo dejaran por embustero; pero, en cambio, sabía de memoria el nombre de los caballos de carrera, y los premios que habían ganado, el número de estocadas que dió Frascuelo en la temporada anterior, y, por último, siendo esto último lo más esencial, los apodos y precios de todas las busconas de Madrid, la calle y el número de las casas en que vivían.

Media hora llevaban de animado coloquio, y serían por tanto las ocho de la noche, cuando empezaron á llegar los convidados.

Llegó primero que nadie el padre Lasoga, y detrás de él, á manera de acólito, apareció el to-

rero Recatado, famosísimo banderillero en sus buenos tiempos, que fueron los malos para España, por ser los de Fernando VII. Luego fueron entrando en *La Botica*, sin ningún esplendor ni aparato que los precediera, tres ó cuatro condes, otros tantos duques y hasta media docena de marqueses, caballeros todos que se cubrían ante el Rey, y últimos retoños de nuestras grandes razas de la Reconquista, que no á menos antiguo origen remontaban sus apellidos. Después de las grandezas tocó la vez á las eminencias, lo que quiere decir que también fueron puntuales á la cita, aquellos cuyos nombres no estaban escritos en pergaminos de nobleza, sino en las cubiertas y portadas de los libros nuevos, en los carteles de los teatros, en la parte baja de los lienzos de los museos, y en el pedestal de las estátuas; poetas, autores dramáticos, pintores, escultores, cómicos y periodistas. Por último, aparecieron tres ó cuatro vividores, á la manera que lo había sido *el Chulo*, porque D. Arístides formó escuela, tenía adeptos, émulos y admiradores, y sus discípulos, ya numerosos en Madrid, esperaban, como él esperó, las grandes cruces, las actas de diputado, los palacios y las *operaciones* de Bolsa; en los ga-

ritos, levantando muertos, haciendo paquetería ó tirando el pego; en los lupanares, enamorando tunantas; en las tabernas, cobrando el barato; todo lo cual no impedía que por la noche, reunidos ya los cinco duros ó la media onza á lo sumo, cambiaran de traje, modales y vida, y alternasen y hasta compitiesen en elegancia con lo más selecto de la sociedad madrileña; si bien es cierto, que el frac vestido por ellos resultaba siempre como en los camareros, una chaqueta con faldones añadidos.

La habitación en que momentos antes sólo se oía, como un diálogo familiar entre amo y criado, la conversación de Arístides y Paco, pareció más luminosa y animada, llenóse de palabras y risas, al llenarse de comensales, que se saludaban afectuosamente, y mareaban al camarero dándole órdenes distintas y múltiples, distinguiéndose entre todos aquellos jaraneros el padre Lasoga, que pedía el ajenjo sin agua como aperitivo, y á cada momento de gran tumulto, subíase en un diván y desde allí, parodiando la entonación campanuda de los predicadores, gritaba á los contertulios: «Queridísimos hermanos en Jesucristo y amados oyentes míos: Por las cinco llagas que en la

Cruz y por las innumerables que en la Pasión tuvo el Redentor del mundo, os pido y os ruego que guardeis un poco de compostura y que digais conmigo *Ave María*.» A lo que todos contestaban entonando á coro la sacrílega y conocida copla

Al Santo Cristo de Burgos
dicen que le crece el pelo, etc.

para lo cual formaban círculo alrededor del predicador, que, al verse convertido en director de orquesta, simulaba con la mano derecha llevar la batuta, y al terminar la copla convertía los compases en bendiciones y la última bendición en una bofetada al que tenía más cerca, exclamando: «Dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí.» Tenía además estudiado con tal arte el modo de girar la cabeza á uno y otro lado, que era imposible dejar de ver á cada momento su tonsura, hecha del tamaño de un duro para que resaltara más, cuidadosamente afeitada, entre el crespo y negro pelo.

Pero aquella noche, y á poco de estar reunidos en *La Botica* los desahuciados, puesto que así era como se llamaban, nadie paraba mientes en las ocurrencias del padre Lasoga, y este mismo

participaba de la preocupación general. Iban á dar las ocho y media, y las miradas se dirigían á la puerta á cada instante, aumentando la impaciencia hasta el punto de cesar poco á poco todas las conversaciones.

En este silencio oíase cómo la lluvia azotaba los cristales; subía de la calle el grito de los vendedores de periódicos y un rumor de palabras de los transeuntes, pero no el taconeo de la muchedumbre ni el ensordecedor estruendo de los carruajes que cruzaban en todas direcciones por aquella calle céntrica. Había nevado; peatones y carruajes pasaban sin ruido ensuciando la blancura espesa y blanda que cubría las aceras y el empedrado. La nieve pisoteada abajo, sólo conservaba su inmaculada pureza de tejas arriba, ciñendo amorosamente las guardillas de los pobres, extendiéndose sobre los palacios, asemejándolos á colosales mausoleos, cubiertos por unida y compacta losa de mármol, en la que los pájaros, ateridos de frío, se posaban un momento, grabando con sus patitas extraños epitafios, geroglíficos tan enrevesados é indescifrables, como los de las tumbas en que descansan las momias de los Faraones.

Las manecillas del reloj continuaron su marcha, y continuó creciendo con ella la ansiedad de los treinta hombres reunidos en el comedor del restaurant.

—Tendría mucha gracia que no viniera—dijo uno de ellos.

—El cocinero—advirtió Paco echándose al hombro la servilleta, inseparable compañera de sus oficios—el cocinero no responde ya del buen condimento.

—¡Horror! ¡Que me devuelvan el dinero!

—Vamos á comer—aconsejó Recatado,—porque esa *barbiana* nos da mico de seguro.

—Vendrá, señores, vendrá; hay que tener un poco de paciencia.

—Y otro poco de hambre—agregó el padre Lasoga, replicando á Arístides.

Entonces el más joven de la sociedad, acercándose al anfitrión, no pudo contener esta pregunta:

—¿Estará muy hermosa?

—¡Hermosísima!

—¡Calle! ¡Pues es verdad! De todos nosotros, el único que conoce á la futura *Boticaria* es Luisillo.

—El marqués—añadió D. Arístides para ilustrar la opinión y aclarar el punto — la conoce mejor que yo mismo.

—Pido que nos la describa con gran lujo de detalles.

—Sí, sí; venga ese retrato.

Y el coro repitió:

—El retrato, á ver ese retrato, Villaperdida.

—¡Que lo diga!

—No, que lo cante.

—Eso es, que lo cante al piano — agregó el duque de Tres Estrellas.

—Y yo tocaré las palmas—terminó Recatado.

Pero en aquel momento una mujer se presentó en el umbral.

II

Miró á todos, uno por uno, al ver que todos la miraban, y sin quitarse el ámplio abrigo en que iba envuelta, cerró ella misma la puerta y se adelantó con el resuelto ademán que emplearía una domadora al penetrar en la jaula de los leones.

La luz de las bujías puestas en los candelabros de la mesa, daba de lleno en su rostro, y la de los mecheros de gas, intenso y fuerte, abrillantaba con dorado tornasol los rizos rubios que caían sobre su frente.

La belleza de aquella mujer excitaba poderosamente los sentidos. Tenía un admirable conjunto de líneas, modeladas todas para la redondez de las formas, que se abultaban en curvas sensuales. Era la poesía de la carne. No la obesidad, que pesa y enoja, sino el ámplio y vigoroso modelado que hace hermosa la misma turgencia

é inmortalizó en el mármol los contornos fuertes de la Calipija.

Hubo una explosión de aplausos, y Arístides se levantó de su mecedora para acercarse á la recién venida.

—¡Ole, lo bonito!—gritó Recatado, tirando sobre la alfombra su calañés.

—¡Viva *La Pálida!*

Y el ¡viva! fué unánime, formidable, como el primer rugido de las fieras que rodean á su víctima.

Uno de ellos, acercándose más y aprovechando la actitud confiada de la joven, le dió un beso rápido en la megilla. Pero *La Pálida*, revolviéndose furiosa, se encaró con él.

—Oiga usté, so tío, yo no he venido aquí para divertirle á usté, ni á nadie, por su bonita cara.

—Es que...

—Lo dicho, y me debe usté cinco duros. Eso le enseñará á usté á no dar besos sin ajustarlos. Conque vengan, que á mí no me gustan las cosas gratis.

Soltaron los oyentes la carcajada, y el duque de Tres Estrellas soltóla también y con ella la monedilla de oro, precio puesto á su caricia.

—Ea, á la mesa, á la mesa. Paco, trae la sopa. —ordenó Arístides.

Y mientras cada convidado ocupaba su puesto, *La Pálida* se quitó el abrigo delante del espejo, diciendo durante esta tarea:

—¿Dónde me siento yo?

Llevaba un traje sencillo y de elegantísimo corte parisién. Falda de seda grís, formando abajo tres ó cuatro orlas de volantes menudos; sobrefalda de lo mismo con caprichosos cogidos, y una chaquetilla de buen terciopelo de Utrechtt color granate, que se ceñía estrechamente y abrigaba su esbelto y bien formado busto. Aquel vivo color animaba la palidez intensa de la cara, haciéndola resaltar más, como resaltaban junto á esta palidez sus orejas diminutas y coloradas, cuyas bulbas adornaba un solo brillante en cada una, á manera de alfileres valiosos clavados en almohadillas rojas. Los dedos de su mano izquierda estaban cubiertos de sortijas; llevaba también relojillo de oro y perlas y cadena-leontina, que se destacaba sobre el granate, acusando esta profusión de joyas lo ordinario de sus aficiones, más ordinario por estar sobrepuesto al

gusto selecto del traje, cortado y hecho por Worms, el célebre modisto de París. Ella hubiera preferido más lazos y arrumacos en el vestido, botones de nácar y cintas de raso en la chaquetilla, en lugar de aquellos adornos de la misma tela, cuya hermosa sencillez era á sus ojos pobreza.

—¿Dónde me siento yo?—preguntó de nuevo.

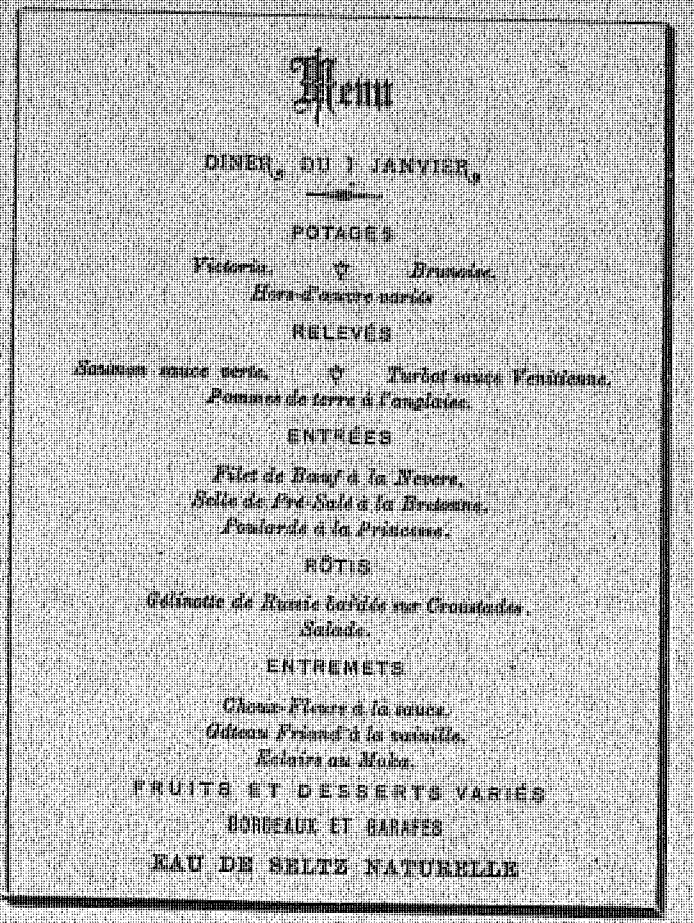
Arístides, que estaba hablando con el marqués de Villaperdida, interrumpió la conversación.

—En la cabecera, hija mía.

Y delante del ramo de flores, en el lugar de preferencia, se arrellanó *La Pálida*, teniendo á su derecha al *Chulo*, instalándose alrededor condes, duques y marqueses, escritores, artistas y vividores, grandes é ilustres, los herederos de antiguas glorias de la patria y los que acaparaban la gloria presente, regocijados y contentos al verse presididos por una buscona.

Sobre cada cubierto se veían dos tarjetas litografiadas.

En una decía:



Menu

DINER DU 1 JANVIER

POTAGES

Victoria. ☿ *Brunoise.*
Hors-d'œuvre variés

RELEVÉS

Saumon sauce verte. ☿ *Turbot sauce Vénitienne.*
Pommes de terre à l'anglaise.

ENTRÉES

Filet de Bœuf à la Nevers.
Selle de Pré-Salé à la Bretonne.
Poularde à la Princesse.

RÔTIS

Gélinotte de Russie truffée sur Croustades.
Salade.

ENTREMETS

Choux-Fleurs à la sauce.
Gâteau Friand à la vanille.
Eclairs au Moka.

FRUITS ET DESSERTS VARIÉS

BORDEAUX ET GARAFES

EAU DE SELTZ NATURELLE

La otra no era menos notable ni menos curiosa. Encabezábase con el consabido epígrafe *Carte des vins*, y en él estaban desde los tintos de Burdeos, el *Saint-Julien, Leoville, Chateau Mar-*

gaux, Listrac-Médoc, hasta los blancos de *Graves,* las diferentes clases de *Sauterne* y el *Iquem.* Alternaban con éstos el *Pomard, Chambertín* y *Clos-Vougeot,* el más caro de Borgoña; los vinos del Rhin *Johannisberg, Hoccheiner* y *Niersteiner,* y el dorado *Jerez,* siempre triunfante, servía de guión para los vinos del *Hermitage* y *Tokay,* verdaderos vinos de postre, terminando la enumeración con el cognac y rom de más subido precio, el *Kummel Allash,* el *Kirschenwasser,* el *Absinto,* quedando sólo excluído, por demasiado higiénico, el *Vermouth.*

Paco, convertido en maestresala, dirigía el servicio de los camareros que pasaban al rededor de la mesa deteniéndose en cada cubierto; unos servían los manjares y otros los vinos, é interrumpían todas las conversaciones con la oferta y la frase acostumbrada:

—¿Sopa Victoria ó Brunoise?

—Victoria.

Y cuando el comensal, después de servirse, trataba de reanudar el diálogo con su vecino, otra mano enguantada, empuñando una botella, se interponía, y otra voz preguntaba:

—¿Saint-Julién ó Leoville?

La Pálida escuchaba estos nombres franceses que no entendía, pero que sonaban dulcemente en sus oidos; no elegía el plato, sino la palabra que podía pronunciar más fácilmente, y comía de todo, con ese apetito poco escrupuloso de la mujer del pueblo, y que era un resabio de su voracidad adquirida al salir de la miseria y entrar en el vicio, como loba que abandona el monte, pierde todo miedo, y hostigada por el hambre recorre las calles de la aldea. Comía de todo y bebía mucho; pero los grandes vinos extranjeros, lejos de colorear sus megillas, aumentaban la blancura de su tez, en la que los labios humedecidos, y los ojos, que tenían reflejos azulados de záfiros, prodigaban sonrisas y miradas de igual intención, lo mismo á los nobles que á los camareros que la servían. Empezaba á estar borracha y á sentir calor en aquella habitación cerrada, sola en medio de tantos hombres, oyendo chisporrotear los troncos que se quemaban en la chimenea, viendo humear las viandas en las fuentes, titilar las luces en las bujías, escuchando el ruído de la vajilla, el choque fonético de las copas, el barullo de voces que formaban en el aire vibraciones confundidas de carcajadas y de gritos, y sobre todo,

lo que más la embriagaba, mejor dicho lo que hastiaba más su vista, con un deslumbramiento constante, con una molestia continua que turbaba el bienestar producido por la hartura, era la uniformidad del tono blanco que la rodeaba, en los manteles, en las servilletas, en las almidonadas pecheras de los elegantes vestidos de frac, en las corbatas de los criados, en la misma llama del gas, que se desplegaba en abanico al salir de los mecheros, y hasta en el ramo de flores donde, por ser las más costosas, predominaban los nardos, las azucenas, las gardenias y las camelias blancas. Sentía crecer un instintivo deseo de emborronar aquella blancura, de ensuciar tan inmaculada pureza, y llegó á tal punto, que cuando el camarero le presentaba el plato del asado diciendo con tono solemne:

—Gelinotte de Russie bardée sur Croustades.

Se sirvió con nerviosa presteza, y dijo al que detrás venía con las botellas y que preparaba su pregunta:

—¿Graves ó Iquem?

—Yo quiero ahora Valdepeñas.

—¡Valdepeñas con el asado!—exclamó D. Arístides.—Chiquilla, ¿estás en tu juicio?

—He dicho que Valdepeñas, porque no quiero beber más vinos de esos que saben á medicina.

—¡Valdepeñas! ¡Valdepeñas!—gritaron todos:—tiene razón *La Pálida.*

Envanecida por aquel triunfo, se puso en pie.

—¡Valdepeñas!—gritó;—que sea tinto y que manche.

Y cuando tuvo llena la copa, hízolo como lo tenía pensado, derramándola, sin beberla, sobre los manteles.

Con esto la orgía llegó á su colmo de estupidez, y hubo quien no contento con verter su copa para imitar á *La Pálida*, volcó los platillos de anchoas y cucharadas de salsa, y aquellas manchas de grasa y vino se extendían con inmenso contentamiento y regocijo de la buscona; pero lo que más la entusiasmó fué la asquerosidad al verterse el tarro de la mostaza, que formaba una gran plasta amarillenta sucia.

Ninguno supo ya darse cuenta de lo que hacía ni saber lo que estaba diciendo. El calor era insoportable. Las carcajadas nerviosas é inextinguibles de los más borrachos no dejaban oir las súplicas ardientes que el duque de Tres Estrellas, el de los besos á cinco duros, dirigía al maestre-

sala Paco. Se había levantado de la mesa, y arrodillándose delante del camarero, estaba á punto de llorar, pidiéndole se dejase cortar un rizo de las patillas.

—Anda, hombre, ¿qué te cuesta?

Y Paco, filosóficamente, contestaba:

—Señorito, levántese, que van á servir el café.

Tuvo que intervenir D. Arístides, porque con la negativa el duque empezaba á enfurecerse. Consiguió á fuerza de puños levantar al noble de su humillante postura y volverlo á colocar en su silla.

Servido el café, se retiraron los mozos; y cuando cerrada la puerta quedaron solos, resonó esta petición unánime:

—¡La ceremonia! ¡La ceremonia!

El anfitrión, poniéndose en pie, impuso silencio con un ademán.

—Señores, vamos á proceder á la consagración de *La Boticaria* para el año que hoy comienza.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Viva *La Pálida!* ¡Viva *La Boticaria!*

—Señores—agregó D. Arístides,—elegida por aclamación *La Pálida*, agradece esas manifestaciones de entusiasmo; pero no puede contestarlas

porque la emoción y el estado de su espíritu...

—¡Sí, sí; está borracha!

—Procedamos, pues, á la ceremonia,—terminó Arístides,—pero antes quiero demostraros que la elegida reune las condiciones necesarias para desempeñar con acierto su honroso cargo. Es hermosa, estúpida y bien formada, no sabe leer ni escribir, conoce el vicio en todas sus múltiples manifestaciones, su descaro no tiene igual, se viste con suma elegancia, se desnuda si es preciso á las doce del día y en medio de la Puerta del Sol, ha tenido cartilla, ha sido prostituta, y lo que es más importante para nosotros, ha estado, no una, sino tres veces, enferma en el hospital de San Juan de Dios.

—¡Basta, basta, orador! Basta de palabras y manos á la obra,—dijo el duque de Tres Estrellas tartamudeando y pronunciando mal las *erres*.

—¡Sí, sí, la ceremonia!

Entonces D. Arístides, volviéndose:

—Levántate, hija mía,—dijo á la buscona, que había escuchado todo el discurso bostezando y con ambos codos puestos sobre la mesa.

—¿Qué es lo que hay que hacer?—preguntó

ésta obedeciendo con gran trabajo, porque no podía tenerse en pie.

—¡Lasoga! ¡Lasoga!—gritó de nuevo el coro.—¡Dónde está el padre Lasoga!

Pero el cura no estaba en su sitio. Habíase deslizado por debajo de la mesa, y andando á gatas, se le vió salir por el mismo sitio en que estuvo *La Pálida* sentada.

—¡Ah! ya decía yo,—exclamó esta,—yo me figuraba que era un perro cariñoso y por eso me callaba. Pues hijo, no se ha librado usté de mal puntapié.

Hubo tal explosión de risas, que muchos tuvieron que dejar su silla y tumbarse en los divanes para reir más á sus anchas.

—¡Silencio! volvió á decir D. Arístides. Vamos á verificar la ceremonia.

Lo que sucedió entonces tres veces y en tres formas distintas, he procurado describirlo al llegar á este punto de la novela, y las tres he roto las cuartillas escritas. Preciso es pasar rápidamente por estas repugnancias con la mayor rapidez posible, y considerar al novelista que estudia las miserias sociales como un operador que á veces tiene que remover sustancias corrosivas,

aspirar miasmas, arriesgar su vida en los peligros de la intoxicación ó de la asfixia, y arriesgarla para producir una enseñanza ó un beneficio, como esos héroes y mártires de la Medicina moderna, que estudian en los hospitales las llagas, los sudores, las tristezas fétidas de la carne, huelen la pestilencia de la enfermedad y se manchan de sangre las manos durante una operación, como el escritor se mancha los dedos de tinta. Estos son los que en los días de tentativas desesperadas y experiencias decisivas, para conservar en un desconocido la vida que decrece y se va, ofrecen heróicamente sus arterias á las lancetas, para que se las desgarren y tomen los gramos de sangre necesarios para el éxito de una transfusión, y los que en el momento difícil y terrible de las traqueotomías soplan sin miedo en la deletérea garganta de los diptéricos.

Así, pues, es forzoso el relato; lo que sucedió entonces, fué que despojaron á *La Pálida* de todas sus vestiduras, y que quitaron el ramo de flores poniendo en su lugar aquella mujer desnuda; hecho lo cual, el padre Lasoga, subiéndose también á la mesa, pronunció varias frases obscenas, acompañando cada frase con un azote á la

MIAMI UNIVERSITY JAN 22 1918 LIBRARY

buscona, hasta que por último las gargantas secas dejaron salir este ronco grito:

—¡Vamos á ungirla!

Empuñaban botellas de Champagne. *La Pálida* veía alrededor de su pedestal cómo brillaban, contemplándola, las miradas embrutecidas de los borrachos, y á una señal del anfitrión todos los tapones saltaron y rebotaron contra su cuerpo, y el espumoso Champagne corrió por sus carnes desnudas.

—¡Viva, viva *La Boticaria!*

Fué tan formidable la postrera aclamación, que los transeuntes se pararon en la calle y levantaron la cabeza asustados.

Estaba amaneciendo cuando de los treinta convidados sólo salían del restaurant D. Arístides, el marqués de Villaperdida y el padre Lasoga. Los demás socios, aristocráticos ó no, quedaban en *La Botica,* roncando como gañanes los más felices, y otros, con menos suerte, se retorcían tendidos en los divanes, presa de horribles náuseas que manchaban la alfombra. *La Pálida* dormía encima de la mesa, y sentado y despierto aún el torero Recatado, miraba con la tenaz impotencia

de la borrachera aquel montón de carne de mujer, y llamaba á Paco para que le diera un cuchillo y un tenedor «porque quería comer un cacho».

—No me ha reconocido,—decía el marqués de Villaperdida á D. Arístides.

—No lo extraño. Para esta mujer hace ya mucho tiempo de todo aquello.

—Pues yo quisiera...—agregó el grande de España.

El diputado conservador no le dejó concluir.

—Vaya usted á mi casa y hablaremos. Ya sabe usté que somos amigos antiguos.

Iban entonces los tres individuos por la calle de Alcalá.

—Yo me quedo aquí,—dijo el padre Lasoga.

Estaban delante de la puerta de las Calatravas.

—¿Aquí?

—Es claro,—replicó el cura apoyándose en la verja de hierro;—yo digo siempre la primera misa. Conque, caballeros, muy buenos días.

Y el sacerdote, volviendo la espalda, se entró por las naves del templo, andando despacio y procurando pisar muy en firme.

III.

La Pálida empezó de este modo, bajo la protección de D. Arístides y demás socios de *La Botica,* esa existencia de buscona, á la que se dedicó por fin creyéndola menos expuesta á los peligros y tristezas ya experimentados por ella en la prostitución reglamentada y vigilada malamente por los Gobiernos.

Tan malamente, que, como ya sabemos, y como dijo D. Arístides en su genial discurso, *La Pálida* había estado, no una, sino tres veces, en el hospital, y esto en el corto período de un año que llevaba dedicada al comercio de su cuerpo.

¡El lupanar! ¡El Gobierno civil! ¡San Juan de Dios! Espantosos recuerdos acudían á su memoria evocados por estas tres palabras, ahora que ya era libre y que podía tirar lejos de sí con un iracundo puntapié las cadenas rotas de su esclavitud pasada.

¡El lupanar! Recordaba el día en que, desfallecida por el hambre, cubierta de harapos, ella, Estrella Sánchez, la hija del mal obrero, héroe de las tabernas y desertor de las filas del trabajo, llamó á la puerta de la casa de trato, pidiendo como limosna un lecho donde poder entregar la virginidad de su cuerpo á cambio de un traje y una comida.

¡Qué tonta había sido! Creyó con ese sublime desprecio, con esa repugnancia que la virgen siente hacia el contacto carnal, que entre vender á un peluquero sus hermosas y pesadas trenzas rubias ó vender á cualquiera los primeros besos de sus labios, su primer abrazo; entre vender una parte de sí misma, ó venderse toda entera, no había más que una diferencia, la diferencia de precio, la mayor ganancia en este último caso.

Ignorancia, miseria y hambre; con cualquiera de estas tres cosas, un valiente es asesino, un hombre honrado llega á ser un ladrón, y una mujer, prostituta. Con cualquiera, con una sola, ¡y ella tenía las tres! Comió, tuvo ropas con que vestirse y aprendió mucho, pero ¡á cuánta costa!

La primera jornada de aquel terrible drama de su prostitución fué rápida y aterradora. No conoció á su violador, que debía ser algún personaje de alta prosapia, poco deseoso de que su lujuria infame fuese sabida por las gentes. Llegó hasta sus brazos con una venda en los ojos, y cuando se quitó la venda se sintió acariciada en la oscuridad de una habitación cerrada. Y mientras saciaba el hombre sus brutales instintos, ella consagró su pensamiento á lo más puro, á lo más cándido. *La Pálida* amaba, amaba con la intensidad del amor primero, con la ternura que se desarrolla, en la madre, como cariño hacia su hijo, en la doncella, como sentimiento de admiración hacia el varón fuerte, generoso, noble, valiente y honrado. *La Pálida* estaba dispuesta á la abnegación, al sacrificio de su propia vida, si fuera necesario, para evitar una pena, el disgusto más leve á su amante. *La Pálida* pensó en todas aquellas purezas de este platónico amor, y las lloró perdidas, mientras que el comprador de su cuerpo la estrechaba en sus brazos. Y cuando aquel hombre la despidió, la rechazó con las iras del hastío; cuando se retiró á su cuarto para seguir llorando, una punzada horrible, sentida al

amanecer, hízola comprender el vil engaño, el espantoso crimen que habían cometido con ella. Estaba enferma, había perdido la salud con la honra, adquiriendo una de esas repugnantes lepras de la carne, que provocan en el que las tiene el asco de sí mismo. ¿Y luego? ¡Ah! Luego tuvo que pedir y obtener á la fuerza el dinero realizado por aquella criminal venta. Luego tuvo que ver á su mismo amante retar en desafío al infame vendedor, y á éste volver solo de la calle á donde salieran los dos para reñir en una lucha á navajazos. Tuvo que saber la muerte de su amado, sirviéndole como de noticia la sangre que manchaba la mano derecha del asesino. Y, por último, atontada por tan repetidos y furiosos martillazos en el cráneo, acobardada, y temiendo más la locura que la muerte, sólo tuvo alientos la pobre víctima para decir á sus verdugos: «¡Mañana, al ser de día, al salir el sol, que me lleven al hospital!»

Y al hospital fué, joven y hermosa, triste y resignada, viendo en el hospital la tornaboda lógica, inevitable, de los fúnebres esponsales con el vicio. Al hospital fué cuando salía el sol, cuando piaban los pajarillos, saltando entre los árboles,

sacudiendo en cada revuelo su plumaje humedecido por el rocío de la mañana. Penetró por la crujía solitaria de San Juan de Dios; fué inscrita en el registro del libro de entrada; pasó por delante de un cura, que la miró atentamente, con una mirada más curiosa que compasiva; cruzó largos corredores, oyendo cómo decían á su paso los dependientes: «No la conocemos»; «debe venir por primera vez»; «es muy guapa»; «pues vive en casa de la Mari-Pepa»; y llegó, por último, á la gran sala-dormitorio, y una vez en ella, á la cama numerada que la destinaron. Había treinta como la suya, y las treinta estaban ocupadas. Entraba la claridad del día y el rayo solar á calentar aquellas blancas sábanas, á colorear un poco las mejillas, los rostros demacrados, los ojos hundidos de las prostitutas enfermas. Y por entre los lechos circulaban las hermanas de la Caridad, con el rosario colgando á la cintura, removiendo con una cucharilla la infusión humeante en una taza que llevaban en la mano. Las que no estaban postradas por la fiebre se incorporaron para mirar á la recién venida. Y Estrella tuvo que desnudarse en medio de esta curiosidad, seguida en todos sus movimientos por los ojos de

aquellas mujeres, y oyendo los comentarios que con cínico descaro hacían en voz alta. Acostada ya, volvióse instintivamente para ver á quién le deparaba la suerte por vecina en la cama inmediata. El embozo de la sábana tapaba el rostro, y la inmovilidad del bulto que cubrían las ropas, acusaba debajo la rigidez de las formas. Sobre el pecho habían colocado un crucifijo de cobre. Su vecina era un cadáver.

—Oye tú, *novata*, no tienes mala suerte,—la gritaron desde un extremo de la enfermería;—no te levantará dolor de cabeza con su palique la que tienes de pareja.

Estrella no contestó. Tenía su lengua la parálisis del terror.

—Pero si te dan miedo los muertos, descuida, que no estará ese á tu lado mucho tiempo. Aquí paran poco. No tardarán en venir á tirarla de los pies para llevársela á la *autosia*. Y á rey muerto, rey puesto, *chiquiya*.

Calló la terrible parlanchina, porque vió entrar á una hermana en el dormitorio.

Esta fué su primera impresión, y á esta primera siguieron otras no menos desagradables y mucho más repugnantes. ¡Ah! ¡Qué escenas le recor-

daba su estancia en San Juan de Dios! Las conversaciones de las enfermas, contándose unas á otras en bochornosas confidencias lo que padecían, hablando del enemigo común, el hombre, con palabras rencorosas, y esperando la completa curación para satisfacer, no sus apetitos lascivos, sino sus deseos de venganza. «Al que me ha puesto así, si me lo vuelvo á encontrar, que tenga cuidado.» Otra aseguraba que tenía muchas ganas de ir á la galera, y luego las curas, las espantosas curas, aquella procesión de media docena de hombres, médico, practicantes, yendo de una cama á otra, pronunciando discursos de cátedra delante de las llagas puestas al descubierto, con palabras tan crudas, que la misma ramera tapábase el rostro con las manos avergonzada, no tanto de mostrar su desnudez, como de verla sometida al análisis científico; avergonzábase y miraba con ojos asustados á aquellos hombres, en quienes no sorprendía ninguna emoción lasciva, cuando examinaban la redondez de sus formas, y tocaban sus carnes con la frialdad de la mano que procede á un examen y no se mueve á impulsos de ninguna caricia. ¡Ah! ¡Los médicos! Eran el terror y la admiración de las prostitutas,

cuando terminada la explicación científica, relucían en sus dedos los instrumentos de acero, y uno de los practicantes, con su blusa negra ribeteada de amarillo, inclinábase sobre el lecho obedeciendo las órdenes del profesor. Entonces era el horror del grito en unas, la convulsión en otras, y en muchas la resistencia, que obligaba á sujetarlas. Había una que sufría una cauterización diaria, y á la que temían todos los practicantes. Era una mujer de instintos depravados, de *malas entrañas*, como decían sus compañeras. En cuanto el practicante se inclinaba sobre el cuerpo, agarrábase á su brazo. «No me muerdas, ¿eh?»—la decía.—La prostituta juraba y perjuraba que no, que no mordería; pero que para resistir la punzada del dolor, tenía aquella costumbre. Y durante los preparativos de la operación, besaba el brazo con muchos besos repetidos, con todos los mimos de una gata: «No me haga usté daño», —exclamaba al mismo tiempo, entre suplicante y amenazadora.—Y cuando el nitrato de plata tocaba la llaga viva, los dientes de la ramera se clavaban en el biceps desnudo que antes besaba; algunas veces el operador, no pudiendo contener el primer arrebato de ira causado por el dolor,

volvía la mano, y de una puñada bañaba en sangre la boca que le mordió; uno de los practicantes tenía todo el brazo derecho cubierto de cardenales y cicatrices. En las curas más dolorosas, mientras la operada gemía, gritaba y se retorcía tratando de resistir á los que la tenían sujeta, dos ó tres enfermas, incorporadas en sus lechos, cantaban una copla de malagueñas, y la *jaleaban* tocando las palmas para distraer y dar ánimos á la paciente.

¡El lupanar! ¡San Juan de Dios! ¡El Gobierno civil! Tres sitios en que la mujer es únicamente la hembra, en que se siente excluída de la raza humana, en que se ve tratada con el trato que recibe del hombre la animalidad, atendiendo sólo al cuerpo, suponiendo la no existencia del alma, preocupándole únicamente la conservación de aquel cuerpo en estado de salud, no por atención á su vida, no por interés sentido hacia ella, sino por la vida y la salud de los demás. La carne humana, la carne que vive, siente y palpita y se estremece, considerada, reconocida escrupulosamente como las carnes de las reses muertas que van al mercado. «Está fresca, está sana, puede usar de ella el público.» Y esto era todo. Ni una

sospecha siquiera de que aquellos ojos podían llorar, suspirar aquellos labios, tener sollozos aquella garganta, ni un presentimiento de que los brazos, los hermosos brazos desnudos podían levantarse suplicantes y doblarse las rodillas y sentir alguna vez todo ella arrepentimiento del pasado, repugnancia del presente, fervientes anhelos de castidad para el porvenir. «Está buena, está fresca, todavía sirve para que use de ella el público.» No hay que pensar ni decir más, ni puede exigir otra cosa *la res viva* de la higiene pública. Ella paga al Estado. Y el Estado la atiende por lo que paga, con un médico que la reconoce, un hospital donde se cura, y un ama de casa que le explota, autorizada también por el Estado. La sensibilidad, la voluntad, el entendimiento, los sentimientos de amor, orgullo, nobleza, generosidad, ¿á quién se le ocurre que alienten en aquella carne de ramera, por mucho que se identifique en el tacto, ¡tan sólo en el tacto! á la carne de la mujer honrada?

La Pálida pasó tres veces por este calvario de la mujer pública. *La Pálida* sufrió en su alma todos los desprecios, acostumbróse su rostro á las bofetadas de los borrachos, su vergüenza á

los insultos del parroquiano; hízose insensible, lo mismo á las caricias que á las afrentas, lo mismo á los abrazos del hombre que á las operaciones del médico, y como llegó á reprimir el grito de la voluptuosidad, llegó también á soportar sin una queja las violaciones del speculum, y los desgarramientos del bisturí. Pero estaba cansada, no podía más. El gran trastorno, la magna revolución que se había verificado en su organismo y en su espíritu, necesitaban un reposo y un medio ambiente distinto. Sentíase con la misma hermosura, pero con otros anhelos, con distintas aspiraciones. Era en su aspecto externo la misma mujer y era, sin embargo, una mujer nueva. Su voluntad había heredado las enfermedades curadas en sus órganos, y había repartido la herencia con el alma. No era capaz de querer ni de sentir. La vida afectiva estaba muerta en ella, ó cuando más enervada. Tenía sólo una idea fija. Salir del lupanar. Y así, cuando terminó su tercera curación, desde el hospital se encaminó resueltamente al palacio de D. Arístides, y manifestó su decisión inquebrantable.

—Es muy sencillo,—contestó el antiguo tratante de esclavas;—mañana se borrará tu nombre en el Gobierno civil; rompe tu cartilla; desde mañana no serás prostituta.

—¿Pues qué seré?

—Buscona. Estás ahora más hermosa que nunca. Yo me encargo de todo.

IV

Cuando Estrella despertó en el restaurant del pesado sueño producido por la borrachera, y se encontró desnuda y tendida sobre la mesa, miró á su rededor con la indiferencia peculiar á las que, como ella, bohemias ó zíngaras de la humanidad, no extrañan lo ajeno, y no se sorprenden de lo desconocido, porque nada poseen y nada conocen, con lo que se acostumbran á vivir como patriotas del mundo, como hijas bastardas de la sociedad, que es su familia, calentándose á la lumbre de todos los hogares, acercando sus labios á todas las copas, durmiendo bajo cualquier techo, respirando con igual fruición el miasma y el perfume, besando cuando se piden sus besos, y esperando el «basta, no más», del hastío, para separar la boca en ese concubinato de una noche con el primero que pasa.

El extranjero seguía repitiendo la frase [illegible] en su imaginación por la estúpida [illegible] borrachera. Recatado «quería probar [illegible] de *La Pálida*. Los demás convidados [illegible]. Eran ya las doce muy dadas, cerca [illegible]. Estrella se levantó, saltó [illegible] sus ropas y vistióse. Tenía ese [illegible] de cabeza y esa laxitud de todos los [illegible] al despertar de una orgía. [illegible] durante el tra- [illegible] y luego estar sola en el [illegible] tomada en un sillón junto á la [illegible] moviéndose sin hacer [illegible] con una inmovilidad [illegible] una inercia completa [illegible] de la inteligencia y del senti- [illegible]

[illegible] vestida, echóse á reir ante el [illegible] de todos aquellos hombres que dormían y roncaban en los divanes, y algunos sobre la alfombra; echóse á reir porque le pareció que también se reía de ellos el rayo de sol que entraba hasta el centro del local de *La Botica*, y luego, saltando por encima de los cuerpos tendidos, llegó a la puerta y salió.

La Pálida vivía en el piso principal de una casa edificada hacia la mitad de la calle de Hortaleza. No era nuevo el edificio, aunque sí de moderna construcción. El casero vivía en el segundo, y en el tercero y último la viuda de un capitán de infantería, muerto de un balazo en Monte-Muro, cuya viuda, si bien no tenía más que diez duros y pico mensuales de viudedad, tenía, en cambio, dos hijos: una preciosa joven de diez y siete años, y un muchacho de quince, que estudiaba el primero de Derecho. Estos eran todos los vecinos, con lo que resultaba una casa tranquila, en la que no había más ruido ni más molestia que el ruido de la vajilla cuando se fregaba, las coplas con que amenizaban dicha faena las cocineras, ó las conversaciones que de ventana á ventana sostenían éstas en el patio.

Era lo que se llama, lo que suele llamarse *una casa de personas decentes*. ¡Oh! en cuanto á eso, el propietario se mostró siempre inexorable. Le gustaba mucho la decencia, porque, como él decía, vale más tener pocos inquilinos y escogerlos bien, y hasta es preferible tener la casa desalquilada á firmar un contrato con el primero que llega.

Hay que advertir, como advirtió también don

Arístides en el momento de extender el de arrendamiento, que la decencia para el casero consistía principalmente en el pago puntual, ó mejor dicho, adelantado, de los alquileres; en buenos muebles que pudieran responder á todo evento de dicho pago, en lo relativo al juicio de desahucio de la Ley de Enjuiciamiento civil de 3 de Febrero de 18..., y en otras cosas de menor cuantía que D. Abundio tenía en gran estimación.

Dicho esta, pues, que cuando oyó que se paraba *un coche de lujo* á la puerta de su finca, y cuando vió bajar de él á D. Arístides en compañía de una hermosa y elegantísima joven, y la cocinera le entregó al poco rato una tarjeta en la que, no sólo se leía el nombre, sino que también y en otra línea que debajo estaba, se litografiaba este otro letrero, «Diputado á Cortes»; nuestro propietario recibió amabilísimamente la visita, extendió el contrato sin otras averiguaciones que las de mirar los billetes de Banco al trasluz y con cierto disimulo, para que no lo tomaran á ofensa.

Y al otro día su regocijo no tuvo límites. Los muebles de *la señora* del principal no venían en carro de mudanza. Venían á hombros de cuatro

mozos y directamente de la tienda del tapicero. Cama de palosanto, armarios de espejo, piano, sillerías á la emperatriz, mesa de comedor de roble tallado, aparadores de lo mismo y sillones de alto respaldo llenos de clavos dorados, que relucían bruñidos; y daba gusto verlo todo recién barnizado, pulido, nuevo y de gran precio.

Don Abundio comparó esta impresión buena, bonísima, que le causaba aquel mobiliario, con la desagradable que experimentó cuatro meses antes, al ver cómo se paraba en la calle un carrito con *los cuatro trastos* de la nueva inquilina del tercero, la viuda del héroe de Monte-Muro; camas de hierro, armarios de pino, media docena de colchones faltos de lana, mesas y sillas cojas, todo muy viejo, todo muy desvencijado, todo, en fin, indigno de las formalidades de un embargo.

Así es, que para corresponder dignamente y en la medida de sus fuerzas á la alteza y prosapia que demostraba tener *la señora* del principal, llamó á la portera y la recomendó que guardase á la nueva inquilina las mayores consideraciones.

—Mire usté, señá Petra, que es una persona muy decente. No le digo á usté más.

La señá Petra, que el día anterior no estaba en la portería cuando entraron D. Arístides y *La Pálida*, estaba muerta de curiosidad por conocer á tan principalísima persona.

La señá Petra no había desempeñado siempre aquellos bajos oficios porteriles. Fué durante varios años cocinera y algo más, en casas *non sanctas*, y la vigilancia y guarda que ejercitaba ahora en el cuchitril de la escalera, fué vigilancia, guarda y compañía de otra especie en algunos [illegible] de Madrid.

Recordando cuando Estrella llegó por la tarde á ocupar su nueva habitación, exclamó, viéndola subir los peldaños y oyendo crugir la seda:

—¡Calle, *La Pálida!*

Estrella, al oir su apodo, volvióse, y reconociendola también:

—¡Suba usté á *mi casa*, señá Petra! —dijo muy contenta con aquellas alegrías de la mudanza de vida y costumbres;—tenemos que hablar mucho.

Y después de hablar, la exprostituta y la ex-Celestina, quedaron muy amigas, bendiciendo la casualidad que las había reunido en casa *tan decente* como la de D. Abundio.

Al salir del restaurant, Estrella tomó un coche, y al llegar á su domicilio, la misma señá Petra abrió la portezuela.

En el largo pasadizo, que era el portal, se apercibió la vieja del desórden del traje y de los cabellos, así como del mal humor y la impaciencia nerviosa que dominaban á la buscona.

—Anda, hija, que no tienes que decirlo. Ya te se conoce que has estado *trabajando*.

La Pálida no contestó.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, déjeme usté en paz. Quiero estar sola.

Y empezó á subir la escalera, apoyándose con grande abandono en el pasamano, deseando, en efecto, como había dicho, la soledad, la tristeza, el aburrimiento, después de la algazara y barullo, el regocijo y los groseros contactos de sus compañeros de orgía.

Con cuánto placer, cuando la záfia lugareña, que estaba á su servicio, abrió la puerta, se vió de nuevo en su gabinete, en el cual le pareció más bonito que nunca el mobiliario, que alegraba los ojos con el brillo de las cosas recién compradas.

—Anda, Aniceta, hija mía, echa unos troncos

en la chimenea. Echa muchos que hagan buen fuego.

—¿La señorita no quiere almorzar?

—No, no, almuerza tú.

Aniceta era el tipo perfecto del autómata humano. No podía haberse elegido mejor servidora para una mujer como Estrella. Llevaba dos meses de residencia en Madrid, y cuando se presentó á solicitar la servidumbre, ostentaba todavía en su persona el traje de picaporte, y abultaba su vestido de percal ramealo con los tres refajos clásicos, el verde, el amarillo y el rojo. Demás de esto, que justificaba sus orígenes y dejos campesinos, importaba poco á Aniceta la clase social, costumbres y hasta el sexo de sus amos, porque en el hecho de ser tales, los consideraba como seres de superior naturaleza, que tenían sesenta grados más que ella en la escala humana, cuyos sesenta grados se representaban de una manera palpable, evidente, contante y sonante, en los tres duros que la pagaban de salario.

Obedeció con igual exactitud las dos órdenes de *La Pálida*. Encendió una fogata tal y tan viva, que recordaba las candelas de San Juan en los pueblos de la montaña, y levantándose después

del suelo, donde estuvo sentada para llevar á cabo esta faena, volvió á la cocina y almorzó con el apetito imaginable en una aldeana sana y robusta, que por primera vez está todavía en ayunas á las dos de la tarde.

Entretanto, la buscona desabrochábase el cuerpo de la chaquetilla, que la oprimía demasiado, desataba las cintas del corsé y las del vestido, se descalzaba, buscaba la mayor comodidad, preparándose al *dolce far niente*, y al reposo de aquella tarde pasada ¡oh dicha! lejos del hombre, lejos del comprador, y olvidada del trato y del ajuste de caricias.

Eran estos regocijos comparables á los que siente el comerciante al cerrar su tienda los domingos.

Hundida en el asiento de la silla-cama, entornando los párpados para ver por entre las pestañas y como á través de un enrejado las chispas de oro y las llamaradas que consumían los leños, con el entrecejo que arrugaba un poco su tersa frente, única contracción causada por aquel pertinaz dolor de cabeza, *La Pálida* no pensaba en nada, no sentía más que las oleadas de calor de

la lumbre, que llegaban á sus ropas, la penetraban, la inundaban deliciosamente, sumiéndola poco á poco en una soñolencia, de la que á veces hacíanla despertar á medias los carruajes que pasaban por la calle, produciendo en el balcón un gran retemblar de los cristales y en el pavimento una prolongada trepidación que se comunicaba á su tendido cuerpo.

No pensaba en nada, no recordaba su vida anterior, en medio de la cual estaba la trágica figura de su primer amante asesinado, ni tenía el presentimiento de su vida futura, que empezaba bajo los auspicios y con el dinero que la prestó el asesino: dormitaba sin tener sueño, mal cubierta por las ropas desceñidas, balanceando los descalzos piés, entregada por completo á esos ocios terriblemente inactivos de las prostitutas, que semejan más que el descanso, la parálisis del espíritu y de todos los miembros.

Así pasaron dos, tres, cuatro horas, que un precioso reloj de Boule iba marcando con sus manecillas sobre la esfera, iba sonando con timbre de agudas notas, y tan inmóvil estaba Estrella en el diván, como el liliputiense amorcillo de porcelana que, encaramado sobre el reloj con una

flecha en el arco, extendía el brazo, ladeaba la cabeza, ponía tirante la cuerda, y parecía tomarse todo aquel tiempo para no errar el blanco, que era *La Pálida*, y afinar bien la puntería.

Pasaron dos, tres, cuatro horas; oscurecía, ya la circulación de carruajes era mayor en aquel preciso momento en que regresa de paseo diariamente la aristocrática holgazanería madrileña, y era también más creciente el confuso rumor de los que transitaban á pie por debajo de los balcones. El gabinete estaba á oscuras, los troncos de leña se habían consumido, formando sobre los enrojecidos morillos un rescoldo entre un montón de blanca ceniza, y sólo subía de la calle el débil resplandor de los faroles del Municipio y de los que empezaban á encenderse en las tiendas, cuyo resplandor formaba en el techo de la habitación un cuadro luminoso, por el que pasaban sombras estrafalarias y siluetas fantasmagóricas de la abigarrada muchedumbre.

Turbóse de pronto aquel silencio con un campanillazo. Oyó Estrella cómo abría la puerta Aniceta y cómo sostenía después un diálogo en voz baja. La curiosidad la impulsó á preguntar gritando:

—¿Quién es?

—Soy yo, hija; soy yo.

Era la señá Petra, que al poco rato entraba á tientas y tropezando con los muebles en la oscuridad del gabinete.

—¡Vaya una modorra, mujer! Te has pasado toda la santa tarde durmiendo. Y qué caliente está este cuarto. Anda, chiquilla, que tú sabes tratarte á cuerpo de rey, y haces muy bien, eso no otra cosa, porque tu trabajo te cuesta el ganártelo; pero lo digo al tanto de que antes trabajabas más y no tenías para estos rumbos. Mira tú lo que son las cosas. ¿Quién te había de decir á tí?... ¿Pero dónde estás, mujer?... Mira que no se ven ni los dedos de la mano.

—Aquí estoy, junto á la chimenea.

—¡Ah, ya!... Vamos, entonces me sentaré en este rinconcito... ¡Anda, ya decía yo!... ¡Pues no se ha apagado la lumbre!...

—Aniceta, echa unos troncos — dijo *La Pálida*.

—¿Y enciendo el *quinqué*, señorita?—preguntó la servicial muchacha.

—No.

—Vaya, que no quieres que te veamos la cara

—continuó la señá Petra, que sentada en una sillita baja, se apartó un poco para dejar pasar los tres refajos puestos sobre las robustas caderas de la cocinera.

Pronto volvió á chisporrotear la alegre llama, y la portera reanudó su charla, mirando con sus ojillos legañosos el hermoso cuerpo de la buscona y el diminuto pie descalzo que se asomaba por entre los almidonados de las enaguas.

La señá Petra no hacía nada sin su cuenta y razón, y la causa de aquellas frecuentes visitas á la inquilina del principal siempre era alguna petición. Unas veces necesitaba comprarse unas zapatillas suizas (*sucias* decía ella) porque en el cuchitril de la portería se le quedaban los pies como la nieve, otras era un mantón lo que necesitaba, y jamás salía de una de estas entrevistas con las manos desocupadas. Llevábase las sobras de la comida cuando no comía allí, que para eso ya estaba enterada de las horas, y aun atisbaba la llegada del camarero los días en que *La Pálida* se encaprichaba por comer de fonda, y aquella misma noche no había subido sin otro objeto más que el de ahorrarse poner el puchero. Puesto

que Estrella no pensaba en salir, era indudable que comía en casa. Y luego camisas y enaguas, y toda clase de ropa blanca de desecho, pasaba desde el principal á la portería. Además, la señá Petra tenía sus razones para mimar á *La Pálida* y sobre todo para vigilarla. Sabía que Estrella aún no tenía *compromiso*, ó lo que es lo mismo, que la buscona vivía de sus propios recursos sin estar mantenida y pagada por ningún hombre. Ahora bien, el día en que se presentara *el primo*, era preciso que ella estuviese por allí cerca, porque entonces serían más abundantes y numerosas las migajas que se calleran del banquete.

Reanudó, pues, su palabrería de vieja chismosa y entrometida, y obedeciendo á una estrategia que siempre da buen resultado, en lugar de preguntar á la exprostituta dónde había estado y lo que hizo la noche anterior, empezó por hacer confidencias acerca de todo lo que pasaba en la vecindad.

—Ya conoces tú á D. Abundio, el casero... ¡ay hija, qué hombre!... siempre con la decencia á vueltas... y siempre con que no quiere alquilar su casa más que á personas distinguidas. ¡Figúrate tú! una miserable casucha de tres pisos, y él

vive en uno, de manera que no le quedan más que dos. ¡Pues si tú supieras!... ¡qué malas entrañas tiene ese hombre! Ayer mismo, ¡vamos! ¡Si te digo que se necesita tener muy poca lacha para hacer ciertas cosas!

—¿Pues qué hizo?

—Hija... yo lo tuve que hacer porque él me lo mandó, y es lo que yo digo: cuando una está como estoy yo, no hay más remedio que tragar saliva y punto en boca. Parece mentira; hablar tanto y echárselas de tan decente, y luego... por cinco duros, porque no deben más... La casa, que es un cuchitril, les cuesta doce, y á mí me entregaron siete cuando cobraron la paga á primeros de mes, y eso con mil agonías... ¡Pobres mujeres!

—¿Quiénes?

—¿Quiénes han de ser? Las del tercero, la capitana y su hija.

—¡Ah! ¡deben cinco duros!

—Cinco; ya ves tú, una miseria. Pues nada; como si debieran montones de oro. D. Abundio me mandó subir á decirles que si no pagaban en todo el día de hoy, mañana por la mañana las ponía de patitas en medio del arroyo, Hija, ¡si

hubieses tú visto cómo lloraban las pobres! Es verdad que la muchacha tiene la culpa, porque no tenía más que querer, y encontraría á escape los cinco duros. ¿Hay más que ponerse á lo que nos ponemos todas? Diez y siete años, más bonita que un figurín, y conservándose como una guinda en aguardiente, ¡que si quieres! Prefiere no comer y vestirse mal, y dar lugar á que ese viejo solterón las eche de su habitación. Así es que á mí, en medio de todo, no me dá lástima.

—Pero, ¿no han pagado?

—Sí, sí; cinco duros. ¡Como no vea otra moneda el amo!

La Pálida se incorporó rápidamente.

—Oiga usté, señá Petra: lléguese usté al tercero, y dígale á esa señorita que baje.

—Pero, muchacha...—exclamó sorprendida la vieja,—¿qué vas á hacer?

—O sube usté, ó subo yo,—agregó la buscona, poniéndose en pié.

—Bueno, hija; lo que tú quieras; subiré ahora mismo,—y sonriendo maliciosamente:—después de todo, cuando te vea viviendo con este lujo, puede ser que se decida á lo que yo la aconsejo. Voy, mujer, voy; no te impacientes; y mientras

que hablais las dos, yo me estaré en la cocina con Aniceta para no interrumpiros, porque ya sabes que no me gusta servir de estorbo.

Con lo cual la asquerosa portera salió, oyéndose á poco cómo subía, arrastrando los piés por los peldaños de la escalera.

La Pálida, delante del armario de espejo abrochábase el traje, arreglaba un poco el desórden de sus cabellos, se calzaba unas primorosas babuchas, y se preparaba, no como otras veces para recibir á un amante nuevo, sino para lo que nunca esperó que sucediese.

¡Nunca!

Iba á tener su primera entrevista con una mujer honrada.

V

«El capitán Pérez se detuvo de pronto, soltó la espada, se llevó las dos manos al pecho, luego las separó, abrió los brazos y cayó de espaldas. Sabe Dios de qué fusil carlista salió aquella maldita bala. Pero es el caso que el capitán no dijo ni ¡ay! y se quedó allí tendido sobre el fango en que todos nos metíamos hasta los tobillos: entonces también arreció la lluvia, cuyas gotas resbalaban como lágrimas por la cara del cadáver. El teniente se puso al frente de la compañía, y no hubo más sino que continuamos la marcha.»

En estos ó parecidos términos se cuenta todavía el hecho en los cuerpos de guardia, cuando hay entre los reunidos alguno que lo presenciara, por haber pertenecido á la oficialidad del mismo regimiento. Luego una voz pregunta: «¿Tenía familia?»—«Sí, era casado; su mujer cobra

la viudedad»,—contesta el narrador. En seguida se pasa á tratar de otro episodio que conmueve mucho más á todos los oyentes. Otro episodio, el culminante, el notable; el trágico de esta misma acción. Se olvida el balazo del capitán Pérez, que no interesa á nadie, pero se piden toda clase de detalles, se suplica la mayor minuciosidad en el relato á los afortunados testigos presenciales de aquella otra muerte gloriosa, la muerte del general, la muerte del Exmo. Sr. Marqués del Duero.

—¿Qué más detalles quieren ustedes?—gritaba un comandante;—pues si además de los grabados que publicó *La Ilustración Española*, hasta se han pintado cuadros, y uno estuvo en la Exposición, que no tenía menos de tres metros de alto por cinco de ancho. No podemos decir nada que no sea público hasta en el último rincón. Esas cosas son páginas de la historia de España.

Y, sin embargo, la muerte del capitán Pérez es una página imperecedera en la historia de una familia.

Don Tomás Pérez y Pérez dejaba mujer é hijos.

De capitán se casó, y capitán era cuando su

hija la mayor tenía catorce años, y el varón era un muchacho de doce, lo cual demuestra hasta la evidencia que el héroe de Monte-Muro no había hecho la carrera por intriga, y que si le tocó en suerte aquel balazo, bien empleado le estaba; porque sólo á un pobre diablo le pueden pasar estas cosas, y á los hombres listos no les pasa nada porque para eso tienen buen cuidado de ascender rápidamente y preferir los salones á los campos de batalla, que son muy buenos para la gente joven, pero que no se han hecho para que anden á pie, batiéndose como cadetes, hombres serios y de cierta edad, á la que naturalmente corresponde cierta graduación.

Pero es el caso que estas reflexiones no se las pudo hacer la viuda; y aunque se las hubiera hecho, de maldita la cosa habían de servirle; porque lo urgente era sacar la pensión, remediar en lo posible la desgracia y acudir á lo primero.

Doña Angustias empezó por enjugarse las lágrimas, ponerse un manto negro y salir tan disparada como la bala que mató á su marido, en dirección al Monte de Piedad. Era preciso comprar *los lutos* para ella, para Rosita y para Juanito; pagar la inserción de una esquela mortuoria

en *La Correspondencia*, y hacer las cosas en regla; porque al fin y al cabo, si no las hacía, todas las amigas habían de criticarlo, y no quería ella que se dijera nada en este punto. Si atendiendo á *sus posibles* (*los posibles* eran para doña Angustias los *recursos*); si atendiendo á sus posibles, que en aquel día eran tres ó cuatro duros, no se hubiesen vestido de luto, por no tener para comprarlo, ni hubiesen puesto la consabida esquela, se diría, y con muchísima razón, que cuando murió Pérez su familia no lo sintió, pareciendo que se había muerto un perro; y como no era verdad, como ella lo sentía, ¡vaya si lo sentía con toda su alma! ¡Pobre Pérez y pobres de ellas! Estaba resuelta á gastar cuanto fuese necesario para demostrar hasta dónde llegaba aquel cariño.

Estuvo todo el día yendo y viniendo desde su casa al edificio de la plaza de las Descalzas, y de resultas de estas idas y venidas quedáronse reducidas á la categoría de documentos escritos y á la forma de papeletas, las dos pulseras de oro, un medio aderezo de oro y perlas, un reloj y leontina y unos pendientes, alhajas únicas que poseía y que remontaban su fecha á la del casamiento. Es verdad que eran buenas; tan buenas,

que por todas ellas juntas llegó á reunir un préstamo de 1.000 reales, con cuyos 50 duros tuvo necesidad de conformarse.

No la sobró un céntimo; pero *La Correspondencia* trajo por la noche la consabida esquela, que no se veía y no destacaba lo que ella hubiera querido, porque venía también la del marqués del Duero, tan grande y tan hermosa, que lo ocupaba todo. Pero, en fin, hubo esquela mortuoria, y hubo los trajecitos de lana negros, muy baratos, pero sencillos y elegantes, que compraron ella y Rosita en la *Isla de Cuba*, hechos ya, por supuesto, así como el de Juanito, que era de elastikon y de género catalán. Las amigas, cuando fueron á dar el pésame, lo encontraron todo irreprochable, y cuando las amigas se marcharon, cumplidos ya los deberes sociales, nuestra doña Angustias pudo por fin á solas con sus hijos llorar, llorar mucho, llorar sinceramente la muerte del ser amado.

La viuda del capitán Pérez no había de pensar en el porvenir sin espanto. Para los primeros meses, y viviendo con suma estrechez, podrían salir adelante por medio de ventas y empeños, no ya en el Monte, porque en el Monte daban muy poco,

sino en las casas de préstamos. A Dios gracias, conservaba todavía en un armario mucha ropa blanca sin estrenar, nuevecita, cuyo origen, como el de las alhajas, era el de la canastilla de boda, y junto á esta ropa guardaba también gorritos, pañales, camisitas de niño y hasta una capa de cristianar, todo ello muy bueno, mucho mejor que lo que ahora se vende, que se rompe en seguida y no es de hilo puro. Pero no había que hacerse ilusiones, el armario poco á poco iba quedándose vacío, y doña Angustias se desesperaba. Si al menos Rosita fuera capaz de coger una aguja, no faltarían tiendas donde le encargasen costura, y poco ó mucho, el jornal de Rosita serviría de algo. Pero no. Rosita, como ella misma, sabía coser lo preciso para pegar un botón, ó hacer un zurcido, ó repasar la ropa de casa, y pare usted de contar. Entonces se pensó en Juanito, y á Juanito se le sacó un destino de tres mil reales en ferrocarriles, que fué como poner una pica en Flandes; eran justos doce duros y medio mensuales, y con los diez y pico de la pensión, no había para lujos, pero sí para pagar la casa y para comer casi todo el mes.

La casa era el pellizco más gordo, porque con él se arrancaba del montón la mitad del dinero;

pero es lo que decía doña Angustias, vaya usted en Madrid á buscar un piso que le cueste menos de diez ó doce duros, y se encontrará, ¡ya lo creo! pero por fuerza tiene que ser un tugurio, y en un tugurio no está bien que se metan la viuda y los hijos de una persona tan conocida como el capitán Pérez.

Si ella no se hubiera casado con aquel hombre, poco la importaría vivir hasta en una guardilla; así es que los doce duros de alquiler los pagaba con gusto como pagó la esquela mortuoria y como pagaría mucho más, por aquello de *nobleza obliga*, y porque las amigas no pudiesen decir nunca que descendía de su clase.

Doña Angustias estaba muy convencida de pertenecer á la *clase media*, y jamás pudo saberse, porque ella misma lo ignoraba, qué especie de mágico encanto producían en su ánimo estas dos palabras *clase media*, por las cuales estaba haciendo sacrificios constantes, y por muchos que hiciera siempre le parecían pocos. La *clase media* era el *sancta sanctorum* para la viuda del capitán, como lo son para los aristócratas sus títulos de nobleza. Para valerme de un término de comparación en estas adoraciones y monomanías

de doña Angustias, había mucha semejanza con la aberración de algunos jugadores que manifiestan decidida afición á cualquier carta de la baraja, y á buen seguro que si esta es, por ejemplo, el caballo de copas, en cuanto la ven sobre el tapete, se figuran que viene galopando con la buena suerte á la grupa, y un día tras otro ponen á la carta que los fascina cuanto poseen, pierden impertérritos toda su fortuna, y si les preguntais, si tratais de disuadirlos, os dicen: «¡Ah! ¡el *caballo de copas!* Esa es mi carta,» hasta que llega una noche en que sale el caballo, se instala insolentemente sobre la mesa, se lleva el último duro del jugador, y el infeliz se deshace de un pistoletazo las ilusiones que por tanto tiempo tuvo metidas en la cabeza.

El caballo de copas de doña Angustias era la clase media, y ya podían bajar del cielo ángeles para convencerla de que dejara de gastar en tales ó cuales ringorrangos, que para nada eran precisos, porque la mayor fuerza de lógica se estrellaba ante la consabida excusa: «Qué quiere usted, amigo mío, las personas de nuestra clase...» con lo que la viuda del capitán se figuraba justificar plena y cumplidamente sus determinaciones. Fueron éstas fatales en sus consecuencias, y sólo con enumerar algunas de ellas bastará para que el lector se aterre, teniendo en cuenta los veintidos duros y pico con que contaba la familia de Pérez.

«*Las personas de nuestra clase*—decía una vez doña Angustias—no pueden descender á ciertos oficios.»

(Resultado. Una cocinera, cincuenta reales mensuales de salario.)

«*Las personas de nuestra clase* comen siempre principio.»

(Idem. Dos pesetas diarias de aumento en el presupuesto.)

«*Las personas de nuestra clase* dan carrera á sus hijos varones, y yo no quiero que Juanito sea únicamente empleado de ferrocarriles. Sí, hijo mío, sí. Serás abogado.

Juanito fué á la Universidad. Matrículas, libros, pesetas para cigarrillos y carambolas, etcétera, etc.

Y cada vez que salía el maldito caballo de copas, doña Angustias decía: «*¡Juego!*» y vaciaba sus bolsillos sobre el tapete.

Así, por la clase media, no se puso estera en

la sala, sino alfombra de fieltro; por la clase media llegaron ¡oh insensatez! hasta alquilar un piano para Rosita, por más que Rosita arguyó que no sabía tocarlo y que no era preciso; por la clase media se hizo todo, se sacrificó todo, y la viudedad de doña Angustias se vió mermada con una retención de la cuarta parte, que era la *retención legal;* y tras la legal vinieron las ilegales, y todavía la viuda del capitán, al pensar en esto, decía para consolar sus penas:

—Es natural. Las personas de nuestra clase tienen muchas deudas.

Y muchas tuvo. Muchas y terriblemente enojosas.

El fantasma de la cuenta perseguía ya á la familia de Pérez. La deuda pequeña, mezquina, miserable, que se presenta á cobrar tres veces al día; el papel arrugado, sucio y roto en que escribe sus palotes el carbonero ó la huevera, subía y bajaba llenando de gritos la escalera, dando fuertes campanillazos en la puerta, alborotador, insultante, grosero, llamándolas «*señoras del pan pringao*», enterando á la portera de que las del tercero eran unas tramposas y de que debían catorce reales de un quintal de carbón, ítem más,

que si no los pagaban tendrían que hacer la comida á la lumbre del pozo, porque ya no había quien las fiara.

La que sufría con estas cosas no era la madre, sino la hija. La madre las encontraba naturales, desde el momento en que tenían aquella consoladora explicación que hemos citado: «Las personas de nuestra clase tienen muchas deudas.» Y como esto lo justificaba todo á sus ojos, pronto la viuda del capián Pérez pasó del dinero que se pide á la usura al que se pide por medio de una carta á D. Fulano ó D. Zutano, amigos del difunto; doña Angustias dió sablazos con la fórmula de «mándeme un par de duros», recordando tal ó cual hecho de armas en que el capitán fué compañero del que, ante este recuerdo, no tenía escape y aflojaba la mosca, sonriendo al ver la firma, que era toda una invención de aquella fanática por conservar *la clase* á toda costa.

«ANGUSTIAS LÓPEZ,

capitana viuda de Pérez.»

—Sí, señor—exclamaba,—yo soy *capitana viuda de Pérez;* porque las viudas no perdemos el

título ó rango de nuestro marido; así, lo mismo se dice *capitana viuda de Pérez* como *duquesa viuda de Medinaceli*: y si no firmáramos así, ni á ella ni á mí nos conocería nadie.

Desgraciadamente, la vida real tiene choques brutales, que hacen abrir los ojos al que se propone andar por ella cerrando los párpados, y por eso, á fuerza de coscorrones la capitana viuda no tuvo más remedio que acudir, cuando ya era tarde, al capítulo de las economías.

¡Ah! entonces, entonces fué cuando por primera vez la madre confundió sus lágrimas con las de su hija. Mas eran dos llantos y dos penas distintas. Doña Angustias lloraba porque *descendía de su clase*, desde el momento en que, despedida la muchacha, tuvo que entrar ella misma á reemplazarla junto á las hornillas, ir por la mañana á la compra, exponiéndose á que la viera *algún conocimiento*; barrer, hacer las camas y todos los oficios más serviles y humildísimos, para los cuales, dicho sea de paso, dábase mucho mejor maña que cuantas criadas se conocen en este mundo, hasta el punto de que en Madrid, donde tan bien se paga el trabajo de los cocineros, si doña Angustias no hubiera pertenecido á esa maldita

clase media, ó no se hubiera figurado que pertenecía, lo cual viene á ser lo mismo para los resultados: la mismísima doña Angustias López, capitana viuda de Pérez, podía vivir muy ricamente con su paguita de diez duretes, y lo menos treinta ó cuarenta más, como cocinera de alguna casa grande, de algún señorón sibarítico, ó de alguna de las dos ó tres fondas que dan á su jefe de cocina el mismo sueldo que figura en el presupuesto del Estado para consignación y haber de los gobernadores de provincia.

Pero si esto llegase á suceder, ¿qué dirían las gentes? Una capitana viuda, es decir, la viuda de un capitán hecha una fregona más ó menos encopetada, pero fregona al fin y á la postre. ¡Horror! Y la buena señora echábase á temblar creyendo de buena fé que el mismísimo ministro de la Guerra tomaría cartas en el asunto, la llamaría á su despacho, escandalizado, y la daría de baja definitiva en el ejército.

Otras eran, como ya he dicho, las penas de Rosita, y voy á ver si puedo explicarlas, que á veces lo más sencillo, por su misma sencillez, escapa á la penetración y al análisis, y analizado y

comprendido es de difícil expresión, cuando se quiere expresar claramente.

El gran pesar de Rosita fué la economía precisa ya de los cuatro duros mensuales que costaba el alquiler del piano. Se dirá que ella misma se opuso á dicho alquiler, cuando á doña Angustias se le antojó suponer que el piano es un mueble necesario y considerado más como mueble que como instrumento, ninguna persona decente deja de tenerlo en su casa, so pena de hacer un papel desairado. De nada sirvió, ante tales razones, la razón suprema de que Rosita no sabía tocarlo.

—Ni yo tampoco,—replicó la capitana,—pero eso no importa; es preciso, tan preciso, como el espejo de la sala, en el que nadie se mira. Ya podíamos estar poniendo cosas en el gabinete, y yo te aseguro que por muchas que pusiéramos, mientras no estuviera allí el piano, parecería aquello sin amueblar.

Y es claro, doña Angustias tenía razón, como siempre. Un gabinete, ó sea, en general, todo gabinete con piano está mucho mejor que sin él, como todo bolsillo lleno de dinero está mejor que vacío, y así sucesivamente, porque el número de

axiomas caseros, como el de perogrulladas, es infinito.

De manera que Rosita tuvo que rendirse ante la evidencia, y se rindió y quedó encantada, seducida por la preciosidad de aquella gran caja de palosanto, de elegantísima forma, con sus dos brazos de bronce dorado, para los cuales hubo que comprar las correspondientes velas de color de rosa; y los pedales; sobre todo los pedales que asomaban por abajo y parecía que estaban pidiendo la acariciadora pisada de unos menudos pies. La joven se acercó, llegó á sentarse en el redondo taburete, dió vuelta á la llavecita, y cuando, abierta la tapa, tuvo ante sí la blancura deslumbradora del teclado, no pudo contenerse, no pudo resistir á la tentación. Puso sus dos manos en que empezaba á sentir la comezón del deseo, sobre la frialdad y lo suave del marfil, sus pies en los pedales, pareció aceptar todas aquellas ofertas mudas que la estaba haciendo el instrumento, y bajo la cuádruple presión de pies y manos, una masa confusa de sonidos, algo como un «¡oh! ¡oooh!» que revela el gran placer del organismo cuando siente la primer caricia de la mujer amada, hízola estremecer profundamente,

comprendido es de difícil expresión, cuando se quiere expresar claramente.

El gran pesar de Rosita fué la economía precisa ya de los cuatro duros mensuales que costaba el alquiler del piano. Se dirá que ella misma se opuso á dicho alquiler, cuando á doña Angustias se le antojó suponer que el piano es un mueble necesario y considerado más como mueble que como instrumento, ninguna persona decente deja de tenerlo en su casa, so pena de hacer un papel desairado. De nada sirvió, ante tales razones, la razón suprema de que Rosita no sabía tocarlo.

—Ni yo tampoco,—replicó la capitana,—pero eso no importa; es preciso, tan preciso, como el espejo de la sala, en el que nadie se mira. Ya podíamos estar poniendo cosas en el gabinete, y yo te aseguro que por muchas que pusiéramos, mientras no estuviera allí el piano, parecería aquello sin amueblar.

Y es claro, doña Angustias tenía razón, como siempre. Un gabinete, ó sea, en general, todo gabinete con piano está mucho mejor que sin él, como todo bolsillo lleno de dinero está mejor que vacío, y así sucesivamente, porque el número de

axiomas caseros, como el de perogrulladas, es infinito.

De manera que Rosita tuvo que rendirse ante la evidencia, y se rindió y quedó encantada, seducida por la preciosidad de aquella gran caja de palosanto, de elegantísima forma, con sus dos brazos de bronce dorado, para los cuales hubo que comprar las correspondientes velas de color de rosa; y los pedales; sobre todo los pedales que asomaban por abajo y parecía que estaban pidiendo la acariciadora pisada de unos menudos pies. La joven se acercó, llegó á sentarse en el redondo taburete, dió vuelta á la llavecita, y cuando, abierta la tapa, tuvo ante sí la blancura deslumbradora del teclado, no pudo contenerse, no pudo resistir á la tentación. Puso sus dos manos en que empezaba á sentir la comezón del deseo, sobre la frialdad y lo suave del marfil, sus pies en los pedales, pareció aceptar todas aquellas ofertas mudas que la estaba haciendo el instrumento, y bajo la cuádruple presión de pies y manos, una masa confusa de sonidos, algo como un «¡oh! ¡oooh!» que revela el gran placer del organismo cuando siente la primer caricia de la mujer amada, hízola estremecer profundamente,

comprendido es de difícil expresión, cuando se quiere expresar claramente.

El gran pesar de Rosita fué la economía precisa ya de los cuatro duros mensuales que costaba el alquiler del piano. Se dirá que ella misma se opuso á dicho alquiler, cuando á doña Angustias se le antojó suponer que el piano es un mueble necesario y considerado más como mueble que como instrumento, ninguna persona decente deja de tenerlo en su casa, so pena de hacer un papel desairado. De nada sirvió, ante tales razones, la razón suprema de que Rosita no sabía tocarlo.

—Ni yo tampoco,—replicó la capitana,—pero eso no importa; es preciso, tan preciso, como el espejo de la sala, en el que nadie se mira. Ya podíamos estar poniendo cosas en el gabinete, y yo te aseguro que por muchas que pusiéramos, mientras no estuviera allí el piano, parecería aquello sin amueblar.

Y es claro, doña Angustias tenía razón, como siempre. Un gabinete, ó sea, en general, todo gabinete con piano está mucho mejor que sin él, como todo bolsillo lleno de dinero está mejor que vacío, y así sucesivamente, porque el número de

axiomas caseros, como el de perogrulladas, es infinito.

De manera que Rosita tuvo que rendirse ante la evidencia, y se rindió y quedó encantada, seducida por la preciosidad de aquella gran caja de palosanto, de elegantísima forma, con sus dos brazos de bronce dorado, para los cuales hubo que comprar las correspondientes velas de color de rosa; y los pedales; sobre todo los pedales que asomaban por abajo y parecía que estaban pidiendo la acariciadora pisada de unos menudos pies. La joven se acercó, llegó á sentarse en el redondo taburete, dió vuelta á la llavecita, y cuando, abierta la tapa, tuvo ante sí la blancura deslumbradora del teclado, no pudo contenerse, no pudo resistir á la tentación. Puso sus dos manos en que empezaba á sentir la comezón del deseo, sobre la frialdad y lo suave del marfil, sus pies en los pedales, pareció aceptar todas aquellas ofertas mudas que la estaba haciendo el instrumento, y bajo la cuádruple presión de pies y manos, una masa confusa de sonidos, algo como un «¡oh! ¡oooh!» que revela el gran placer del organismo cuando siente la primer caricia de la mujer amada, hízola estremecer profundamente,

y separar las manos con presteza, entre contenta y enojada.

—«¡Qué bien suena, caramba!»—exclamó doña Angustias. Sí; sonaba muy bien, sonaba demasiado.—«A ver si sacas algo con un dedo»,—aconsejó la madre, y Rosita, riéndose, empezó á teclear, experimentando á cada nota una alegría inmensa.

Desde entonces el piano no fué para ella lo mismo que para doña Angustias; fué su compañero, su amigo, y estoy por añadir que su primer novio, porque para la joven siempre hubo algo de misterio en la manera rápida y fácil de producirse las notas, hubo algo de voz en los sonidos, algo de humano en todo el instrumento, que unas veces parecía suspirar y otras quejarse, otras gritaba, y otras muchas bastaba que ella lo quisiera para apaciguar sus furores, y entonces dijérase que hablaba con ella sola, en voz baja y casi al oido. ¡Ah! ¡sí! era fácil suponer en todo esto algún misterio. Aquellos pedales y aquellos brazos de bronce dorado, únicas cosas que salían del instrumento, días hubo en que á Rosita se le antojaron los pies y brazos de un amante que estaba allí escondido dentro de aquel mueble, y

cuyo escondite nadie más que ella podía presumir ni averiguar. Y el teclado, ¡ah! el teclado, era la boca, y en la boca ponía ella la mano, no para tocar, sino pareciendo decir con este ademán gracioso, «cállate ó habla bajo para que nadie nos oiga».

Así no es de extrañar que cuando hubo que vender el piano la pobre joven sintiera su primer pesar serio y profundo, que llorase, y hasta que guardase cierto rencor á su madre, que era la que tenía la culpa de todo.

Y si las economías se hubiesen limitado á esto, menos mal, pero no; los recursos, *los posibles* de doña Angustias iban siendo cada vez más imposibles, y no habiendo ropa en el armario, se vendió el armario mismo, substituyéndolo con otro de pino, y poco á poco y uno tras otro corrieron igual suerte casi todos los muebles, substituyéndose con otros más modestos, y era un horror, sólo comparable á los desastres y resistencias que ante la muerte oponen en alta mar los náufragos que se encuentran en un buque que hace agua; era un horror, repito, aquel constante visiteo de prenderos de viejo que miraban mucho, regateaban más, y por lo más antiguo, que era

por consiguiente lo más querido y lo que tenía más raíces de recuerdo, ofrecían una miseria. Así se llevaron en tres pesetas un sillón de vaqueta y en cuatro una mesita de escritorio, sillón y mesa que fueron del difunto capitán Pérez, y se conservaban y miraban siempre con grandísima veneración; y así ¡oh Dios! para completar los dos duros, fué preciso dar ¡en tres pesetas! la espada del héroe de Monte-Muro.

Y el naufragio seguía lejos, muy lejos de la costa, sin ver más que cielo y mar por todas partes; y digo por todas partes, porque el buque no se estaba quieto; iba á donde le llevaban las olas y las corrientes. Los *cuatro trastos* de la familia de Pérez sirvieron para amueblar malamente infinitos pisos terceros y pisos cuartos, porque ya estaban en el período de perpetua mudanza, que es á las familias lo que á los enfermos ese otro fatalísimo síntoma de cambio de postura.

Doña Angustias hizo la última economía. ¡Oh! ésta sí que fué una de esas acertadas, felicísimas y grandiosas ideas, que sólo se ocurren á los genios en momentos de inspiración sublime. Para que se pueda calcular qué tal sería, me bastará decir que, merced á ella, quedó suprimido en absoluto el gasto del petróleo, puesto que no necesitaron encender luz ninguna noche, y *ainda mais*, la comida se redujo á un guisado de patatas, ó un huevo frito, ó unos pimientos asados, ó cualquier otra cosa no menos alimenticia.

Luz y comida formal pudo suprimir doña Angustias desde el momento en que decidió que ella, Rosita y Juanito saldrían de casa todas las noches y se posesionarían de una mesa en el «Café Nuevo del Siglo,» sito en la calle Mayor.

Total: que las patatas guisadas cuestan dos reales, y con una peseta que cuestan dos cafés con dos medias tostadas, uno para ella y otro para el futuro abogado, porque Rosita tomaba una taza pequeña que era gratis; por seis reales justos ó por seis reales y medio, cuyo medio era la propina, problema resuelto, es decir, comida hecha, luz apagada, casa á oscuras, brasero sin encender y familia caliente, en la atmósfera del café, oyendo desde las ocho hasta las doce de la noche un magnífico concierto de violín y de piano.

Y decía á sus hijos la capitana viuda de Pérez:

—Luego habrá quien diga que sin dinero no

se puede vivir con decoro. Ya veis cómo nosotros, que no lo tenemos, seguimos, sin embargo, viviendo bien, y aun podemos gastar en esto del café concierto, que es para muchos un verdadero lujo.

Rosita y Juanito se callaban y doña Angustias terminaba explicándose las causas de aquel silencio.

—Es verdad que nos lo ahorraremos de la comida, pero no hay que extrañarlo. *Las personas de nuestra clase son de poco comer.*

Tenía razón. La clase media, la que en España se cree clase media, come muy poco.

VI

—Cállese usted y no hablemos más de eso, porque no vale la pena.

—¡Oh! Sí, señora, sí; mi madre también se las dará á usté. Muchísimas gracias.

—No se las merece. Entre vecinas no hay nada más natural. Hoy por tí y mañana por mí... Espere usté un poco, que vengo en seguida.

—Y *La Pálida*, más contenta que unas pascuas, se levantó, metióse en la oscuridad de la alcoba, y desde allí, mientras registraba los bolsillos de todos sus trajes, siguió hablando con Rosita, que estaba de pie en medio del gabinete.

Buscaba el portamonedas, no recordaba dónde lo había metido, en tanto que Rosita Pérez miraba á su rededor, lo examinaba todo desde la alfombra de moqueta buena, hasta las colgaduras dobles de todas las puertas, llamando su

atención, más que nada, la profusión de espejos, que era, en efecto, notable, porque además de uno magnífico que estaba colgado sobre la chimenea, ocupaba uno de los testeros ó frentes un armario de palosanto de tres cuerpos, soberbia pieza de ebanistería de casa de Prevot, cuyos tres cuerpos tenían sus tres lunas venecianas correspondientes, y además de esto había enrevesadas cornucopias en lo alto de las paredes, y entre los juguetes y chinerías que andaban desparramados encima de las mesas, espejillos de mano, de pulido acero, sobre caballetes de nikel. Rosita Pérez se veía de cuerpo entero en todas partes, y su graciosa figurilla se multiplicaba de uno en otro espejo, reproducida hasta lo infinito.

La huérfana del capitán era una muchacha preciosa. Un poquito baja, eso sí, tal vez demasiado para su edad, porque si nuestros lectores ajustan la cuenta, diez y siete tenía cuando lo del balazo, de manera que resultaban ahora veintiuno, y con los veintiuno no había crecido nada, seguía siendo tan pizpireta y retaco como á los diez y siete. Pero si el cuerpo no había tenido variación en aquellos cuatro años, y cuya variación

en sentido de desarrollo hubiera sido para mejoría, los sentimientos de Rosita y hasta sus modos de pensar eran ya muy otros de los que tuvo. Ya no se figuraba que los pianos eran sus amantes, ni se contentaba con tan platónicos tecleos. ¡Ah! el «Café Nuevo del Siglo» es una gran cátedra de muchachas casaderas, y á las ventajas que mencionadas quedan al final del capítulo anterior, debo añadir otra principalísima: en el «Café Nuevo del Siglo» se saca novio casi todas las noches, ¡qué noticia mejor puede darse á las madres de niñas en estado de merecer! Regla general, segura, indudable. Los estudiantes, los cadetes, los horteras, toda la juventud de Madrid y provincias, juventud tan morigerada de costumbres como escasa de caudales, acude y acudirá siempre á estos cafés donde hay piano y violín, y donde están seguros de que se toca algo, que á la susodicha juventud le gusta mucho.

¿Quién duda que esto lo tuvo muy en cuenta doña Angustias? ¡Tiempo era ya de que Rosita supiese lo que es el mundo, lo que son los hombres y lo que dan de sí todas las cosas! Porque esto de buscar novio ó de ponerse en sitio donde los novios la encuentren á una fácilmente, no

rebaja á nadie, ni deja de ser costumbre laudable de la clase media. Hay que pensar, siendo madre, en la educación y carrera de los hijos, y la única carrera de la mujer es el matrimonio, y como el matrimonio se hace con los hombres y los hombres van al café, había que empezar por el principio (es decir, por suprimir el principio en la comida), y al café fueron, sin dejar una noche, los tres individuos que formaban la familia de Pérez.

¡Pobre Rosita! En cuanto se enteraron los concurrentes de «El Siglo» de *la novedad*, fué numerosa la falange de adoradores. Bastaba ver á la joven para adivinar que hacía su *debut*. Ofuscada la vista por la fuerte claridad de los mecheros, aturdida con el ensordecedor barullo de conversaciones, tosiendo al respirar aquella atmósfera enrarecida por el humo del tabaco; avergonzándose, porque era más que rubor lo que experimentaba al ver cómo la miraban insolentemente todos los barbilampiños mientras que otros tosían y sonreían los viejos; no da más vueltas la mariposa en torno de la luz que ha de quemar sus alas, que dió Rosita por el café en torno de las mesas buscando una en que pudieran sentarse

retiradas de todo aquel guirigay y tumulto, que la producían un mareo y malestar cada vez más creciente.

Sentáronse, por último, cerca del piano, y apenas dió Juanito una palmada, acudió el camarero con la sonrisa en los labios, el paño en la mano, y mientras con él limpiaba el mármol blanco, dejándolo reluciente como un espejo: «¿Qué va á ser, señorito?»—preguntó al futuro abogado, el cual no tuvo tiempo de contestar. «Dos cafés con dos medias tostadas»,—ordenó la capitana,—«y una tacita para la niña.»—«En seguida»,—replicó el mozo, y se alejó menos contento. Juanito no era el novio. No pagaba ningún hombre. La propina de la mujer es siempre problemática.

Aquella primera noche se pasó sin más variaciones que las que sobre motivos de ópera tocaron pianista y violinista; pero á la siguiente hubo ya sus miradas y sonrisas dirigidas á la señorita por uno que se sentó enfrente en otra mesa desocupada, y cuando doña Angustias llamó al mozo, éste rehusó tomar el dinero diciendo: «Ya está pagado.»

Aquí de las exclamaciones de la viuda y el preguntar que cómo había sido eso, y prohibir al

camarero que volviera á tomar dinero de nadie, todo lo cual no impidió que, al salir, el desconocido saludara, y la capitana se creyese en el deber de decir: «Muchas gracias», á cuya frase contestó el adorador de Rosita con el ingenio de los galanes del teatro antiguo: «Para mí quisiera las que tiene su hija de usted, que son demasiadas.» —«Vamos, mamá, que es tarde,»—interrumpió Rosita.

¡Oh misterio! La capitana viuda de Pérez riñó esta vez á su hija, porque en su concepto, aquella prisa por salir del café, cortando la palabra al caballero, podía tomarse como desaire y grosería. «Pero mamá, si es que ese hombre no me gusta, y tú no has notado que quiere declararse.» Doña Angustias se puso seria con su hija. «Pues no faltaba más. Parecía un hombre muy distinguido... y muy fino. ¡Qué más podía desear una pobre huérfana! Porque era huérfana y pobre... ¿Qué más podía desear sino que una persona tan atenta y *tan bien vestida* se enamorase de ella y pidiera su mano? Ahora sentía más la conducta observada. ¡Qué niñería! Vaya una razón; dar calabazas á un hombre porque no gusta. Con todos la pasaría lo mismo. Todos son iguales: de carne

y hueso era aquél como los otros. Pero luego que se habla con ellos, no sólo gustan, sino que se les quiere. «Nada, nada,—terminó la madre,—mañana por la noche tienes que prometerme que serás más amable. Hija, no hay más remedio, á casarse tocan.»

Desde esta filípica, Rosita tuvo que comprender y aceptar para lo sucesivo aquel «no hay más remedio», dicho por doña Angustias con acento inexorable. ¿Adivinó acaso qué clase de esperanzas se fundaban en su casamiento? Lo que supo, lo que no pudo dejar de saber, es que la madre y el hermano esperaban algo de ella, y que en ella veían algo más que un ser querido, algo que rebajaba el cariño hasta las honduras del interés. Era la hija, era la hermana, pero también era la mujer. ¡Lo explotable! La capitana, aquella terrible vendedora de ropa blanca, de armarios y muebles de todas clases, la que empezó por sus alhajas y acabó por la espada de Monte-Muro, no podía detenerse, no podía contener su frenesí. No había ya nada que pudiera reducirse á moneda, nada se podía vender, y, sin embargo, la viuda quería seguir haciendo dinero. Era forzoso. Pues bien, allí estaba su hija. La mano de Rosita, su

blanca mano. ¡Eso es! Se vende una novia. ¿Quién la quiere? ¡A la una, á las dos, á las tres! Al mejor postor.

Entonces empezó para la joven una miserable y desdichada existencia, miseria y desdicha que al principio la repugnaron, y á las que por fin consiguió acostumbrarse. Entonces Rosita se convirtió en el tipo más acabado de lo que pudiéramos llamar *la novia de café.*

A la noche siguiente el galán del teatro antiguo se vió correspondido, si no con entusiasmo, al menos con exactitud matemática. No miró una vez sin que al punto se le devolviese la mirada; sonreía, y en el acto contestaba Rosita sonriendo. Y aquel fué su primer novio, y luego, cuando este se marchó, tuvo otro, y después otro y otro, y qué sé yo cuántos, porque los amores de Rosita eran y duraban lo que dura el heno:

.....á la mañana verde,
seco á la tarde.....

Pero no se casaba. Y eso que la pobre niña mostrábase obediente á cuantos consejos la daba doña Angustias. Sé amable, complácelos en todo, no seas arisca, mira que si seguimos así, te

quedarás para vestir imágenes.» Y ella ¿qué iba á hacer? No. Las filípicas de su madre la irritaban en grado sumo. No tenía ella la culpa. Aquellos hombres iban buscando otra cosa. Ninguno quería casarse. Al revés. En cuanto se enteraban de que sin boda no había de qué, todos hacían lo mismo. Todos desfilaban. ¡Arisca! Ni por pienso. Se dejaba coger las manos. Se dejaba estrechar la cintura. Algunos la pellizcaban. Y cuando salían del café, á las doce de la noche, tomaba su brazo y por debajo del embozo de la capa les acariciaba las barbas con la mano que no se veía, y al pasar por los sitios oscuros, si la pedían un beso también se lo daba. En el café la conocía ya todo el mundo. Había sido novia de todos los parroquianos. Ya se comentaba una frase dicha por ella, sin tener conciencia de lo que estaba diciendo:

«Desengáñense ustedes. El hombre no anda limpio y bien cuidado hasta que se casa,—exclamó para terminar con un argumento que hundiera la lógica de dos estudiantes enemigos del matrimonio. Y la prueba de ello es que todos los hombres que yo he conocido llevaban rotos los bolsillos del pantalón.»

El lector, al llegar á este punto, se ríe y hace mal, como hicieron mal en reirse los que oyeron la frase. Rosita la dijo sin saber que era un cartel puesto por ella misma en la plaza pública, y en el cual afirmaba, probaba y confesaba su deshonra. Pero de que ella supiera estas cosas tenía la culpa su madre. Tenía la culpa aquel ánsia de boda, aquel amar como por oficio y obligación al primero que pedía cariño; si ella no amaba, si el cariño no es cosa que se da porque lo pidan, ¿podía hacer más que entregar las manifestaciones externas del amor? No amaba, pero obedecía á su madre. Cariño, no, caricias, cuantas se deseaban. Si se prostituyó por obediencia, *entregó á muchos su blanca mano,* como hubiera entregado todo su cuerpo, si con el cuerpo se remediase el daño y se decidiese por fin el hombre á no insistir en aquellas tardanzas y obstáculos para el casorio.

Doña Angustias, sin embargo, no se quejaba tanto. Ya el café no la costaba un céntimo, porque el novio era siempre el pagano, y muchas noches se arriesgaba á pedir un *bisté* con patatas ó unos riñones *salteaos,* y con estas raciones iban las pobres de Pérez matando el hambre que empezaban á sentir algunos días.

Rosita estaba monísima, al decir de los que la trataban. Había perdido, no la virginidad física, pero sí el candor y la feliz ignorancia de que existe en el hombre, en el *caballero bien vestido,* el mismo deseo grosero y brutal que en el salvaje de las tribus bárbaras. Pero en cambio, ganó mucho con el trato de estudiantes, horteras y oficiales de la guarnición; porque todos ellos se disputaban la tarea de picardear á aquella niña y cada cual la enseñaba una porquería de palabra ó de obra.

Esta educación, unida á la que recibía intelectual, devorando los folletines de *La Correspondencia de España,* hizo de la hija del capitán un ser especialísimo, bajito de cuerpo, muy bien formado, con mucho brillo en los ojos, el brillo intenso de la fiebre, muy nervioso, y tan pronto pálidas las megillas como cubiertas de vivísima y encendida grana. Miraba á los hombres con una mirada ansiosa, palpitábale el corazón al oír cualquier palabra dicha al oido, lloraba por la más nimia causa, reíase á carcajadas por otras que nada significaban ni tenían asomo de ocurrentes, y con esto pasaba largas horas durante el día encerrada en su alcoba, sin que pudiera averiguar-

se lo que hacía en tanto tiempo y en tan misteriosa soledad, de la que salió siempre con una gran sombra bajo los ojos, y tal abatimiento en su aspecto, tan suprema laxitud en todos los miembros que, rendida no acertaba á mover pié ni mano en el resto de la tarde.

¡Histérica, no! No eran aquellos los fenómenos propios del histerismo. Eran algo peor, algo más horrible, algo que no se saciaba con la hartura, una pobre viciosa que consumía su carne, de la que sentía grandes rubores por los extraños deseos que la atormentaban. No, Rosita no era ya la virgen apasionada que empieza por soñar lo que no sabe, por sentirse inundada con la ola de pubertad que primero la asusta y luego la complace y enorgullece. Rosita, que no había estrechado jamás en sus brazos á ningún hombre, que conocía, sin embargo, todos los secretos de la virilidad, acaso por esto mismo empezó por anhelar y acabó por despreciar, sin haberlos experimentado, los goces naturales, los vulgares y corrientes de la unión de los dos sexos. Rosita aspiraba á un más allá, á lo sobrehumano, á lo maravilloso; sentía correr por sus venas una sangre tan caliente que parecía quemar por donde

pasaba. ¡Ah! la frase del cursi romanticismo. «Tengo un volcán en el corazón», frase que oyó mil veces á sus adoradores del café, era gráfica con respecto á Rosita. Su cuerpo, sus órganos, sus entrañas eran, ó por lo menos se le antojaba que fuesen, un terreno conmovido por los más hondos estremecimientos y sacudidas, un terreno volcánico, surcado por infinitas corrientes de lava, unas que subían y ahogaban su garganta, otras que bajaban hasta los pies, y todas partiendo en distintas direcciones de un mismo centro, del corazón, que era el volcán lleno de rojizos resplandores, de llamas que la abrasaban el pecho, calcinaban sus huesos y producían con sus penachos de humo aquellos desvanecimientos y vahídos, aquella asfixia en la bóveda del cráneo.

¡Y entretanto la capitana, viuda de Pérez, tan tranquila! No podía compararse su actitud más que con la que tendría una madre sorda y ciega, que no puede enterarse á tiempo de que ha saltado una chispa al traje de su hija y de que su hija está ardiendo. ¡Eso, eso le pasaba á la joven, Se estaba quemando viva!

La situación de la familia era cada vez más

penosa. Juanito no iba ya á la Universidad. No podían pagarse las matrículas ni comprarse los libros. Los del último año, apenas comprados, se vendieron. Los vendió la misma doña Angustias para comer un día. Hubo apuros hasta de diez céntimos para comprar vinagre. ¡Oh, la miseria, la pobreza! La miseria no es la que se pone en una esquina y extiende la mano diciendo: «Una limosna por amor de Dios». La miseria es la que pasa por delante de esa misma mendiga, viste andrajos también, pero son de seda, y al oir la petición contesta: «Perdone, no llevo suelto», y miente, porque no lleva nada, no tiene nada, y el mismo pobre lo conoce y sonríe. Esa es la miseria.

De ahí no sale la prostituta, como *La Pálida*. De ahí sale la infortunada, como Rosita Pérez.

La escala estaba recorrida casi de alto á bajo. Ventas y empeños primero. El préstamo y la usura. Luego el sablazo al amigo. Después la gorronería en el café, y, por último, la aceptación de una moneda de cinco duros, *dada* por una vecina generosa, á la que no conocían más que por los *chismes* de la misma *señá Petra*, cuyos chismes

no eran lo más á propósito para que Rosita bajara al principal.

Ello es que Rosita bajó, y en el gabinete la hemos visto y la hemos dejado sola un momento mientras que *La Pálida*, metiéndose en la alcoba inmediata, buscaba los cinco duros en los bolsillos de todos sus trajes.

—Siéntese usté, señorita; siéntese usté—decía Estrella revolviendo sedas y desesperándose por tener que tardar tanto.

—No, deje usté; si estoy bien así.

Pero decididamente, el maldito portamonedas no parecía. *La Pálida* estaba segura. El duque de Tres Estrellas le dió por el beso aquel centén de oro, que era el que buscaba. Iba á tener que dar un billete de Banco, y le quedaban muy pocos.

—¡Ay, qué caramba!—exclamó dando una patada de impaciencia.

Rosita Pérez no sabía qué hacer, ni qué decir.

—¿Quiere usted que la ayude? ¿Llevo una vela? ¡Cómo está usté á oscuras!

La Pálida se echó á reir. Le hizo gracia la ocurrencia. Dejar á una señorita que registrase

sus bolsillos. Buenas cosas había en algunos de ellos. En cuanto á la vela, tampoco. Podía prenderse fuego. Además, se veía bastante. Entraba alguna claridad del gabinete.

—Vaya, no se esté usté ahí de pie y sola. Entre, y con eso no tendremos que hablar á gritos, porque parece que la cosa va para rato.

La joven vaciló un momento. ¿Por qué? Ni ella misma pudo explicárselo. Desde que estaba en aquella casa, desde que respiraba los perfumes que se desprendían de las ropas de la buscona, desde que sus pies hollaban la mullida alfombra, desde que no sentía frío al abrigo de tantas dobles colgaduras y portiers y al calor de la chimenea, desde que se miraba reproducida en los espejos, hablando con aquella mujer cuya vida de prostitución conocía por los cuentos de la portera, y á la que veía instalada con lujo, vestida como una señora y teniendo que tratarla como á tal, Rosita Pérez no era dueña de sí misma. ¡Estaba hablando con una prostitutal ¡PROSTITUTA! Tenía para ella esta palabra sonidos extraños; era infamante, sí, pero sólida, maciza, llena de sílabas y como repleta de carne; era una de esas combinaciones de letras que desde que se

inventan se agarran á la masa del idioma, se llenan de fibras, pierden toda grasa, se convierten en elemento duro y fuerte, son un músculo, un vigor, y sin ellas el lenguaje quedaría débil, raquítico y afeminado. Aquella mujer conocía goces por ella ignorados y que su misma ignorancia abultaba y exajeraba. La ola de sangre se agolpó á su corazón, la erupción volcánica era inminente, y cuando penetró en la penumbra de la alcoba, cuando se acercó á donde Estrella estaba, palpitaban con terrible fuerza todas sus arterias, y creyó ver en la sombra fosforescencias que salían del cuerpo de *La Pálida*, haciéndolo resplandeciente.

—¡Ah! ¡Qué tonta soy, qué tonta!—exclamaba ésta al poco rato,—¿pues no estoy buscándolo en todas partes menos en donde está? Claro, aquí lo tengo. Pues si no me he quitado este vestido desde anoche.

¡No había dormido! ¿Qué habría hecho? Este fué el único pensamiento de Rosita, mientras que Estrella sacaba apresuradamente del bolsillo el portamonedas y del portamonedas el centén de oro del duque de Tres Estrellas.

—Tome usté, tome usté,—y con esa intuición

de la delizadeza de sentimientos, innata en la mujer, al poner los cien reales en manos de la joven, rodeó con el brazo libre su cintura, la atrajo hacia sí y quiso besarla en la megilla.

Pero al mismo tiempo se sintió besada en la boca, en el cuello, en las orejas, en todas partes, abrazada con nerviosa fuerza, y arrastrada casi perdió el equilibrio y cayó de espaldas en la cama que estaba detrás de ella. «Pero, ¿qué es esto?» No pudo decir más, ni tuvo que preguntar otra cosa. Comprendió con quién tenía que habérselas. Lanzó la franca carcajada del vicio, que no se asusta de nada, y que se presta á todo, hasta á lo más inaudito; devolvió el abrazo, el beso y la caricia, y largo rato estuvo revolcándose en la cama con la hija de doña Angustias. Largo rato se complacieron en confundirse y ponerse al mismo nivel el cuerpo prostituído y el cuerpo virgen.

Decidme ahora si no fué más trágica que la del general, la muerte del capitán Pérez en Monte-Muro.

VII

Salió Rosita, y mientras subía la escalera con los cinco duros en el hueco de la mano izquierda, llevábase la derecha á las narices para ir oliendo todavía lo que en ella se hubo impregnado al acariciar *La Pálida*, olor á perfume, á polvos de arroz y al sudor de aquellos abrazos frenéticos, dados y recibidos por las dos mujeres.

D. Arístides entraba al mismo tiempo en el portal, acompañándole su joven amigo el marqués de Villaperdida.

Al oir el campanillazo, Estrella saltó de la cama, donde cayó como sabemos, de la que no deseaba moverse, porque se había propuesto no recibir á nadie, no ver á nadie, comer cualquier cosa que mandaría traer del café inmediato, y seguir durmiendo, reanudar la interminable siesta de aquel día. Pero la señá Petra, que continuaba

en la cocina, fué más lista y abrió inmediatamente la puerta, anticipándose con esta oficiosidad á los servicios de la misma Aniceta.

La buscona no tuvo más remedio que presentarse tal como estaba. D. Arístides había entrado como Pedro por su casa, y detrás de él, casi con el mismo *sans façon*, el Grande de España.

—«¡A ver, á ver! ¿Dónde está nuestra *Boticaria?*»

Y el diputado se escandalizó al encontrarla con todo el traje arrugado, desabrochada la chaquetilla de granate, desgreñada y con los ojos hinchados por el sueño.

Con todo, estaba hermosísima. Tenía la belleza más dominadora para el hombre sensual. Arístides y el marqués se sintieron excitados ante aquel desorden, que era una revelación. Y al estrechar la mano de Estrella encontraron al tacto la blanda tibieza de la carne de mujer que acaba de salir de una fiebre de caricias.

—Siéntense ustedes. Todavía no he comido,—exclamó *La Pálida*, dejándose caer en un confidente, desde donde estirando el brazo sacudió el cordón de la campanilla que estaba á su alcance.

—Tápate, hija.

Con aquel movimiento la desabrochada chaquetilla dejó ver la raya de unión de los dos pechos.

La Pálida se echó á reir, miró maliciosamente al más joven de sus dos interlocutores, mientras obedecía la indicación de Arístides.

—¿Y eso qué? Iba á acostarme. Más se me vió anoche.

Aniceta se presentó. Sus tres refajos abrieron un ancho boquete descorriendo la doble colgadura de la puerta.

—¿Quieren ustedes comer conmigo?

—Come tú lo que quieras. Nosotros ya hemos comido. Ya sabes que yo pago.

—Perdone usté, pero esta noche me toca á mí,—replicó el marqués, que hasta entonces no había dicho palabra y no tenía ojos bastantes para mirar á *La Pálida*.

Esta se sonrió é hizo un guiño á su compadre D. Arístides.

—Pues muchas gracias,—y volviéndose se encaró con la criada.—Tráete cualquier cosa, con tal que sea pronto y de por aquí cerca.

—Usté dirá, señorita.

—¿Y yo qué sé? Lo que me apetece es una tortilla al ron con mucha azúcar.

D. Arístides intervino. Con un lápiz apuntó en una tarjeta la tortilla al ron, y dos ó tres platos más.

—Ponga usté algo que pueda comer este caballero,—añadió la buscona, coqueteando á su manera con el desconocido.

—No, no, si yo no tengo ganas.

—Bueno, pues postres, muchos postres.—Una segunda mirada acabó de enloquecer al joven.

—¡Ya está!—dijo Arístides, y Aniceta desapareció llevándose la cartulina, que por el camino intentó leer, y deletreó á la luz de un farol; pero tan torpemente, que con grande asombro los que pasaban la oyeron decir en voz alta: *¡Don putado á Cortes!*

Solos de nuevo los tres personajes, el protector de Estrella tomó la palabra acercándose y sentándose familiarmente en uno de los brazos del confidente donde ella estaba.

—Pero, chica, parece mentira que no te acuerdes del señor, y que no lo reconocieras anoche mismo.

—¿Al señor?—y le miró fijamente. Pero fué en vano todo esfuerzo. No se acordaba. Se figuró que se trataba de una broma.

—¡Vaya! ¡vaya!

—Te digo que le conoces,—insistió el diputado,—mírale bien.

Entonces se enfureció con su flaqueza de memoria. Quiso hacer la de su vida anterior. Sí, sí. Fácil era. Se perdía como en un laberinto.

—Pues me doy por vencida.

El marqués trató de ayudarla.

—Vamos á ver. No recuerda usted, un día una puja que sostuve con varios amigos... diez mil reales...

—¡Ah! Calle usté, hombre de Dios, es verdad. Cuando se sacó á subasta mi... ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

Era una risa nerviosa, falsa, una carcajada que parecía inextinguible, porque la buscona la necesitaba muy grande, muy fuerte, muy ruidosa para cubrir, para tapar, para ensordecer con ella una herida, ancha y profunda, un dolor intenso, un alarido que de improviso sintió en la garganta y que no quería dejar salir porque iba á venderla, porque era como decir *¡soy desgraciada!* delante de aquel estúpido *señorito* que tenía á vanagloria haber pujado como quien puja un caballo, el cuerpo todavía virgen de una pobre niña, que se vendía á la prostitución por hambre.

Luego, queriendo vengarse en alguien y de algún modo:

—Sí, sí... *fué en casa de la Mari-Pepa.* Ya me acuerdo.

A estas palabras, el rostro de D. Arístides se puso amoratado de vergüenza. La *Mari-Pepa* era la presidenta de la Asociación de señoras Devotas y Caritativas. Su mujer.

El marquesito tosió dos ó tres veces. *La Pálida* se arrellanó en el confidente.

—Vaya; mire usté qué memoria la mía. Tenía razón éste;—y miró al diputado con toda la burla de que era capaz la mirada de una tunanta;—pero ya verá usté cómo me acuerdo ahora de todo. Usté se llama... se llama... el marqués de... de Villa y Pérdida.

Nueva explosión de risas, que terminó el conflicto y lo embarazoso de la situación.

—Mujer, no; el marqués de Villaperdida.

—Bueno; lo mismo da. Siéntese usté aquí.

Y dando un respingo, hizo sitio en el confidente á su lado.

La Pálida continuaba sus coqueterías. Tenía buen olfato.

Aquel pollo era lo que estaba esperando. El

caballo blanco, el pagano, el *primo*, que diría la señá Petra.

Cambió de asiento el joven, y la conversación se hizo más familiar, aunque dirigida siempre por el diputado.

El marqués de Villaperdida, tipo perfecto del español afrancesado, era en el fondo un buen muchacho, un infeliz, como vulgarmente se dice, cuando vulgarmente se quiere dar á entender que el buen muchacho y el infeliz es tonto de capirote. Heredero de un hombre ilustre y de cuantiosas rentas, educado en Francia, socio de número de ese casino, que tiene sucursales en toda Europa y que se llama el *Inútil Club*, montaba á la inglesa en los potros andaluces; llevaba monóculo, á pesar de no tener la vista desigual, pues con los dos ojos nunca vió más allá de sus narices; estudiaba el *Manual del perfecto sportman* bajo la dirección magistral de un jockey que hacía sus explicaciones todas las mañanas, teniendo la cuadra por cátedra y por silla presidencial la de galápago puesta sobre *Vincitor*, el caballo de carrera que ganó en otoño el primer premio.

Así el marqués, con este régimen y manera de vivir, jamás se españolizaba. Para él *La Pálida* no era cuando la conoció una prostituta, sino *une fille*, y ahora su cambio de prostituta en buscona era una transformación *de fille en cocotte*. Siempre tenía precisión de apelar al francés para darse cuenta exacta del valor de las palabras castellanas; alto y delgado, pálido de color y lacio de pelo, daba risa verle andar por la calle, cuyo andar era también un estudio, y para explicarlo mejor, el *andar de última moda*. Con los brazos encogidos y los codos atrás, que semejaban, pegados al flaco cuerpo, alones desplumados metidos dentro de unas mangas de tela, los piés calzados con enormes botas sin tacones y las larguísimas piernas dando grandes zancadas y en cada una dejándose atrás las más anchas losas. Cuando iban tres ó cuatro reunidos, parecían un bando de avestruces ó un rebaño de jirafas que, sin saber cómo, vinieron á Europa para muestras de la fauna de los desiertos africanos.

Luis permanecía soltero por prescripción facultativa. El médico, que vivía en el mismo palacio, y que durante muchos años asistió á su

padré, prohibió terminantemente todo proyecto ó idea de perpetuar la raza de los Villaperdida por medio de matrimonio.

«Sí, sí—decía el terrible doctor, materialista furibundo;—el casarse se ha hecho para la gente sana, que cuando tiene hijos los tiene robustos, que da gozo verlos. Pero usté, mi querido señor don Luis, es hijo legítimo de su padre por todos cuatro costados. Y usté, que ya es un hombre, sabe perfectamente qué clase de curas eran las que yo hacía al difunto, y la terrible operación que tuvimos por último que intentar en su cuerpo y cómo se nos quedó en ella. Además, usté mismo cayó enfermo, con una enfermedad nada limpia, que yo curé, y que, sin embargo volverá á reproducirse al menor exceso, porque el virus está en terreno perfectamente preparado para recibirlo. La sangre de usté es la de su padre, y yo le permito á usté que se muera y hasta que se mate; pero lo que no permitiré nunca es que enferme usté por contagio y mate á una pobre niña por esas ridículas razones que usté me da. ¿Que se va á extinguir el nombre y el título nobiliario? Pues que se extinga.»

Y el marquesito se callaba. No se atrevía á con-

tradecir al doctor, porque le temía, porque siempre recordaba la tarde en que lo vió salir de la alcoba de su progenitor en mangas de camisa, con las manos ensangrentadas, como un carnicero que acaba de degollar una res, y luego cuando él mismo se vió enfermo con la horrible lepra de que hablan los libros sagrados, quedáronse grabadas en su memoria las palabras que dijo el doctor después del reconocimiento: «Esto que usté tiene lo he estado yo curando diez años consecutivos en el cuerpo de su padre.»

El médico de los Villaperdida era un sabio, un especialista que, á tener otro carácter menos agrio y formas menos rudas, hubiese hecho en Madrid una gran fortuna, adquiriendo numerosa clientela. Mas no tenía ninguna porque asustaba á las gentes con su lenguaje á gritos, sus amplios ademanes y gestos despreciativos. Trataba á los hombres como bestias enfermas. Decía que no eran otra cosa. Proclamaba la materia. Negaba el alma, y llegó á menospreciar la medicina tanto como admiraba la cirugía. El título de médico hacíale encogerse de hombros desdeñosamente. Lo creía fatuo. Lo que debían llamarse era veterinarios.

Así, pues, dentro del palacio de Villaperdida la muerte del marqués no produjo otro cambio que el de pasar el título á su heredero. Seguía en pié aquel caserón inmenso y sombrío y destartalado en que el polvo y las telarañas pardeaban por do quier, y todos los días decíase la misa en la capilla, haciendo las mismas genuflexiones ante el altar y rezando los latines bárbaros de siempre el padre Manrique, por el cual no pasaban años. La decoración era idéntica; seguían iguales papeles repartidos á los personajes y sólo era otra la figura principal; sólo el dueño y jefe de la casa solariega, no era un viejo fanático en religión, enfermo de inteligencia, de voluntad y de cuerpo, sino un joven fatuo y educado á la inglesa, uno de esos jóvenes sin juventud, linfático y casi anémico, uno de los productos artificiales que elabora el siglo actual, la menor cantidad de pulmones y de sangre dentro del más astilloso y quebradizo esqueleto. En lugar de instrucción, libros aprendidos de memoria; frases hechas, en lugar de ingenio; y para reemplazar el valor personal, la cobardía que se hace maestra en esgrimir un florete y tirar á la pistola, un pergamino del siglo XIII por nobleza, una llave inglesa ó un rom-

pecabezas en sustitución de la fuerza muscular, y por toda belleza de forma el buen corte de la sastrería.

El marquesito de Villaperdida, de quien era forzoso conocer estos antecedentes para la información que sobre él se abre en este libro, había solicitado de su amigo D. Arístides el favor de ser presentado á *La Pálida* particularmente y de un modo especial, después del banquete de *La Botica*. Para ello tenía razones muy atendibles.

En primer lugar, un joven como él, soltero, con uno de los apellidos más ilustres de España y con una de las mayores fortunas, cuya renta le colocaba entre los primeros contribuyentes, no podía, so pena de hacer un papel desairado en la sociedad, prescindir de ciertos gastos en objetos de puro lujo; y así como tenía caballos de carrera que no montaba nunca, y jockeys pagados para que los montaran en su nombre y los disfrutasen; así como compraba cuadros, sin entender poco ni mucho de pintura, pagaba suculentos manjares, que no comía, y viajaba por toda Europa encajonado en un vagón, sin asomarse una sola vez á la ventanilla para contemplar el paisaje; así como

hacía todos estos desembolsos y sacrificios en aras de la *alta clase*, desembolsos y sacrificios que recordarán al lector los que doña Angustias López, capitana viuda de Pérez, hizo á su vez, para no descender de la *clase media*, D. Luis de las Lanzas y de las Medias Annatas, Campo de Gules y León Rampante, marqués de Villaperdida y conde de Riosucio, después de bien meditado el caso, comprendió que, así como le faltaba algo para ser un *sportman*, faltábale también, para ser un perfecto *gentleman*, tener una querida. Resolvió en el acto buscarla en Madrid, pero no la encontraba de las condiciones y con los requisitos necesarios, porque la querida de un grande de España no puede ser una mujer cualquiera, hermosa y nada más, no; es preciso encontrar, además de la belleza, una de esas devoradoras de fortunas, que lo tragan todo, lo mismo las onzas mejicanas que los luises de oro ó las libras esterlinas. En Madrid no existen; en París, los lores ingleses, los príncipes rusos, los *nababs* las han hecho crecer, pulular y multiplicarse. Cuando ya nuestro héroe, desesperado, estaba á punto de enviar un telegrama á su banquero parisién, rogándole que le enviase *en grande vitesse*

una *cocotte,* ocurrió el banquete dado por D. Arístides y en él la proclamación de *La Pálida* como *Boticaria*. ¡Ah! ¡Qué idea! *La Boticaria*. ¡Esa debía ser su querida!

Para comprender el entusiasmo conque nuestro aristócrata hubo de decidirse por este extremo, preciso será saber lo que significaba aquel nombramiento y ceremonia que hemos narrado (capítulo II), y las preeminencias y disfrutes que iban anexos al título concedido á *La Pálida.*

Todas las busconas de Madrid lo ambicionaban. *Minuto, La Clara, Bolita, Pelo largo, La Pantorrilluda,* hacían todos los esfuerzos imaginables, ponían en juego cuantos recursos les sugería su travesura, cada vez que el puesto de *Boticaria* quedaba vacante. En *La Botica,* los socios recibían cartas de recomendación que probaban cuánto pueden y hasta dónde llegan las influencias de las busconas. Si aquellas cartas no se hubiesen roto después de leídas, cosa que confieso, por ser un rasgo de caballerosidad de nuestros calaveras, pudieran haber causado terribles disgustos. *La Pantorrilluda* fué *Boticaria* una vez, merced á un volante del Presidente del Consejo de Ministros, cosa que explicaba un chusco, diciendo que por algo aquel personaje se había significado tanto en la *Unión Liberal.* Ser *Boticaria,* era obtener la superioridad jerárquica de la busconería madrileña, empuñar el cetro, ceñir la corona y vestir el manto de reina del vicio, y todo esto durante un año entero, sin que nadie pudiese alegar mejores títulos, y en vano se presentaban en el palenque abierto mujeres más hermosas de rostro, de más esculturales formas, más pervertidas quizás. En vano. *La Boticaria* era la reina. Ninguna como ella para ser la querida de nuestro Grande de España.

Además, con *La Pálida* ocurría otra historia. *La Pálida* tenía sobre el marquesito de Villaperdida un grandísimo ascendiente. *La Pálida* no era para Luis una mujer cualquiera, no. El primer cuerpo desnudo que estrechó en sus brazos, y al que prodigó sus primeras caricias, la primera boca en que puso su primer beso, los primeros ojos que le miraron chispeantes de amor sensual, fueron los ojos, la boca y el cuerpo de *La Pálida*; y aun cuando, como ya sabemos, *La Pálida* en un principio no se acordaba de nada de esto, con ese olvido natural de las prostitutas, teníalo nuestro héroe muy presente, porque aquella pri-

mera posesión de la hembra, que siempre deja en nosotros recuerdos imperecederos, dejólos en el marqués por este concepto moral y por otros muy distintos. Porque en aquella misma tarde que consagró entera á la satisfacción de repugnantes lujurias, mientras esto ocurría al hijo, entraba el Viático en el palacio de Villaperdida, y cuando regresó llevando aún en sus ropas y en su carne los olores asquerosos del lupanar, halló al autor de sus días rodeado de médicos, muerto ya de miedo á la terrible operación quirúrgica que hacía necesarios tales preparativos; porque al poco rato de quedar solo el enfermo con los operadores, oyó Luis una horrorosa blasfemia, que en el viejo fanático daba la medida del dolor sentido, de la importancia de la carne podrida que se cortaba, cortándose con ella el mal y la vida de su padre. Y como si estos recuerdos no fueran bastantes, el doctor Pérez, el famoso médico de los Villaperdida, al día siguiente de operar al padre, tuvo que emprender la curación del hijo, en cuyo cuerpo florecían las caricias de la prostitución como gérmenes malditos de vigoroso y rápido desenvolvimiento.

Al llegar á este punto ignoro yo, y seguiré ignorando hasta que doctores me lo digan, si será también cosa propia y peculiar fenómeno que se da en los jóvenes educados á la inglesa, el que se dió en el marquesito con respecto á *La Pálida*, causante de todos estos males y desgracias, y fué que, lejos de sentir odio, ó cuando menos, natural y justificada repugnancia al volver á encontrarse frente á frente de aquella mujer, sintió, por el contrario, retoñar su primer deseo carnal, con tanta fuerza y con tal imperio, que las horas transcurridas desde la noche del banquete hasta la siguiente en que ya lo tenemos en casa de la buscona, acompañado y presentado por D. Arístides, pareciéronle siglos en cada uno de sus minutos. Problemas son estos que si la educación á la inglesa no puede satisfactoriamente explicar, las doctrinas espiritualistas tampoco resuelven, y sólo el médico Pérez, gran fisiólogo y materialista de pura sangre, contestaba con sonrisa volteriana á los que se sorprendían del caso calificándolo de «aberraciones del alma», que no había tales carneros, y que se partía de una hipótesis falsa. «Con la teoría de la existencia del alma no se explicarán ustedes los actos del hombre, y en cambio se aclaran y explican perfectamente con

la positiva é indudable existencia de la materia. La bestia humana, eso es lo evidente, no hay que darle vueltas.» Dicho lo cual, chupaba el ámbar y aspiraba con delicia el aromático humo del tabaco. El doctor Pérez fumaba en pipa.

Cuando la buscona tuvo al marqués de Villaperdida sentado junto á ella en el mismo confidente, D. Arístides dejó de pesar sobre el brazo de este mueble, se levantó y colocó enfrente de la pareja.

La conversación desde este punto y hora hízose más familiar, y sobre todo más concreta y positiva.

—Mi amigo el marqués viene esta noche aquí para saber sólo una cosa — insinuó D. Arístides.

—¿El qué?— preguntó *La Pálida*, volviéndose para mirar al joven cara á cara.

—Si estás libre.

—¿Esta noche?

—No. Todas las noches y todos los días.

—¡Ah!—dijo la buscona,—se trata de una cosa seria.

—Sí, muy sería y muy formal — agregó el Grande de España interviniendo por fin.

—Diga usté, hijo; diga usté, — replicó *La Pálida*.

Entonces, sin decoro alguno en el lenguaje, sin vergüenza por ninguna de ambas partes contratantes, el aristócrata y la exprostituta ajustaron precio y condiciones del amancebamiento. El marquesito suscribió sin regatear el primer punto: «de eso no hay que hablar; gasta cuanto quieras y gasta mucho». En cuanto al segundo, ó sean las condiciones, no impuso el señor más que una, que demostraba su febril impaciencia: «Esta noche duermo aquí.» Una sonrisa de sumisión, una mirada de asentimiento, fueron la respuesta. Y un beso, dado en presencia del diputado á Cortes (*Don putado á Cortes*, que diría Aniceta), cerró el trato definitivamente.

Llegó la comida para *La Pálida:* D. Arístides, que ya nada tenía que hacer allí, terminados y agradecidos sus buenos oficios, se despidió, deseando eterna felicidad á los que riendo llamó *desposados*, y comiéndose una aceituna, cogida de los mismos dedos de la buscona, que se la ofrecía, bajó la escalera apresuradamente, encaminándose á la Presidencia del Consejo. Iban á abrirse las Cortes. Aquella noche era la re-

unión previa de los diputados y senadores de la mayoría, y la votación del Presidente del Congreso. El jefe de los conservadores pronunciaría indudablemente un brillante discurso, en que se repetirían en cada párrafo, acogido con ruidosos aplausos, aquellas palabras, *orden, moralidad, sociedad, familia, altar* y *trono*, que estaban puestas bajo el amparo y custodia de los representantes de la nación, entre los cuales figuraba don Arístides.

VIII

Estrella no quiso mudarse del piso principal en que la instalara su protector y padrino. El marquesito encontró una resistencia tenaz en su querida, siempre que propuso trasladar mujer y mobiliario á uno de esos lindos hoteles nuevamente construídos en los barrios del ensanche de Madrid. Las razones que daba Luis eran, sin embargo, muy atendibles. Bueno que *La Boticaria* viviese en un piso alquilado de la calle de Hortaleza, pero al convertirse en querida de un aristócrata, no era decoroso para él seguir permitiendo y tolerando que se gastasen únicamente veinte duros mensuales en el local.

A estas razones oponía Estrella, que el local era lo de menos, y que además el que ella habitaba era muy decente; estaba bien empapelado, tenía poca escalera y resultaba el mejor de la

casa. Vivir en una casa de vecindad, era también más alegre para quien, como ella, vive sola, que el forzoso aislamiento de un hotel, y no impedía el gastar mucho, ya que tanto empeño tenía su dueño y señor en que el gasto fuese cuantioso. Podía tener carruaje y lo tuvo, criado, y tomó uno, aunque tampoco consintió en despedir á Aniceta. Tomó también á su servicio una doncella, así como la servidumbre que podemos llamar de *colaboración*, compuesta de peinadora, planchadora, costurera y demás menesteres. Con todo esto creyó *La Pálida* que gastaba un dineral, y fué grande su sorpresa cuando el marqués declaró un día, muy formalmente, que las cosas no podían seguir así, y que estaba *haciéndole hacer* un papel ridículo entre todos sus amigos, que le tachaban de tacaño y miserable, cuando era ella la miserable y la tacaña.

—Ya que no quieres trasladarte á un hotel, es preciso que hagas otra vida menos retirada. Yo no sé lo que te sucede, ni qué clase de mujer eres, pero ello es que no vas á ningún teatro, no quieres divertirte, y tu mayor goce es permanecer metida entre estas cuatro paredes.

Era verdad. *La Pálida* sólo utilizaba el carruaje algunas tardes, y esto para dar un corto paseo por las rondas de Madrid, y especialmente por la carretera de Francia, en compañía de su nueva amiga Rosita Pérez.

Rosita Pérez tenía la culpa de todo. Las dos mujeres se entregaban con creciente afán á sus caricias. Una y otra estaban dominadas con la terrible fuerza y dominio de todo vicio que es contra naturaleza. Sentían una loca pasión, avasalladora, insaciable, frenética. Y este era el único y poderoso motivo que Estrella tenía para negarse á vivir en un hotel, á salir de aquella casa, donde sus entrevistas eran fáciles y frecuentes.

El marqués iba muchas tardes á comer con ella, siendo muy pocas las noches que pasaba fuera de su palacio, por temor, sin duda, á las amenazadoras profecías médicas del doctor Pérez y á los sermones enojosamente espirituales de su sacerdote el padre Manrique, porque de no, el pobre muchacho estaba cada vez más enamorado de su buscona, y hubiese resuelto una de dos cosas: ó dormir en la alcoba de Estrella, ó llevarse á Estrella todas las noches á la suya.

Y es que *La Pálida* estaba hermosísima, más hermosa que nunca. Había engruesado. El rega-

lo con que la trataban, y la vida sedentaria que por voluntad propia se había impuesto, no influyeron quizás tanto en redondear y llenar sus formas, como otra causa poderosa que ella misma desconocía. Para descubrirla y saberla era preciso recordar las asquerosas enfermedades adquiridas por nuestra heroína en sus anteriores aventuras de prostituta, con lo cual cualquier médico de esos que, como el doctor Pérez, parecen complacerse en despojar á la materia de toda poesía, hubiera podido decir á los que se extasiaban ante la belleza robusta y amplia que hacía de Estrella desnuda una reproducción de la Vénus de Milo, que no era lo que estrechaban en sus brazos la carne sana que se desborda en exuberantes curvas, entusiasmo del pincel de Rubens, sino la carne herida y mal curada, cuya opulencia es sólo ficticia, siendo lo real la hinchazón producida por los preparados mercuriales. ¡Ah! ¡la medicina! á todas horas tiene sobre la mesa de su anfiteatro el cadáver del romanticismo.

Sí, es cierto. *La Pálida* había perdido toda delgadez, y sin ser aún su crasitud extrema, estaba hermosamente hinchada, y aquellas carnes enfermas enloquecían al Grande de España. La buscona soportaba estos arrebatos de lujuria con la obediencia indiferente de una servidumbre. La pagaban para eso, y era necesario ganarse el jornal. Pero, en cambio, viciado y pervertido su organismo cuando extinguía con la saciedad los brutales deseos del hombre, de los que no era partícipe, entregábase con voluptuosa delicia á lo monstruoso de sus grandes arrebatos con Rosita Pérez. El marquesito nada supo de estas cosas y ni siquiera conocía á la amiga de *La Pálida.*

La hija de doña Angustias López almorzaba con ella todas las mañanas, y cuando el marqués se retiraba á prima noche, conseguía algunas veces, á fuerza de instancias y ruegos á su madre, no ir al «Café Nuevo del Siglo», con lo cual las dos amigas pasaban la velada juntas.

La situación de la familia del capitán continuaba siendo en extremo aflictiva. Aquel invierno no pudieron esterar, y en el piso tercero era tal el frío, que según dicho de la señá Petra, se podían conservar besugos. Estrella remediaba aquellas necesidades cuando las conocía, porque Rosita procuró siempre ocultarlas, y á la señá Petra no la convenía que las supiera, pues en este punto la antigua criada de lupanares no to-

leraba competencias á su afán de aprovechar las liberalidades de su expupila, y por esto se suscitó y declaró rivalidad y guerra á muerte entre el tercero y la portería.

La capitana viuda pasaba por todo, porque no podía desairar en nada á la señora del principal, que desde el primer momento había dicho á D. Abundio: «El pago de los alquileres de esas señoras corre de mi cuenta. Son amigas mías, y no quiero que se las moleste en lo más mínimo.» Y cuando doña Angustias quiso oponer algún reparo: «No hablemos de eso, señora,—la interrumpió la buscona;—yo tengo mucho gusto en prestarla á usté ese dinero, que me devolverá cuando desempeñe su paga.» Eso sí; la capitana viuda había prohibido á su hija que saliese á la calle con Estrella. «Ya ves tú,—explicaba,—parece muy buena persona, pero no sabemos á qué clase pertenece, y una muchacha, después de todo, no está nunca mejor que con su madre.» Pero Rosita se pasaba las horas muertas en el principal, donde ya no se acordaba de novios, ni daba consejos á los que tuvo en el café, recomendando las excelencias que tiene el casamiento, demostradas con relación á la costura de bolsillos.

Sin embargo, en la viciada virginidad de la huérfana no se habían producido las repugnancias al hombre, que eran cada vez mayores en Estrella; y esto se explica y define fácilmente en *La Pálida*, por el hastío resultante de la prostitución, en Rosita por el histerismo de la doncellez, cuyos dos estados diversos concurrían al mismo fin.

Una mañana, cuando estaban almorzando las dos amigas en el velador del gabinete, cerca de un buen fuego, pues ocurrió el caso á fines de Enero, abrióse la doble colgadura de la puerta de entrada, y se presentó el mismísimo marqués de Villaperdida, que no iba por cierto solo, sino acompañado del padre Lasoga.

Absortas en sus coloquios y mimos, no habían oído llamar, y ninguna de las dos esperaba tal sorpresa.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿A qué vienes á estas horas?—preguntó *La Pálida* á su señor, procurando reprimir el primer impulso de cólera.

Rosita se había levantado, separando precipitadamente su brazo que ceñía la cintura de Estrella. Después miró con curiosidad á los dos

hombres, y al fijarse en el rostro del padre Lasoga, se turbó. Este por su parte, pasado el primer momento de sorpresa, mostró satisfacción extrema.

—¿No me contestas? ¿Qué quieres? Estoy almorzando con esta amiga mía.

—¡Ah! Es una amiga tuya.

—Esta *señorita*—y *La Pálida* recalcó la palabra — es huérfana de un capitán y vive con su madre en esta misma casa.

Entonces el marqués se quitó el sombrero, haciendo lo mismo su acompañante. *La Pálida* marcó un gesto de desagrado. Bueno estaba aquello. De manera que si la hubiesen encontrado sola, seguirían siendo caballeros cubiertos. ¡Bah!

—Acabemos—dijo.—¿Qué ocurre?

—Nada, mujer, nada. Ya te lo diremos más tarde.

—¿Y por qué no ahora?

El marquesito la miró sorprendido. ¿Cómo iba á decir ciertas cosas delante de la vecina?

—¡Vaya, vaya! Puedes hablar como quieras; ésta ya está enterada por mí.

¡Ajajá! Para que aprendieran á no descubrirse

tan pronto, á riesgo de coger una pulmonía. *¡Las señoritas!* Bueno está el señorío.

—Perdone usté,—exclamó el padre Lasoga, dirigiendo la palabra á Rosita, sin poderse contener más tiempo,—yo creo que nosotros dos nos conocemos.

—Sí, señor,—interrumpió la huérfana,—no se equivoca usté. Es de «El Café Nuevo del Siglo.»

—¡Ya decía yo!

Nadie sabe lo que quiso dar á entender con esta exclamación el oficiante de *La Botica*. Nadie, ni él mismo, porque brotó espontánea en sus labios, y para conocer algo de su significado, preciso será remontarnos al origen de aquel conocimiento á que los dos se referían.

De esto hacía ya mucho tiempo. Como que ocurrió á poco de terminar la guerra civil. Una noche entró el padre Lasoga en el café del Siglo, porque entonces no se había fundado la sociedad de *La Botica*, y nuestro cura tomaba café en el ya mencionado establecimiento por varias razones, y entre otras por ser el más inmediato á su casa. El sacerdote vivía en un piso bajo de la misma calle Mayor, con un ama muy joven y guapota, mujer extremadamente cuidadosa de su

cuerpo, que estaba saltando de limpio; además, la predilección de este café obedecía también á que nuestro pater gustaba de recrear los ojos, mientras saboreaba el mal llamado Moka, y en ninguna parte mejor que allí podía encontrar este recreo, paseando sus miradas de fáuno tonsurado por los rostros juveniles y frescos de las parroquianas. Rosita Pérez entró con su madre, sentándose enfrente de la mesa ocupada por Lasoga. A nuestro mujeriego le gustaban todas, pero en especial las muchachas jóvenes, y ocioso fuera relatar el contentamiento de su ánimo, al ver ante sí aquella juventud de diez y ocho años aún no cumplidos, que daba á la hija de doña Angustias la hermosura y el atractivo del capullo de rosa entreabierto. Se fijó luego en la pobreza del vestidillo de lana que cubría la incipiente redondez de formas de la muchacha, y en el raído luto de la madre. Vió después como un mozalbete acudió á sentarse en la misma mesa, y fué testigo de todos los manejos de caricias á hurtadillas de la madre. Aquel era el novio: aquella madre no era postiza, y la joven no era una buscona. No. No era una buscona. No lo era *todavía,* pero podía llegar á serlo. Bastaban para tal presunción los datos recogidos, y adquirió muchos más, sin otro concurso que el del camarero, cuyas respuestas le decidieron á seguir y fijarse una norma invariable de conducta.

Todas las noches el cura, vestido de paisano, porque eran sus hábitos no llevarlos, sentado enfrente de Rosita Pérez la acechaba con la misma tenaz insistencia conque el inglés famoso y convencional de *El Judío Errante,* miraba y seguía por doquiera al domador de leones, y de igual manera que dicho personaje esperaba pacientemente el momento en que la fiera había de matar á su dueño, nuestro sacerdote esperaba la caída, perdición y deshonra de la huérfana. Seguro estaba del suceso. Extrañaba únicamente la tardanza, porque á la verdad, jamás podían concurrir más circunstancias favorables para decidir el ánimo de la joven é inclinarlo por estos declives.

Día por día el padre Lasoga estudiaba los progresos que iba haciendo en la huérfana la idea de la prostitución, á medida que abandonaba las esperanzas de casamiento. La excitación sensual de aquellos noviazgos, el deseo de remediar la estrechez en que vivían con ella su madre y su hermano, los síntomas cada vez más crecientes

del estado histérico, todo ello bastaba y sobraba para segura base de profecía, y á no estar en sitio público, y á no llevar afeitada la coronilla, cosas ambas que le imponían á viva fuerza ciertos miramientos, nuestro pater hubiera apresurado por sí mismo los sucesos.

Rosita reparó en el espionaje y acecho de que era objeto, y aunque al principio la intimidó la presencia del sacerdote, obligándola á más reservas y mayor pulcritud con los novios sucesivos de la interminable serie que se daba para ella en el café, á las pocas noches el instinto de la hembra hízola comprender y como olfatear la lujuria del macho en aquellos ojillos que jamás la miraban severos, sino siempre complacidos y gustosos de su cara y de su cuerpo. Leyó intenciones en estas miradas, llegando á saber positivamente, como si se lo hubiera dicho el cura, lo que el desconocido esperaba, y estaba tan cierta de ello, que á la pregunta muda que la dirigía toda la expresión del afeitado rostro, contestaba el suyo: «Todavía no», y estas dos palabras las decían y acentuaban al sonreir provocativamente sus facciones de doncella picardeada y maliciosa. Durante el resto de

la noche se miraban los dos muy serios y palideciendo, mientras que el novio se renovaba cada quince ó veinte días, y era siempre un menor de edad, que de nada se apercibía, cuidándose sólo de pagar las raciones que pedía doña Angustias, y de recabar su parte y ración de caricias á la mano de Rosita, que la burla estudiantil llamaba despiadadamente *la mano oculta*, cuando de ella se hablaba en las mesas contiguas.

En estas andanzas aconteció que el padre Lasoga tuvo que desistir de su plan y renunciar á sus proyectos, porque las relaciones adquiridas con los socios futuros de *La Botica* y la fundación de ésta, le procuraron la existencia más alegre, triunfos más fáciles y rápidos.

Mas no olvidó el sátiro á la ninfa, que no se olvida nunca el hombre de lo deseado y no adquirido, y si bien por no haber sentido grandes movimientos de pasión, abandonó en absoluto las idas y venidas al «Café Nuevo del Siglo», porque sus comidas y francachelas en *La Botica* se lo impedían, pensaba á menudo en que allí estaba todas las noches Rosita Pérez, y pensaba también en la probabilidad de gozarla. No sabía cómo ni cuándo, pero ello había de suceder.

Aquella mujer estaba destinada á ser suya y de otros muchos. Era *carne de hombre.*

Con extremado regocijo la encontró, como hemos visto, en casa de *La Boticaria.*—«¡Ya decía yo!»—exclamó espontáneamente, con lo cual quiso dar á entender que no extrañaba ver á la señorita del café en casa de la buscona, porque al fin y á la postre, por caminos iba que desembocaban en tales amistades, y lo que siempre hubo de sorprenderle, es que yendo la joven cuesta abajo, hubiese tardado tantos meses en la jornada.

—¡Ah! ¿Conque ustedes se conocían?—y *La Pálida,* al intervenir en el diálogo, hizo la pregunta con mucho retintín.—Vaya, que me alegro de veras.

El padre Lasoga acercó su silla al confidente en que las dos amigas estaban sentadas. Villaperdida también se sentó al lado de Estrella.

—Vaya, hijo, puedes hablar cuanto quieras, —le dijo ésta.

¡Oh! era muy sencillo. Lasoga venía con él en representación de todos los socios. *La Botica* exigía que aquella misma noche, sin más dilaciones

ni pretextos, fuera *La Pálida* á comer con ellos. *La Botica* estaba resuelta á todo. Quería ver á *La Pálida,* á la que no había vuelto á recibir y obsequiar desde la noche de la ceremonia.

—Pues no voy.

—¿Que no vas?

—No voy, no. Hace mucho frío y no tengo ganas de jaleo.

Lasoga intervino. Ya lo pensaría mejor. Los socios no merecían que se les tratara así, ni aunque lo merecieran lo consentían. Estaba obligada, como *Boticaria,* á presentarse cuando la sociedad lo exigiera.

—No me venga usté á mí con amenazas, porque es peor.

Entonces Luis explicó la gravedad que revestía el asunto. Con una sociedad como *La Botica* no podía jugarse. Tenía su reglamento, al que era forzoso obedecer. Por la reclusión y aislamiento voluntarios de *La Pálida,* estaba acusado él como único causante, y el padre Lasoga venía en representación de los demás socios para convencerse de la certeza del caso. Se trataba nada menos que de expulsar á Luis de la sociedad.

—Vamos, decídete, consiente. Vé esta noche. Sólo esta noche. Hazlo por mí.

Cogió las manos de su querida, llevólas á sus labios. Se las besó. Las estrechó, acariciándolas entre las suyas.

La Pálida miró á su amiga. Rosita estaba hablando en voz baja con el cura; miró á Luis, que se inclinaba hacia ella, para besarla en el cuello, aprovechando la distracción de la otra pareja, excitado ya, con los ojos brillantes y las megillas ardientes. Soltó una carcajada. La carcajada suya. La de siempre.

—Iré. No hay que hablar más.

IX

Villaperdida no sabía cómo demostrar á *La Pálida* cuánto agradeció su consentimiento. —¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Qué buena y qué complaciente!»—Se acercó más aún; el cura seguía hablando en voz baja con Rosita.

Luis dijo una palabra al oído de su querida. —«¿Estás loco? — contestó Estrella, mirándole enojada.—Hoy no puede ser.»—El grande de España insistió:—«No digo ahora, luego; cuando estemos solos.» «Escucha, hoy no; cuando se marche el cura, tú te vas con él.»—Pero el joven extrañó aquella proposición. ¡Irse sin un beso, sin una caricia! ¿Y por qué? La buscona no contestó. Estaba mirando á su amiga. Cada vez hablaban más bajo y cada vez Lasoga aproximaba más su silla. Irritación y cólera inexplicables se apoderaban de Estrella.—«¿Te parece de-

cente?»—dijo por fin.—Luis se fijó entonces en la pareja, y temió un escándalo:—«Cállate, déjalo. No te ocupes de ellos. ¿A tí qué te importa?»

Le miró desdeñosamente. ¿Habráse visto tonto igual? Decididamente, aquel señorito era memo. No. Maldito lo que la importaba, puesto que la tal Rosa... ¡Bien estaba! La culpa de todo la tenía ella misma. Ella, que no se corregía nunca y siempre estaba soñando con el cariño de alguien; con lo que no existe. Rosa podía guardarse de volverla á mirar á la cara. Para eso no se tienen amigas; y para hacer porquerías se va uno á su casa y no á casa de los demás. En su casa cada cual es libre. Pero allí, delante de ella, *en sus hocicos*, no estaba bien. ¡Y el tonto de Luis todavía lo disculpaba! Lo encontraba muy natural. ¡Claro! ¿Quién era ella? ¿Qué casa era la suya? En casa de una buscona no hay inconvenientes para hacer y decir todo lo que se antoje. La estaba bien empleado. Se olvidaba siempre de que no tenía que gastar humos. Era una perdida, una tunanta, una tía. Por mucho que hicieran con ella, no podían rebajarla más de lo que estaba.

—Tienes razón—contestó á su amante.—Y levantándose:—«ven,—dijo, cogiéndole una mano y obligándole á que dejara el asiento.—Vente conmigo.» Necesitaba vengarse á su manera. Al verlos de pié: «¡á dónde se va!»—exclamó el padre Lasoga, saliendo de su arrobamiento, pero sin mover pié ni mano, pegado su cuerpo al de Rosita.—Estrella, mirando intensamente á su amiga: «A no estorbar y á que no nos estorben.» —Y delante de la amartelada pareja, echó los brazos al cuello de Luis y le dió un beso. «Así me gusta,—dijo el cínico pater.—Jesucristo lo ha dicho: amaos los unos á los otros. Andad con Dios, hijos, y hasta luego.»

La Pálida, con gran descaro, entró con Luis en la alcoba y cerró las puertas vidrieras. Llevaba una resolución y un propósito inquebrantables. Quería enloquecer por completo al joven: prostituirlo y pervertirlo tanto como ella estaba: viciar para siempre la naturaleza de aquel hombre que acababa de salir de la adolescencia.

¡Ah! ¡Las tardes de la buscona y el Grande de España! Desde entonces, desde aquel día, fueron inolvidables. ¡Antes! Antes era distinto. Antes mientras que el sol de invierno alumbraba fría-

mente en el horizonte, ó mientras que las nubes se aglomeraban en el espacio, cerrándolo é impidiendo ver lo azul; mientras que la lluvia rebotaba en los paraguas y formaba charcos y arroyos en el empedrado, ella y él, tibias las carnes desnudas, bajo el abrigo del edredón, en pleno invierno, cuando afuera los transeuntes apresuraban el paso y metían el cuello en las pieles del gabán ó en la lana de la bufanda, ella y él, enlazados los cuerpos que estaban rendidos por el placer, hundían su cabeza en la misma almohada y hablaban de cosas indiferentes, con esa charla que hace el tiempo breve; la buscona fumaba con delicia un cigarrillo tras otro: la querida se convertía en un camarada, contando él siempre las cosas más insignificantes de su vida, y escuchándolas ella distraída, al parecer, pero en realidad con curiosidad extrema, porque para la antigua hija del pueblo eran siempre cosas interesantísimas aquellos detalles de la existencia aristocrática, que tenían el lujo como aureola, y se presentaban y ofrecían á su imaginación con el encanto de las cosas soñadas y desconocidas. Luego todas estas historias las interrumpía á menudo un beso, un abrazo, una caricia loca del hombre,

cuando ella hacía un movimiento para cambiar en la cama de postura, y con el movimiento rozaba las piernas del amante, ó descubría á medias, bajo las sombras de la sábana, la blancura del seno.

Sí. Todo esto fueron hasta entonces, pero desde aquel día, desde aquella misma tarde, *La Pálida* se propuso que fueran algo más, algo más repugnante. *La Pálida* necesitaba olvidar para siempre, anegar en un sensualismo mayor el delirio sensual de su cariño á la hija de doña Angustias. Transfigurada como una bacante ébria, ella misma desnudó á Luis, y con febril apresuramiento se tendió á su lado en el amplio lecho. Desde la alcoba oíase lo que hablaban Rosita Pérez y Lasoga, como murmullo de palabras y expansión de suspiros en el inmediato gabinete. Y aquello la excitaba más, la impelía á todo. Luis se maravilló al encontrar en su querida deseos que jamás la conociera. Las caricias que le prodigaba y las que le pedía, no eran las mismas, eran caricias nuevas y contactos de Mesalina insaciable y frenética; no fueron ya dos séres humanos, sino dos animales inmundos que para contentar todos sus groseros instintos, ha-

bían caído y se revolcaban juntos en aquel lecho. Después quedáronse dormidos con un sueño más semejante á la muerte repentina que al descanso, un sueño profundo, un peso enorme de la materia que cerró sus ojos de improviso, y puso en sus labios el gruñido sordo de las bestias cebadas.

Pasaron así las horas de aquella tarde, memorable para todos, y hubiera llegado la noche, que estaba ya cercana, y ninguno de aquellos cuatro cuerpos hubiese podido salir del cieno en que pateaba y se hundía, á no ser porque un grito terrible despertó sobresaltados á *La Pálida* y á su amante.

Había sido en el gabinete.

—No te levantes, no te muevas, yo iré—dijo la buscona ya de pié, en camisa, poniéndose precipitadamente una bata y calzándose las zapatillas.

Y cuando de esta manera logró cubrir su desnudez, abrió las puertas vidrieras y se quedó inmóvil, asustada ante la escena que se ofreció á su vista.

Rosita Pérez, tendida en el suelo, desceñidas

las ropas, desgreñada, horrible, era presa de una convulsión nerviosa que la producía enérgicas y espantosas contracciones. El velador donde las dos amigas almorzaron habíase derribado, y con él cayeron los platos y las botellas, manchando de grasa y vino la alfombra. En medio de aquel desorden, el padre Lasoga, de rodillas, se esforzaba inútilmente en sujetar los brazos de la accidentada.

—¿Qué es esto? ¿Qué la ha hecho usté?—preguntó *La Pálida* con terrible acento.

—¡Valiente pregunta! Ayúdame á sujetarla, porque quiere morderse las manos.

Estrella se arrodilló, pero entre los dos tampoco podían.

—Vístete y ven. ¡Corre!—gritó la buscona á Luis.

El marquesito llegó con los pantalones puestos y en mangas de camisa, no queriendo entretenerse á más para llegar más presto. Los tres lograron por fin sujetarla.

—Echale agua. ¡Agua! ¡Un vaso de agua!

Hablaba á gritos, y á los gritos acudió Aniceta.

—Ten aquí—exclamó *La Pálida* al verla;—tú tienes más fuerza que yo. Sujeta bien este brazo,

Y cuando la sirvienta obedeció, levantóse Estrella, llegóse al tocador-vestido, que estaba delante del balcón, y eligió un frasquito de sales.

—Que huela esto, y voy por un poco de agua y vinagre para mojarla las sienes.

Con aquellos cuidados, Rosita Pérez recobró el conocimiento, y lentamente volvió en sí mirando á todos sorprendida.

—¿Qué es? ¿Qué me ha dado?

Pero al ver á Lasoga sonrió con delicia.

La Pálida, muy seria, ayudó á que se levantara.

—Siéntate y descansa. En seguida te peinas y te arreglas un poco. Tu madre debe estar esperándote. Ya es hora de que subas.

No, su madre no la esperaba todavía. No estaba intranquila. Doña Angustias en aquellos momentos estaba echando una brisca con la señá Petra, que cuando Rosita bajaba al principal, subía con el objeto de indagar algo, y sobre todo, de averiguar si continuaba la del principal pagando la mensualidad de las del tercero. ¡Aquello era para la portera lo bastante para morirse de rabia!

Entretanto, Rosita, repuesta por completo y

acometido su organismo por una gran reacción, se echó á llorar en brazos de Estrella, mientras los dos hombres disimulaban sus distintas impresiones.

—Vamos,—exclamó *La Pálida*, con gran despego,—basta de pamplinas,—y desasiéndose de aquel abrazo;—date prisa y vete, porque yo tengo que salir esta noche.

Rosita comprendió lo que significaban estos desdenes de su íntima amiga.

—Ya me voy,—dijo.

Se levantó, y de pié ante el armario de espejo, arregló su peinado, abrochóse el corpiño y volvió después á donde estaba Estrella.

—Adiós. ¿Me das un beso?

La Pálida se incorporó á medias en el confidente, presentó sus mejillas. No dió el beso, pero dejó que se lo dieran.

—Adiós,—contestó.

La pobre Rosita iba ya á marcharse sola, y una lágrima asomaba á sus ojos, cuando el padre Lasoga, dejando su silla:

—Yo la acompañaré á usted,—y mirando á Luis:—os espero luego á los dos en *La Botica*.

Quedaron por fin solos.

—Oye, tú,—gritó la buscona al joven que, rendido y mal despierto aún, estiraba sus enclenques piernas en el confidente;—si vas á venir desde hoy con amigos como ese, avisa antes y mandaré á buscar mujeres.

Luis no contestó.

—Pero no se irán como el cura, que ni siquiera paga la casa. Hijo, yo soy muy joven todavía para alcahueta.

El despecho de la mujerzuela se desbordaba á la postre y salió de sus labios lleno de palabras mal sonantes, increpando al Grande de España, sin miramiento alguno.

Cuantos esfuerzos hizo éste para calmar á su querida fueron inútiles. Estrella, andando con nervioso y fuerte paso por el gabinete; entrando en la alcoba para buscar y elegir el traje que iba á ponerse, daba rienda suelta á su lengua y no escuchaba al marqués.

—¿Sabes lo que te digo? Que tu amigo y esa me las tienen que pagar, y que ya estoy harta de esta vida. El día menos pensado anochezco y no amanezco. Para soba, ya basta. Y si tú tienes la sangre de horchata, yo no: porque si yo llego á tener hoy unos pantalones en lugar de faldas, ya

le hubiera puesto á ese hombre los cinco dedos en la cara, para que aprendiera, y ella y él se hubiesen ido á hacer sus porquerías en el hueco de la escalera.

Y por este estilo continuó diciendo cosas que no son para que yo las repita.

Contrastaba extrañamente aquel lenguaje soez con los lujosos muebles barnizados, pulidos, hechos, digámoslo así, para la decencia burguesa, y contrastaba todavía más con la misma mujer que lo adoptaba, con su espléndida hermosura, porque *La Pálida*, blanca y rubia, tuvo siempre lo que se llama *un tipo fino*, y así cuando estaba delgada era semejante á una virgen de Murillo, y ahora, gruesa, parecía una matrona romana.

Luis la escuchaba silencioso, asustado y entristecido ante aquella explosión de infamantes palabras, y Estrella se complacía cada vez más en lo grosero de su desbordada cólera: ahora renovaba la asquerosa victoria conseguida poco há en el lecho. Ahora, como entonces, vengábase á su modo la buscona: ella, la prostituta; ella, la mujer caída en el fango; puesto que toda una grandeza de España al fango iba á buscarla, justo era que la obligase á revolcarse con ella, á oler aquella

pestilencia, y así, cuando á ella se le antojare, podía hacer que este fango saltase y manchara la frente del noble. ¿Qué mayor goce, qué triunfo mejor que el goce experimentado y el triunfo conseguido de esta suerte? Allí estaba delante de ella, mientras que ella, sin cesar en su charla de mujerzuela, se desnudaba. Allí estaba á su merced, sintiendo náuseas por la palabra, pero al mismo tiempo mirando esta desnudez impúdica, ante la cual el instinto brutal se resignaba á la mancha, á la salpicadura de fango, y decía para consolarse: «Paso por todo, porque quiero que toda esa carne siga siendo mía.»

X

La Pálida y Luis entraban á las nueve y media en *La Botica*, siendo recibidos con grandes risas y aclamaciones.

La mesa estaba puesta. La reunión era numerosa. No faltaba ninguno de los socios, y cada uno, á excepción de Arístides y el padre Lasoga, había acudido con su pareja. Allí estaban las afamadas de la busconería madrileña, las que paseaban en victoria alrededor de *El Angel caído*, en el Retiro, luciendo tren y arreos iguales, ó casi iguales, á los de las damas aristocráticas, y hasta tal punto semejantes en la exterioridad y apariencia unas y otras, que extrañaba ver cómo, al cruzarse, no se saludaban. Allí estaban *Minuto, La Pantorrilluda, Mala-Noche, La Cariñosa* y otras por el estilo, esperando con gran curiosidad la llegada de *La Pálida*, de su reina

de aquel año, á la que no conocían. Y cuando Estrella se presentó, todas, abandonando sus asientos, la rodearon; Luis, entretanto, acogía con la sonrisa en los labios las burlas de los hombres.

La hermosura de *La Boticaria* se impuso desde el primer momento. La comida fué alegre y bulliciosa. Se comió deprisa, porque todos deseaban, más que la comida, lo que después de terminada formaba parte del programa de aquella noche. Por eso habían venido mujeres. Se trataba de un verdadero baile en *La Botica*. De una bacanal completa, que debía empezar al quitarse los manteles, retirando la mesa del festín. Nadie pagaba esta fiesta. No había anfitrión, y se acordó que fuera á escote, así como se acordaron también otros detalles, que debían dar al baile un carácter originalísimo. No se permitiría tomar parte en el más que á los que justificasen plenamente que estaban borrachos. Las busconas bailarían con el pelo suelto y se permitirían las mayores indecencias, coronando después á la que entre todas diera muestras de mayor escándalo.

La Pálida y Luis ignoraban estas prescripciones, y cuando se las comunicaron, el jóven miró

á su querida palideciendo. Estrella palmoteó entusiasmada.

—¿Qué vas á hacer?

—Pues nada. Por algo soy *La Boticaria*.

Sirvieron los camareros con el apresuramiento y rapidez pedidos por la impaciencia de los comensales. A los postres se levantaron todos.

—Quitad la mesa. ¡Fuera!

Uno de ellos sentóse al piano y preludió una cancanesca tanda de rigodones.

—¡En baile, en baile!

Y como algunas mujeres tardasen en despeinar sus cabellos por la torpeza de dedos que les daba su misma embriaguez, los hombres las rodeaban y brutalmente ayudaron á la faena. Uno de ellos, creyendo tirar de un postizo, arrancó un gran mechón de pelo á *La Cariñosa*, á quien el dolor sentido hizo saltar las lágrimas. El héroe de esta hazaña tuvo un éxito. Todas las busconas trataron de excederse á sí mismas. Era forzoso ganar el premio. La misma *Cariñosa* enjugó su llanto, y abriéndose el cuerpo de vestido, se colocó en su sitio de rigodón enseñando los pechos. *La Pantorrilluda*, cogiéndose el vestido con un imperdible, venció á *La Cariñosa*, porque mostra-

ba al descubierto lo que tan célebre y gordo era en ella que había dado origen á su apodo.

Pero *La Pálida* hizo que cesaran aquellas muestras de entusiasmo. *La Boticaria* declaró que no las comprendía.

—¿A qué viene tanto ruido?—gritó;—más que eso hice yo la primer noche, cuando dejé que me pusieran encueros encima de la mesa. Lo que hay que hacer es otra cosa.

—Que hable. ¿Qué hay que hacer? Callarse. Tiene la palabra Estrella. Es la presidenta. *¡La Boticaria!* ¡Que hable *La Boticaria!*

Lo que propuso *La Pálida* se acogió con un ¡hurra! formidable. Era la última palabra del cinismo y de la asquerosidad. Ella se prestaba á realizarlo allí mismo, delante de todos.

—Eso no lo harás mientras esté yo aquí—dijo una voz dominando el tumulto. Era Luis.

—¿Y por qué?—replicó Estrella encarándose con su amante.—Suponte que quiero y que me da la gana.

—Tiene que hacerlo. Lo ha prometido—añadió el duque que ya conocemos, el duque de Tres Estrellas, con los ojos chispeantes y los labios secos.—Aquí estoy yo, pichona.

Entonces el marquesito, adelantándose, llegó hasta donde estaba el borracho, y antes de que nadie pudiera impedirlo, le abofeteó.

Se produjo una confusión de gritos de mujer espantosa.

Los hombres se agruparon tumultuosamente para separarlos.

Como por encanto, al chasquido de los bofetones, cedió un punto la borrachera de los más ébrios.

En cuanto al duque, lívido de coraje, forcejaba con los que le sujetaron, y mirando á Luis:

—Mañana le mato á usted.

No pudo decir más porque se lo llevaron á viva fuerza. Y cuando salió, los que quedaron reunidos en *La Botica*, miraban á Luis fijamente esperando sus primeras frases.

El marquesito las dijo tal como se esperaban. Nombró sus padrinos, y en seguida, volviéndose hacia donde estaba Estrella:

—Vámonos,—la ordenó.

—Falta que yo quiera irme,—contestó *La Pálida*.—Vete tú cuando te dé la gana, y harás muy bien en no volver á buscarme en tu vida. Prefiero dormir sola en mi cama.

D. Arístides quiso enmendar la crudeza inaudita de aquellas palabras.

—No la haga usted caso. Está borracha como una cuba.

Y era verdad. Estaba borracha. Todas estaban borrachas, pero no tanto que dejasen de sentir inexplicable gozo por lo sucedido. Decididamente, *La Boticaria* era una mujer de primera. ¡Lo que había hecho! ¡Qué bien las había vengado de todos aquellos ultrajes recibidos! Los que tanto las despreciaban, tenían que reconocerse vencidos y desdeñados á su vez. ¡Ah! ¡ah! Conque era posible que se mataran los hombres por ellas, por unas perdidas. ¡Y qué hombres! ¡Un duque y un marqués! ¡Y el motivo del duelo era una porquería! ¡Cochinos!

Estas reflexiones eran idénticas en todas, y se miraban al hacerlas enviándose sonrisas de supremo envanecimiento.

Luis soportó aquella última ofensa de su querida.

Don Arístides interpretó los deseos de todos, cogiendo el sombrero y pidiendo su abrigo.

—Espere usted, marqués. Nos marcharemos juntos.

—Sí, eso es. Vámonos ya. Seguir aquí sería estúpido.

Y el padre Lasoga cantaba por lo bajo el wals de *Los mosqueteros grises:*

¡Qué rabia! ¡qué ira!
No hay duda, se aguó la fiesta.
¡Qué rabia! ¡qué ira!
Estando tan bien dispuesta.

Don Arístides y los padrinos de Luis le acompañaron hasta la puerta de su palacio. El joven no supo con quién se marchó *La Pálida;* pero lo sospechó, porque á la salida, al volver la cabeza, no la vió, ni tampoco al padre Lasoga.

Este era, en efecto, su acompañante, y Estrella le decía por el camino:

—Usted y Rosita tienen la culpa de todo lo que ha pasado. Hoy me han vuelto ustedes loca.

—Lo que tú tienes ya lo sé yo,—contestaba el cura,—pero también sé que te se pasará.

Y al llegar á la calle de Hortaleza, como no hubiesen dado las once de la noche, la puerta de la casa estaba todavía abierta.

—¿Va usted á subir?—preguntó la buscona.

—No. Estoy muy cansado. Prefiero irme á

donde duerma,—replicó el cura maliciosamente, —vendré mañana á verte de día, y te diré lo que haya pasado.

—¿De qué?

—Pues buena es esta. De lo del desafío.

La Pálida se enterneció y tendió su mano á Lasoga.

—Bueno, pues hasta mañana.

Lasoga, en vez de tomar la mano extendió la suya y la hizo cosquillas debajo del sobaco.

Echóse á reir la mujer, y huyó por el portal en demanda de la escalera.

Así se reconciliaron.

Al pasar por la portería, la señá Petra se levantó de la silla en que estaba dormitando, con las faldas levantadas, puestos los pies sobre la tarima del brasero.

—¡Qué temprano vienes!

—¿Han venido las de Pérez?

—No, hija, si están en el café hasta las doce.

—Pues cuando vengan, dígale usté á Rosita que entre.

—Pero ¿estás mala?

La Pálida meditó un momento.

—Sí; no me encuentro bien.

—Pues hija, haberlo dicho antes. Subiré yo ahora mismo. Pues no faltaba más.

Y la señá Petra, quitando la trampilla, subió detrás de la buscona.

Ya en el principal, Aniceta, la doncella y el criado nuevo, se extrañaron tanto como la portera, del pronto regreso de su ama, con la cual se permitían, no sólo manifestar esta extrañeza, sino otras muchas familiaridades. Estrella las toleraba, y lo que es más ajustado á la verdad, tuvo siempre la culpa de ellas, porque si bien delante de gentes cada cual ocupaba su puesto, lo que es en hallándose sola la exprostituta no pudo jamás conservarlo, ni trató de ello siquiera; antes, por el contrario, reinaba entre todos y á todos dominaba la convicción de ser de la misma baja extracción y humildísimo origen, que los llevaba, entre otras cosas, á murmurar y hablar del marqués como de señor único á quien servían en distintos oficios, *La Pálida* lo mismo que los demás.

Así, siempre que el *ama* no tenía *gente de fuera*, había tertulia en el gabinete, ó bien éste iba de *motu propio* á la cocina, sobre cuya mesa de pino se echaban sendas briscas y tutes, bebíanse jarros

de vino y se escuchaba y comentaba, con grandes risotadas, cuanto decía y hacía el marqués, conviniéndose, de acuerdo con *La Pálida*, las sisas de la compra y otros casos de explotación y robo al por menor.

De manera que en aquella noche todos se reunieron abrumándola á preguntas. ¿Qué había sucedido? ¿Qué tal la comida? ¿Se habían emborrachado los señoritos? Y cuando *La Pálida* contó el caso del desafío entre el marqués y el duque, hubo grandes exclamaciones.

—Y eso es lo que hay. Que mañana se matan. Pero ¡bah! lo que es á mí me importa tres pitos, porque ya me tienen hasta el moño todos esos *filadelfias*.

Entonces el criado tomó la palabra: «Eso era muy grave. Porque al fin y al cabo iban á matarse por ella, y ya podía decir que el señorito Luis la quería de veras.» Como era un hombre y se trataba de un asunto de honor, las mujeres le escucharon en silencio. A la señá Petra se le ocurrió una pregunta práctica.

—Y si mañana lo mata el duque, ¿qué va á ser de tí?

Todos se pusieron muy serios, mirando á *La Pálida* con ansiedad.

—No tengas cuidado,—replicó la buscona,—no faltará otro que pague.

—Sí, sí,—añadió insolentemente la doncella,—eso se dice muy pronto, pero no es tan fácil.

Entonces el ama se irritó. Fácil ó no fácil, eso no era cuenta de nadie, y mientras todos cobraran su salario, maldito lo que les importaba. Además, que ella no tenía la culpa de que el marqués hubiese hecho una tontería. El marqués y sus amigos estaban borrachos, y el vino era la causa de todo.

—Pero bien, ¿tú qué has dicho ó qué has hecho para que se enfurecieran así?—volvió á preguntar la portera.

La Pálida había ocultado el motivo del desafío.

—Yo, nada. Han sido celos.

Tuvieron que contentarse con esta vaga explicación, porque en el mismo instante se oyó que por la escalera subían las de Pérez.

La voz de doña Angustias, que iba comentando con su hija como inaudito caso el haber encontrado abierta la puerta de la calle después de

las doce, hizo recordar á la señá Petra sus deberes olvidados y salir á escape para apagar el gas, antes de que se enterase D. Abundio.

—¡Señorita Rosa!—exclamó al encontrarse con las del tercero.

—¿Qué hay?

—Que doña Estrella está un poco mala, y quiere que su mamá de usted la permita quedarse á cuidarla esta noche.

—Pues no faltaba más,—contestó la capitana viuda de Pérez;—eso y todo lo que se ocurra. Anda, hija, anda, y dáme el picaporte, que yo esperaré á Juanito.

Juanito no estudiaba ya para abogado, pero en cambio era el mejor carambolista de todos los empleados de ferrocarriles. Después de las carambolas echaba un *chapó*, que siempre terminaba cerca de las dos de la madrugada, en el antiguo café de la Luna.

Bajó Rosita los pocos escalones que había empezado á subir, y al entrar se cruzó en los pasillos con *la servidumbre de doña Estrella*, que cumplimentaba la orden de «irse á acostar,» dada con gran brío por su dueña, aunque todos se retiraban un tanto mohinos y cabizbajos. El criado

pensaba: «No hay honor que valga, cuando el lance de honor puede traer perjuicio de tercero.»

Hay que confesar que Rosita entró en el gabinete muy seria para mostrar su resentimiento á *La Pálida* por las ofensas que ésta la había inferido aquella tarde dejándola marcharse, sin más compañía que la de Lasoga, después de su ataque de nervios.

Pero la buscona se adelantó á su encuentro, la echó los brazos al cuello, la besó en la boca. «No estoy mala, es que quería verte. Vámonos á la cama.»

Estrella, como se ve, quería reconciliarse con todo el mundo.

XI

El último descendiente de los Villaperdida subía entretanto por la escalera principal de su palacio, los amplísimos peldaños de mármol blanco cubiertos en el centro por una estrecha tira de alfombra de múltiples colores, sujeta con varillas de bronce dorado. Esta escalera de altísimo techo, en el que la pintura heráldica gastó paciencia y purpurina de oro, para decorarlo con el escudo de armas de la familia, jamás le pareció á Luis tan espaciosa, fría y solitaria. En el espejo grande que hacía frente al primer tramo, se vió subir, extrañándose de su reflejada imagen tan empequeñecida entre todas aquellas anchuras. Esperábale en el principal su ayuda de cámara, avisado ya por la campana de la portería, vistiendo como toda la servidumbre la librea de la casa, indiferente, soñoliento é inmóvil, dispuesto á re-

cibir en su brazo el gabán forrado de costosísimas pieles. Pero Luis no se lo quitó, y con él puesto, á pesar del buen temple de las salas, cruzó las galerías, descorrió los portieres, que caían pesadamente en cuanto la mano los soltaba, atravesó por los salones grandes en que la luz de la bujía no llegaba á dominar las tinieblas, antes bien, temblaba como amedrentada de ellas, y llegó, por último, á las habitaciones ocupadas por él para vivienda.

—¿Ha venido el doctor?—preguntó,—despojándose al fin del gabán.

—No, señor.

—¿Y el padre Manrique, duerme ya?

—Sí, señor.

—Véte. No me acuesto todavía.

El mayordomo iniciaba su reverencia antes de volver la espalda.

—Cuando llegue el doctor que entre. Le espero aquí.

Una vez solo, Luis se dejó caer en una butaca, enfrente de aquella en que su abrigo estaba, y se quedó mirándolo estúpidamente. Su imaginación tenía pereza de pensar y su corazón miedo de sentir.

La habitación era prodigio de lujo y de elegancia.

Colgaba del techo un magnífico candil árabe, de siete mecheros, capaz de enloquecer de gozo al poseerlo á los más concienzudos y afamados aficionados á buenas y artísticas antigüedades. Tapices antiguos cubrían las puertas, porque las paredes estaban sin tapizar en gracia á la multitud de objetos diversos que colgaban por doquiera, sin dejar que se viera el decorado más que á pequeñísimos trechos. Libros, ninguno que pudiera llamarse tal, para los fines de una biblioteca, aunque sí en dos ó tres veladores que por en medio estorbaban el paso, veíanse esas riquísimas y sobrecargadas encuadernaciones de lujo, que se compran, no porque en ellas se contenga *El Paraíso perdido*, de Milton, ó *La Divina Comedia*, de Dante, sino porque, sirviéndose de tales textos, á manera de apropiado pentagrama, Gustavo Doré, rey de la fantasía, puso en él, con lápiz, las notas de sus inauditas partituras. En los cuatro ángulos de la habitación, sobre pedestales de mármol negro, alzábanse cuatro armaduras completas, rígidas como dermo-esqueletos de hombres de la Edad de hierro. Un precioso

escritorio, de ébano con incrustaciones de marfil, en cuyas incrustaciones, como en el mueble, había un remedo, imitación ó plagio pompeyano, arrimábase á la pared y demostraba por su poca anchura y el corto espacio que ocupaba, el no mayor que las tareas de escribir tenían en la existencia de su dueño. Otros muebles, en cambio, se enseñoreaban del resto de aquella alcoba-sala, y permítaseme que una las antedichas dos palabras por medio de un guión, para significar de algún modo cómo la habitación en que Luis acaba de penetrar y sentarse tenía de alcoba un riquísimo lecho del siglo XV y de sala lo restante de su aderezo. Y con esto añádanse sillas para todos los gustos, con tal de que estos tales fuesen gustos de los que sólo se satisfacen á porrillos de dinero, aunque sean y resulten unos buenos y otros malos, á semejanza de las acciones del varón justo, y termínese mirando las paredes donde ya sabemos que, no sólo colgaban cuadros, sino panderetas pintadas al óleo con sonajas doradas y más cintas y arrumacos que guitarra de quinto aragonés, caretas chinas de madera, trípticos japoneses y armas en rojas panoplias, mientras que sobre los veladores y demás muebles toda

la fragilidad de las cosas humanas se materializaba en mil monadas y menudencias de porcelana de Sevres y de cristal de Bohemia, porcelanas y cristales que nos parece conveniente citar para rendir tributo alguna vez á la costumbre establecida por el romanticismo en punto á descripción de estos objetos, que debieran adoptar en castellano el nombre de *bibelotes* como adecuado y preciso galicismo.

El conjunto de aquella baraja de muebles, tapices, armas y objetos de preciosa inutilidad, era en extremo agradable. Resultaba una habitación llena de vida (porque todas aquellas cosas vivían ó semejaban tener esa vida especial de la materia), abrigada con ese calor no menos singularísimo, que hace decir á las gentes que un cuarto con pocos muebles *da frío verlo*, y el marqués de Villaperdida, sentado allí, no parecía estar solo, ni parecían callar, más que momentáneamente él y todo cuanto le rodeaba.

Así sucedió que el mismo abrigo que estaba mirando, y que ocupaba la butaca frente á la suya, dijérase que tomó la palabra para sacarle de su abstracción y recordar las aventuras que aquel día habían corrido juntos.

Entonces el joven tuvo que meditar en las consecuencias de estos mismos sucesos.

¿Qué había hecho? Había abofeteado el rostro del duque de Tres Estrellas. ¿Por qué? ¿cómo tuvo este valor? ¡Valor! No. Era un acto de locura. Sí. Seguramente que en sano juicio nadie llega á tales extremos. Ahora lo sentía; lo sentía con toda su alma. Daría cualquier cosa por remediarlo. ¡Ahora que ya era tarde! Porque no podía retroceder. Lo hecho, hecho estaba. El duque lo dijo: «¡Mañana le mato á usted!» ¡Matarle! ¡Iba á morir!

Echó un tronco en la chimenea. Sentía frío, un frío terrible y repentino, como si estas ideas, pensamientos y cavilaciones que se le metían en la cabeza fuesen otros tantos pedazos de hielo.

¡Eso de morir es terrible!

¿Y por qué? ¿por qué morir? Sabía defenderse. El manejo del sable y el de la espada, los conocía perfectamente. Él no tenía grandes fuerzas, pero á diestro en esgrima ganábanle muy pocos. Tomó parte en muchos asaltos, y pasaba con justicia en Madrid por uno de los primeros tiradores. Hasta tenía un apodo. Le llamaban *El Francés* en las salas de esgrima. Era uno de

los doce *Hommes d'épée* que, como es sabido, existen siempre en Paris. Pero no se había batido nunca. Un desafío no es un asalto. El botón desaparece, los sables no son de madera ni de acero con la punta rota y el filo mellado. El corte y la estocada hieren y atraviesan. En un desafío no se dice «*¡Touché!*» Se dice: *Estoy herido,*» ó no se dice nada y se cae y se muere. Al marquesito le temblaban las carnes. «¡Mañana le mato á usted!» ¡Qué ridícula amenaza! Parece una profecía. Y además no resulta correcto. En los lances de honor, y entre caballeros, no se debe proceder así. No se deben decir esas cosas, que son recursos de mala ley, puesto que tales amenazas tienen por objeto asustar y desconcertar con el susto al adversario. ¿Quién es el que va sereno á batirse con un hombre por primera vez, cuando la noche antes dice con tanta seguridad que va á matarle á uno?

Aquella funesta idea de la muerte no podía el aristócrata desecharla de su imaginación. Decididamente tenía miedo. Por bien que se defendiera, estaba presintiendo que el duque de Tres Estrellas le mataría. Ya se lo había profetizado.

Quedóse de repente muy sorprendido nuestro

protagonista con el descubrimiento que acababa de hacer, y como suele dicerse, esta sorpresa le sumía en un mar de confusiones. ¡Era evidente que el valor no existía! Y puesto que no puede haber valor donde siempre impera el natural instinto de conservación, ¿para qué habían inventado los hombres un sentimiento, y dado á este sentimiento una palabra? Sí. Él era cobarde, tenía miedo, un miedo horrible al duque de Tres Estrellas, y se figuraba, adivinaba casi, que el duque también se lo tenía á él. Entonces ¿por qué batirse? ¿A qué fundar, reglamentar y especificar entre la cobardía de los hombres ese código del honor? Matarse, muriéndose antes de miedo. ¡Qué estupidez! Pero lo más estúpido era lo que él había hecho. Mayor tontería no cabe en cabeza humana. El tenía la culpa de todo. El había provocado aquel lance. Y todo, ¿por qué? Mejor dicho, ¿por quién? Asco daba pensarlo. Por una buscona, por una perdida, por *La Pálida*. Por Estrella.

En este punto de sus reflexiones un gran sufrimiento y pesadumbre le acometieron, sobreponiéndose á todo. ¡Estrella! La había perdido para siempre. No era ya su querida, cuando aquella misma tarde enloqueció abrazando su hermoso

cuerpo. Del desafío podía salir venciendo y volvió á su casa ileso. Pero sus amoríos con *La Pálida* habían terminado. ¿Qué mujer era aquella? ¿Qué tenían sus caricias, hasta las más repugnantes? ¡Ah! Si no le mataba el duque de Tres Estrellas, era preciso que *La Pálida* siguiese siendo suya. La pagaría á peso de oro. Ante todo no dejar de verla, de besarla, de abrazarla. ¡Que fuera siempre suya... Dios mío!... ¡Que fuera suya! Suya y de nadie más, como él era de ella. Y el mísero sintió cómo no podía contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, ni los sollozos que ahogaban su garganta. Lloró y se quejó como un niño, llevóse las manos al rostro, y por entre los dedos y cuando el llanto dejaba intervalo y espacio, veía las rígidas armaduras de hierro que le amedrentaban, y las caretas chinas, que tenían una risa inextinguible, la cama, que se alzaba majestuosa como un trono, los muebles todos que relucían y los cuadros que brillaban; aquel lujo, aquel boato aristocrático hecho para amar la vida y no acordarse de la muerte.

Sí, ¿quién piensa en morir? ¿A qué pensarlo? Ni morir ni matar. Él era un *homme d'épée*. Podía muy fácilmente evitar una estocada y sin matar

al duque dejarle fuera de combate. Había que vivir, y vivir alegremente sin remordimientos. *¡La Pálida! La Pálida* le costaría más dinero, pero seguiría con él. Enjugó sus lágrimas. Se tranquilizó. Llegó hasta sonreir ante los proyectos que para el porvenir formaba. ¿Quién sabe? Tal vez no llegarían á batirse. ¿Acaso era posible que dos nobles caballeros como el duque y él, expusiesen su vida por una buscona? ¿No habían de tener en cuenta los padrinos las circunstancias en que se había dado y recibido aquel maldito bofetón? El duque estaba borracho y él no andaba muy distante de la embriaguez cuando montó en cólera. ¡Bah! Todo se arreglaría con un almuerzo. Podía echárselas de valiente.

En esta disposición de ánimo lo encontró el doctor Pérez, que en aquel momento entreabrió los tapices de la puerta de entrada.

—¿Me necesitaba usted, marqués?

—Sí, Pérez; necesito hablar con usted, pero está dicho en pocas palabras.

—Ya escucho—dijo el doctor sentándose.

—Mañana me bato. Es decir, creo que me bato.

—¡Caramba! ¿Y cómo ha sido eso?

Entonces Villaperdida contó lo ocurrido con gran serenidad. Sus últimas reflexiones le tranquilizaban; pero el doctor Pérez las echó por tierra.

—Hace usted bien en creer que se bate, porque para mí la cosa es indudable. Supongo lo que usted desea. Que asista yo á ese desafío como médico, ¿no es eso?

—Sí, señor—contestó el marqués muy pálido. —Si el lance se verifica, hace falta...

—¡Ah! Descuide usted. Iré yo con los instrumentos necesarios. Lo preciso es que no sean inútiles.

—¿Inútiles?

—Es claro. Porque supongo que la cosa será á muerte.

Luego encendió la consabida pipa.

—¿Y á qué hora es?

—Estoy esperando á mis padrinos. No sé nada todavía.

—¡Ah! Vamos; estarán en este momento concertándolo todo con los padrinos del duque.

—Y han quedado en venir después á verme.

—Es claro—exclamó el doctor, mirando fijamente al joven,—si el duque prometió matarle

á usted mañana, tiene que ir todo por la posta.

Luis bajó los ojos.

—En fin, estas son cosas naturales en la vida *de ustedes;* por más que á mí no me han sucedido nunca.

—¿No ha tenido usted ningún desafío?—preguntó Luis, y tuvo que contenerse para no añadir: ¿Cómo diablos se las ha compuesto usted para esa ganga?

—No, marqués, ninguno.

—¿Y siendo estudiante?

—De estudiante he arreglado yo mis cosas á mojicones. Yo no me he batido, y estoy seguro de que no me batiré nunca.

—¿Por qué? Eso no se puede decir. ¿No ha recibido usted ningún insulto?

—Sí. Una vez me llamaron cobarde.

—¿Y usted?...

—Yo pegué cuatro sopapos al que me lo dijo.

—¿Y no se batieron ustedes?—preguntó Luis sorprendido.

El doctor se echó á reir.

—Puesto que tanta curiosidad tiene usted por saberlo, voy á contarle lo que sucedió, para entretener el tiempo hasta que vengan esos padri-

nos. Mi contrincante me envió los suyos. Era un muchacho como usted. Muy elegante, muy rico, y gran tirador de florete y de pistola. ¡Oh! me hubiera matado seguramente. Pero á mí no se me mata así como así.

—Pero doctor, ¿usted no sabe esgrima?

—Ni falta que me hace. En este siglo tenemos que ocuparnos los hombres de cosas más serias y más importantes que el manejo de las armas. Pues sepa usted que hice sentar á los padrinos enfrente de mí, como está usted ahora, y yo saqué papel y pluma, puse sobre la mesa un revólver, y los sometí á un interrogatorio. Guardada tengo el acta que levanté yo mismo y que firmaron ellos.

—¿Pero usted se negó á batirse?

El doctor miró á Luis con oxpresión tal, que éste sintió haber formulado aquella pregunta.

—Oiga usted lo que sucedió. Híceles declarar por su honor, que mi contrincante conocía el manejo de las armas, declaré yo entonces mi conformidad y aquiescencia al desafío, y á renglón seguido hice constar toda mi teoría sobre el duelo.

—¡Ah! ¿y cuál es?

—La más sencilla. Yo considero que cuando median ofensas graves entre dos hombres, el duelo debe verificarse, pero por mi parte, añadí, y así consta en el acta, suponiendo en mi adversario el propósito firme y decidido de exponer su vida para matarme, y estando yo animado de las mismas intenciones, consideraba preciso que estos dos propósitos se cumplieran. Yo no me dejo matar sin que muera también el que me mate, y á este fin, no sirviendo el arma blanca para el caso, proponía á mi contrincante la muerte por medio del arma de fuego.

—¿La muerte?

— Es claro. Morir él conmigo.

—¿Y cómo?

—Con dos pistolas disparando á un tiempo y á boca de jarro.

—No aceptaría.

—No aceptó. Y entonces hice constar mi firme resolución de batirme únicamente de este modo, y declaré que, pues sus padrinos en nombre suyo no aceptaban, así como mi desafío lo conceptuaron como un suicidio, yo consideraba el propuesto en otra forma como un asesinato, al cual no me prestaba, y en tal concepto declaraba, no

sólo cobarde, sino asesino á su representado.

¿Y entonces?...

—Entonces ellos se negaron á firmar aquel documento extendido por mí. Pero yo me levanté del sillón, y montando el revólver les advertí que no insistieran en su negativa.

—¿Y si no firman?

—Si no firman no salen de allí, ni salgo yo tampoco. Eramos tres y en el revólver había para éllos y para mí.

No pudo Luis replicar, porque en aquel momento el ayuda de cámara se presentó:

—El Sr. Conde de Casa-López. El brigadier señor D. José Osado.

Eran los padrinos.

Levantáronse Luis y el doctor, y los cuatro hombres se saludaron ceremoniosamente.

—Mi querido Luis,—exclamó el brigadier tomando la palabra,—todo está arreglado.

—¿De veras?

—Sí. Te bates mañana á las siete y media.

Luis cayó de nuevo en la butaca.

—Siéntense ustedes,—dijo, haciendo grande esfuerzo para dominarse.

El brigadier prosiguió.

—El lance se verificará en el almacén de decoraciones del teatro del Príncipe Alfonso. Allí teneis bastante espacio y nadie vendrá á molestarnos. El arma elegida es la espada. Será un desafío digno de verse.

—Ya lo creo—interrumpió el doctor.

El conde de Casa-López creyó oportuno intervenir también en la conversación, y Luis escuchó á los padrinos en silencio. El doctor tuvo que hacer los honores de la casa y los hizo sin abandonar un momento la irónica sonrisa que sabemos era en él expresión constante de la fisonomía. Abrió un cajón de habanos, hizo servir copas de cognac y estuvo locuaz en grado sumo.

Cuando los padrinos se marcharon volvióse á mirar al joven, se encogió de hombros desdeñosamente, y dijo:

—Marqués, el mejor sistema es el mío.

—¿Por qué? ¿Porque no se llega uno á batir?

—Porque no se bate uno más que una vez, ó no se bate.

El joven se levantó de la butaca. Acercóse á la panoplia de asaltos y descolgó el florete.

—Voy á *rehacerme* la mano.

—Es conveniente—contestó el médico, y vol-

viéndole la espalda,—yo me retiro á descansar. Mañana tenemos que madrugar un poco. Marqués, muy buenas noches.

El marqués quedó colocado enfrente del *plastrón* y empezó á tirar botonazos *uñas abajo* y *uñas arriba*. Pero decididamente no tenía pulso. En el corazón de franela roja no daba ninguno.

En el trayecto desde las habitaciones del joven á las suyas, Pérez iba pensando:

—Decididamente, al marqués se le haría un gran favor yendo á poner el caso en conocimiento de la policía. Se evitarían muchas desgracias el día en que no se pudieran batir los cobardes. ¡Nada! ¡nada! ¡mi sistema! ¡mi sistema!

Sin embargo, con el florete en la mano, Luis recobró un tanto su serenidad y confianza.

Villaperdida, discípulo del célebre Vigeant, tenía una guardia elegante y regular; su mano bien colocada, recordaba el método de Bonet. Sólo la finta dejaba mucho que desear. Su juego era tranquilo y clásico; paraba con ligereza y exactitud tales que tenía la certeza de plantar la ripos-ta en el pecho de su adversario. Sus ataques avanzando muy ligados, muy largos, hacíalos con mucha velocidad. Lo que podía reprochársele

era atacar demasiado avanzando y, á pesar de sus piernas, no buscar las estocadas á pié firme. En el último asalto que se verificó el año anterior en casa de *El Zuavo* y en que Luis tomó parte, tuvo un éxito real, y los numerosos tiradores que asistían á este certamen, quedaron maravillados de la solidez de su guardia, así como de la finura verdaderamente notable de su mano. Su estocada favorita, en la que era maestro, era la contrariposta sencilla, que ejecutaba sin divagar en frases de espada.

Era, pues, un tirador de primer orden.

Luis, rendido ya de dar botonazos, dejó el florete y se acostó. En toda la noche no le fué posible conciliar el sueño.

Los padrinos llegaron á las siete, y el médico y Luis salieron con ellos en dirección al teatro y Circo del Príncipe Alfonso. Allí se reunieron con el duque de Tres Estrellas, otro médico y otros dos padrinos.

Allí tuvo lugar el lance.

He aquí como lo refería el brigadier Osado, á cuantos quisieron después escucharlo:

«Entregadas las espadas, el duque de Tres

Estrellas, á quien, á pesar de su herida insignificante tengo por un tirador *di primo cartello,* hizo el saludo antes de cruzar el acero.

»Después de esta formalidad, si es que puede llamarse así, las espadas se movieron lo mismo que en un asalto de sala de armas. El duque de Tres Estrellas no prescindía de ninguna de las posturas teatrales que se le reprochan: estaba tranquilo, y cuando Villaperdida se sintió indispuesto, se aprovechó del descanso para pedir un vaso de agua.

—»Si el marqués está malo,—dijo,—esperaré.

»Repuesto ya Luis á los pocos minutos y en estado de proseguir el combate, el duque volvió á ponerse en guardia con su gracia habitual, descubriéndose á cada momento, separándose, por decirlo así, del hierro de su adversario, quien, debo confesarlo, no supo aprovechar estos descuidos.

»Los eruces de espada fueron muy pocos: la guardia de Villaperdida, que es un maestro, dejó mucho que desear y creo que el duque de Tres Estrellas se dejó tocar. Estoy seguro de que Luis hubiese recibido la primera herida, si el duque de Tres Estrellas hubiera usado la espada española, porque antes de herirle había tocado dos veces á su adversario.

»Por último, después de cincuenta y cinco minutos, Villaperdida, que tocó ligeramente en un dedo al duque de Tres Estrellas, consiguió herir de nuevo á su contrincante con una estocada que un principiante de esgrima no hubiese dado, pero que aceptó y recibió el duque de Tres Estrellas, el cual, adelantándose entonces hacia Luis, exclamó: «Para una reyerta entre borrachos, no lo hemos hecho del todo mal.»

Por la tarde firmaron los padrinos la siguiente

ACTA

Madrid... de Febrero de 18...

«Los abajo firmados, el excelentísimo señor conde de Casa-López y el brigadier señor don José Osado, en representación del excelentísimo señor marqués de Villaperdida; el excelentísimo señor marqués de Altaibaja y el excelentísimo señor D. Juan Tímido, mariscal de campo, en representación del señor duque de Tres Estrellas.

»Reunidos en la noche de ayer, decidieron que

el lance pendiente entre sus representados se verificaría en el almacén de decoraciones del teatro y circo del Príncipe Alfonso en el día de hoy á las siete y media de su mañana, con la armas elegidas y consentidas por ambas partes.

El arma designada por el señor marqués de Villaperdida fué la espada de combate francesa, de hoja triangular, y la del duque de Tres Estrellas, la espada de combate española de hoja plana.

»El encuentro y el lance se verificaron esta mañana á las siete y media en el sitio susodicho, y por condescendencia al señor brigadier D. José Osado, los testigos por movimiento espontáneo de su voluntad, le cedieron la dirección del combate, sin abandonar por ello los intereses de sus clientes y la responsabilidad que les incumbe. El combate ha durado una hora y cuarto, constando de cinco asaltos.

»En el primero, ha tenido que concederse un descanso, á petición del señor marqués de Villaperdida, y en el segundo, se suspendió para comprobar si el señor marqués de Villaperdida había sido herido por *un cupé de volata* sobre *un cruce preparatorio*: no resultó comprobado.

»En el tercero, el señor duque de Tres Estrellas recibió una ligera herida en la segunda falanje del índice, y la opinión de los dos médicos y de los cuatro testigos se mostró en desacuerdo acerca de la posibilidad de reanudar el combate. A petición del señor duque de Tres Estrellas, que se comprometió por su honor á declarar su imposibilidad de continuar batiéndose, en cuanto sintiera enervación, se prosiguió el lance después de una primera cura.

»En el cuarto fué necesario un descanso, por una ligera indisposición que acometió al señor marqués de Villaperdida.

»En el quinto, el señor duque de Tres Estrellas, alcanzado y herido de una estocada encima de la muñeca derecha por un *contra cruce sobre parada en prima*, los dos médicos y los cuatro testigos declararon al señor duque de Tres Estrellas fuera de combate.

»Este fué, pues, el resultado del lance.

»Después de la cura, los señores marqués de Villaperdida y duque de Tres Estrellas se reconciliaron sobre el terreno.

»Declaramos que los dos adversarios han mostrado valor y ardimiento superiores á todo elogio.

habiéndose conducido con caballeresca cortesía, según todas las reglas del honor.

»En fé de lo cual hemos redactado la presente acta.»

Por el marqués de Villaperdida. Por el duque de Tres Estrellas.

José Osado.—Conde de Casa López. Juan Tímido.—Marqués de Altaibaja.

XII

Los resultados de esta aventura fueron estrictamente ajustados á la lógica de los sucesos, lógica que obedece también al carácter predominante y pasiones que esclavizan á cada uno de nuestros personajes.

Reconciliáronse *La Pálida* y el marqués de Villaperdida; reanudaron sus interrumpidas relaciones, si bien la buscona, informada detalladamente de todas las peripecias del desafío, no pudo ver llegar á sus brazos al vencedor, rodeado de esa aureola que envuelve á los valientes, aunque sí ileso, merced á la generosidad del duque de Tres Estrellas.

Luis, en cambio, sintió crecer y desarrollarse terriblemente aquel amor que á *La Pálida* tenía, cuyo crecimiento y desarrollo fueron en razón directa del mismo riesgo que por conservarlo

acabada de arrostrar, y de esta manera, amando el uno y desamando la otra, emprendieron juntos nueva vida, en la que *La Pálida* resultó ganancíosa.

En estas andanzas estaba transcurriendo el mes de Febrero y llegaba Marzo á toda prisa, aunque no con tanta como fuera de desear para las impaciencias de nuestra heroína que, desengañada á la postre de sus vicios mismos, como antes lo estuviera de sus pasiones, no mostraba ya inconvenientes, ni oponía dificultad alguna á su mudanza y traslado desde la calle de Hortaleza al precioso hotel, no alquilado, sino comprado para ella por el Grande de España, cuyo hotel estaban decorando los más hábiles artistas, que por esto de la habilidad eran á la par los más caros.

Estaba resuelto que *La Boticaria* celebraría el acto de tomar posesión de su nueva morada, dando en ella una fiesta á sus amigos de *La Botica*, fiesta á la que concurrirían también las mismas busconas que figuraron en la última bacanal del restaurant, y que fué origen del desafío y de las heroicidades de D. Luis de las Lanzas.

Además, *La Pálida* no era ya una querida

económica, y antes, por el contrario, en punto á lujo, no podía manifestarse quejoso el marqués de Villaperdida. Estrella pareció imponer condiciones *sine qua non* en este punto. Exigió un abono en el teatro Real, y exigió que dicho abono fuese á platea. En lugar de la victoria de alquiler de casa de Lázaro, pidió y obtuvo, puesto que en el hotel había cuadras y cocheras, y esto era posible, carruajes y caballos propios, y tan propios que, como el hotel, se compraron á su nombre. Demás de esto, hizo á Worms un importantísimo pedido de trajes, y su cuenta en casa de Ansorena resultó de algunos miles de duros.

Presentóse con este tren en los paseos más frecuentados, siendo su aparición un triunfo sobre las más encopetadas y aristocráticas damas de la corte, y su lujo quedó calificado como *insultante*, porque es lo cierto que ninguna pudo superarlo, y al no poder, se consideraban todas como ofendidas.

La fortuna del marqués, que como ya sabemos era cuantiosa, no padeció detrimento alguno, y en cuanto á los desembolsos terribles que abrían brecha en su renta, considerábalos como muy

acabada de arrostrar, y de esta manera, amando el uno y desamando la otra, emprendieron juntos nueva vida, en la que *La Pálida* resultó ganancíosa.

En estas andanzas estaba transcurriendo el mes de Febrero y llegaba Marzo á toda prisa, aunque no con tanta como fuera de desear para las impaciencias de nuestra heroína que, desengañada á la postre de sus vicios mismos, como antes lo estuviera de sus pasiones, no mostraba ya inconvenientes, ni oponía dificultad alguna á su mudanza y traslado desde la calle de Hortaleza al precioso hotel, no alquilado, sino comprado para ella por el Grande de España, cuyo hotel estaban decorando los más hábiles artistas, que por esto de la habilidad eran á la par los más caros.

Estaba resuelto que *La Boticaria* celebraría el acto de tomar posesión de su nueva morada, dando en ella una fiesta á sus amigos de *La Botica,* fiesta á la que concurrirían también las mismas busconas que figuraron en la última bacanal del restaurant, y que fué origen del desafío y de las heroicidades de D. Luis de las Lanzas.

Además, *La Pálida* no era ya una querida

económica, y antes, por el contrario, en punto á lujo, no podía manifestarse quejoso el marqués de Villaperdida. Estrella pareció imponer condiciones *sine qua non* en este punto. Exigió un abono en el teatro Real, y exigió que dicho abono fuese á platea. En lugar de la victoria de alquiler de casa de Lázaro, pidió y obtuvo, puesto que en el hotel había cuadras y cocheras, y esto era posible, carruajes y caballos propios, y tan propios que, como el hotel, se compraron á su nombre. Demás de esto, hizo á Worms un importantísimo pedido de trajes, y su cuenta en casa de Ansorena resultó de algunos miles de duros.

Presentóse con este tren en los paseos más frecuentados, siendo su aparición un triunfo sobre las más encopetadas y aristocráticas damas de la corte, y su lujo quedó calificado como *insultante,* porque es lo cierto que ninguna pudo superarlo, y al no poder, se consideraban todas como ofendidas.

La fortuna del marqués, que como ya sabemos era cuantiosa, no padeció detrimento alguno, y en cuanto á los desembolsos terribles que abrían brecha en su renta, considerábalos como muy

bien hechos, cuando, merced á tales gastos, mirábase envidiado por toda la *high-life*, y como reverenciado á manera de ídolo ó rey de los calaveras. Su buena suerte en el *lance de honor*, dábale también émulos y admiradores, porque después de haber *hecho sus pruebas* en el terreno ó *sobre el terreno*, cada vez que se verificaba un asalto, en este asalto figuraba nuestro héroe, y daba con sable de palo ó floretes de botón gallardas muestras de su destreza.

En cuanto á Rosita Pérez y el cura, todo cuanto se figure el lector es cierto; tan cierto, como que á *La Pálida* nada le importaba ya de aquellos amores, y hasta los favoreció, facilitando las entrevistas en su misma casa, considerando y tratando de igual á igual á la hija de doña Angustias, como en efecto lo era. El padre Lasoga, en este punto, pasaba por un excelente director de almas, y Rosita halló ejemplos y consejos sobrados, á pesar de que no los había de menester, para decidirse por la vida de la busconería.

Con tal motivo, no ocurrió nada que digno de contar sea, en el cuarto tercero, y el autor ignora si la capitana viuda de Pérez, llegó á morir sin saber las hazañas de su hija hasta que ésta se las

dijo, aunque sabemos de cierto, el público y yo, que doña Angustias se propuso guardar una *digna* reserva, y de sus labios no salió jamás la natural pregunta que se ocurría al ver que Rosita, sin recatarse de ello, tenía siempre dinero en el bolsillo, y que con este dinero toda la familia vistió mejor, comió cosas de más sustancia que los famosos pimientos fritos y no menos afamados guisos de patatas, y Juanito mismo entró ganando en matrículas de la Universidad, aunque era fácil pronosticar que saldría perdiendo curso. Así pues, conste que, siendo los dineros del cura, nadie quiso indagar ni preguntar de dónde salían aquellas misas.

Marzo llegó, y sólo á mediados de este mes pudo llegar también el momento ansiado por *La Pálida*, porque los artistas hábiles siempre retrasan un poco y demoran, para hacerlos más completos, los placeres que produce el entrar en posesión de la obra realizada por sus manos. Pero *el hotel de la Pálida* quedó inaugurado en toda regla, y hubo conversación para ocho días en el mundo galante con los detalles escandalosos que la fiesta dió de sí y que omito en absoluto, haciendo excepción única del interés vivísimo que

tuvo nuestra heroína en que fuese invitado el duque de Tres Estrellas, con el cual se mostró tan obsequiosa y deferente, que el mismo D. Arístides hubo de notarlo, y cuidadoso siempre de los intereses de su protegida, llamóla aparte y le dijo: «Mira, chiquilla, no seas tonta y no la enredes, porque te advierto que como el marqués no encontrarás otro.»—«Déjese usté estar—contestó la buscona,—que yo no le hago daño á nadie, y sólo trato de divertirme.»

No era verdad; no trataba de divertirse. En *La Pálida* hubo siempre, como ya sabemos, una maldita comezón romántica, dejo antiguo, quizás, de aquellos amores primeros que tuvo cuando era la hambrienta y miserable hija de un jornalero. Podían calificarla como una infatigable buscadora de amor más que buscona de amoríos, y todos los desórdenes de su organismo no fueron bastantes á estirpar y arrancar este constante anhelo, que se defendía como resto de virginidad en las últimas trincheras del corazón y del alma.

El marqués de Villaperdida la amaba con delirio, pero el amor de Luis no satisfacía sus ideales, puesto que ideales deben ser y deben llamarse estos deseos de Estrella, á menos que se califiquen y sean cosas sin nombre en castellano. El marqués no los satisfizo nunca, á pesar de sus millones y del rendimiento con que los ponía á su disposición; no los satisfizo nunca, y menos que nunca, después del desafío; sabemos además cuánto conviene para ilustrar nuestro juicio con respecto á las dotes físicas del raquítico D. Luis de las Lanzas, de quien por cierto dijo una vez *La Pantorrilluda* al oír los éxitos que alcanzaba como tirador de armas blancas, que «no lo extrañaba, porque aquel *pollo* hasta en su facha se conocía que estaba estudiando para estoque».

Era, en cambio, pobre, muy pobre, el duque de Tres Estrellas, y aun cuando en punto á nobleza antigua podía acaso dar tres y raya á los mismísimos Villaperdida, no así en punto á bienes de fortuna, puesto que escasamente le producían los suyos una renta equivalente al sueldo que disfruta un oficial segundo de administración civil empleado en cualquier ministerio.

Pero el duque de Tres Estrellas era un hombre de treinta años, vigoroso y de gallarda presencia, de imaginación viva y despierta, de na-

tural elegancia, sueltos modales, amenísima y chispeante conversación, gran conocedor de mujeres, y sobre todo de mujeres de la vida airada, jugador tan de pura sangre, que sólo al juego debía los elementos con que podía atender á cubrir los gastos que originaba la vida de cuantos figuraban en la lista de socios de *La Botica*, sin que nadie pudiese atribuir á malas artes, y sí sólo á su arrojo y buena suerte las ganancias adquiridas por este medio.

Con la mitad de estas cualidades y agregando á lo dicho lo que de público se supo respecto á su comportamiento en el desafío, bastaba y aun sobraba para convertir al noble arruinado en una especie de héroe novelesco á quien todas las busconas miraban y consideraban de una manera especialísima, llegando á decirse que nuestro duque gozaba entre ellas de gran predicamento y conseguía muy envidiables y positivos favores.

Estrella experimentó, pues, como las demás, y dada su organización, más fuerte y profundamente que ninguna, la influencia de estas seducciones, cuya influencia, lejos de amortiguarse y desaparecer en sus groseros contactos con el desgarbado rival del duque, aumentóse y creció de día en

día, porque hasta la misma carne tiene en este punto sus aspiraciones y anhelos de perfección y mejora.

En la fiesta del hotel, el triunfo del duque fué brillante, eclipsando á todos los hombres que con él pretendieron competir. Bebió manzanilla al estilo de Andalucía, haciendo mil caprichosos juegos con las cañas, contó los mejores chascarrillos, tuvo de su cosecha infinitas y chistosísimas ocurrencias, y cuando la orquesta (pues hasta orquesta hubo) tocó valses, polkas y habaneras, quedó consagrado como rey del baile y de la zambra.

Pero estos méritos del duque, exhibidos en otro círculo social, le hubieran valido acres censuras, y lo que tanto entusiasmó aquella noche á la busconería, lo que la subyugaba como *summum* de la gracia y del talento, lejos de pasar por distinción y elegancia, lejos de poner en sus manos y en su frente corona y cetro, hubiera sido lo bastante para tacharle de chocarrero y empañar sus buenas cualidades, haciendo lamentar que hombre dotado de ellas se encanallara en el vicio, por todo lo cual era comprensible hasta su misma ruina.

Pero *La Pálida* no lo hilaba tan delgado, como

vulgarmenle se dice. No. No sentía ella ¡ni cómo había de sentirlo! no sentía por el duque de las Tres Estrellas aquellos mismos arrobamientos que su primer amante *El Granuja* inspiró en su alma de virgen enamorada. Aquello había muerto en ella al morir *El Granuja*, asesinado por Arístides (a) *El Chulo*, por Arístides, que ahora tenía *don* y se llamaba el *D. Arístides* que ya conocemos. Pero en cambio sólo sabía de sus anhelos carnales con respecto al duque, que eran intensos y terribles, y que á costa de todo, á pesar de todo, era su idea fija y constante la de lograr los besos y las caricias de aquel hombre.

Para secundar estas mismas corrientes nuevas por las que se despeñaba Estrella, vino un incidente, que consiguió acrecentar, si esto era posible, el hastío de su amancebamiento con el marqués de Villaperdida.

El mísero D. Luis de las Lanzas y de las Medias Annatas, Campo de Gules y León Rampante, de resultas de los excesos cometidos en *La Botica* y de aquel mismo frenesí amatorio y sensual en que ardía su naturaleza enclenque, vióse acometido nuevamente y de improviso, sin que de nada le valieran sus rentas y títulos nobiliarios, de aquella lepra asquerosa, adquirida y heredada, contra la cual eran inútiles las batallas reñidísimas que empeñara desde el primer momento de su aparición el doctor Pérez, porque el trabajo profiláxico, ó para mejor inteligencia preservativo que éste adoptaba, anulábase en los abrazos y caricias de Estrella; y como si esto no fuera bastante, quedaba como extirpado con los desórdenes adoptados también como de última moda en la existencia de la *alta goma*.

Y como el marqués de Villaperdida no se percataba ya de pasar las noches fuera de su palacio y en el hotel, ni le causaban temor como antes las profecías del médico, ó las amenazas de castigos en la *otra vida* con que le sermoneaba el padre Manrique, una mañana, sin saber cómo ni por dónde vino la cosa, Estrella hallóse enferma de nuevo, cuyo descubrimiento irritóla en grado sumo.

¡Ah! ¡Conque es decir,—pensaba nuestra heroína,—conque es decir, que su destino y su maldita suerte habían de ser siempre lo mismo! No era la vida de prostitución que obliga á entregar el cuerpo al primer desconocido que llega y que lo paga, la que producía aquellos males, que tanta

repugnancia causaban en todo su ser. ¡Conque es decir que existía algo en su temperamento, que la predisponía al contagio de todo lo más nauseabundo y de los más degradantes dolores!

Y en este estado de sobreexcitación producido por su enfermedad, *La Pálida* recibió aquel mismo día la visita de D. Arístides, que entraba y salía en el hotel con la misma familiaridad y confianza de que usó, como ya hemos visto, en la casa de la calle de Hortaleza.

—¿Qué es eso, chiquilla, qué te pasa?—preguntó al verla tan mal humorada el diputado á Cortes de la mayoría conservadora.

Entonces Estrella contó el percance, jurando por todo lo más sagrado para ella, que sólo el marqués podía ser el causante de tales desgracias.

D. Arístides se echó á reír.

—No tienes que asegurarlo tanto. Te creo.

—Pero yo me figuraba que ese muchacho...—interrumpió *La Pálida*.

D. Arístides encendió un cigarro, y arrellanándose en una butaca, quedóse mirando fijamente y con cierta sorna á la buscona.

—Pues creías mal. Pero no lo extraño, porque tú ignoras una cosa muy chusca.

Miróle ella con expresión llena de curiosidad.

—¿Qué cosa?—preguntó.

Era sencillísimo. La historia venía desde muy antiguo. Tal vez *La Pálida* no recordase siquiera los hechos que iba á citar. Pero si recapacitaba un poco lo comprendería. Se remontaba el caso nada menos que á los primeros días de su estancia en casa de la Mari-Pepa.

—Y á propósito—añadió el antiguo *Chulo*,—hazme el favor de no volver á mentar estas cosas delante de nadie. Mari-Pepa es ya mi mujer, y no hace falta recordar, como tú recuerdas á cada momento, historias olvidadas por todo el mundo.

La Pálida se sonrió. Si ella hablaba siempre de la mujer del diputado, la *Mari-Pepa* tenía la culpa. Porque, francamente, por casarse con él no estaba autorizada á tratarla con el desdén que lo hacía.

—Anteayer, sin ir más lejos, me la encontré en el paseo de coches del Retiro. Mi victoria se cruzó con un *landeau*, y volvió la cabeza al lado opuesto para no saludarme. Oye, tú, díla que mi saludo no la hubiera manchado el traje de terciopelo, pero que si vuelve á hacer eso, se lo man-

charé, porque la escupo. En fin, sigue contándome lo que estabas diciendo.

—Pues bueno—agregó D. Arístides,—es el caso que cuando tú estuviste en *mi casa*, recordarás muy bien el mal rato que me hiciste pasar con ese carácter que has echado cuando tuviste tu primera proporción.

La Pálida le miró con gran fijeza.

—Y bien, ¿y qué?

—Que aquel señorón que dió diez mil reales por tu bonita cara...

—Sí, ya sé: el que tuvo la culpa de que yo fuese por primera vez á San Juan de Dios.

—Pues ese era el padre del marqués.

Estrella se levantó de su butaca como movida por un resorte.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Lo que has oído. Ni más ni menos.

Entonces la buscona recordó perfectamente lo sucedido. Sí, después del personaje misterioso, el primero que pagó sus abrazos fué Luis. Después del padre, el hijo. De manera que todo aquello era una consecuencia y encadenamiento lógico de sucesos.

—¡Ah! ¡qué asco! ¡Esto es horrible!

—¡Qué le hemos de hacer! ¡Cosas de la vida!

No, no era verdad. ¿Cómo podían suceder tales cosas? En la vida acontecen hechos inverosímiles. Pero si aquello no resultaba inverosímil. Era repugnante.

—¡Déjame! ¡vete! déjame sola, porque me parece que me voy á volver loca.

Con tal acento dijo estas palabras, que D. Arístides optó por cumplimentar la orden que significaban.

Sabía Estrella que, pues el marqués estaba enfermo y obligado á no salir de su palacio por prescripción facultativa, fuera de D. Arístides, aquella tarde ninguno de sus amigos vendría á turbar su soledad.

Quedóse, pues, en el mismo sitio, cuando se despidió el diputado á Córtes. Necesitaba reflexionar, coordinar de algún modo sus ideas.

Aquello merecía el calificativo de *chusco*. Ya lo había oído. ¡Ah! ¡Qué gente! ¡qué gente! ¿Pero quién se figuraban que era ella? Ya no permitía que se burlasen de su ignorancia. Si no sabía leer ni escribir, eso no importaba. Sin saber esas cosas, ya tenía hotel y carruajes propios. Ya era

una especie de Mari-Pepa sin casar, pero allí estaba el cura Lasoga esperando para echar sus famosas bendiciones. Que Luis era hijo del hombre aquel, del primer hombre que la poseyó. ¡Pero si todo el mundo decía que el padre del marquesito fué casi un santo! El *Chulo* había querido burlarse de ella... No, no. Lo había dicho muy serio. No era un santo, era un hipócrita. Quedaban explicadas todas las precauciones que se tomaron. La de vendarla los ojos para llevarla á su presencia, la habitación cerrada, en que se sintió acariciada en la oscuridad, sin lograr conocer á su violador. ¡Cierto! Era un hipócrita y un infame, porque estaba enfermo y la enfermó... ¡Ah! Y luego dirán que no hay Dios, pero no un Dios bueno, ¡no! porque la humanidad no lo merece, sino un Dios vengativo y cruel. Cuando ella estaba pensando en que no bastaban mil muertes para castigar al malvado, el malvado moría, y como si esto no saciara la justicia divina, el hijo recogió en el cuerpo de Estrella los gérmenes dañinos dejados allí por el padre.

La Pálida sonrió con una alegría llena de tristísimas satisfacciones. Su mal no la impedía, como á Luis, salir de casa. Su cuerpo estaba ya

acostumbrado á este veneno. Su fidelidad al marqués de Villaperdida no tenía razón de ser. Ella necesitaba aire y libertad. Todavía era joven y era preciso gozar de la vida. ¡El duque, el duque de Tres Estrellas! ¿Para qué vacilar tanto? El duque tenía que ser su amante. Ella le amaba. Le amaba á su manera, porque su corazón y todas sus entrañas, deformadas por la prostitución, tenían sensaciones extrañas y amores también deformes. Pues bien; ante todo, puesto que estaba podrida, llamar al médico y curarse pronto. Luego enloquecer al aristócrata pobre, obligarle á caer rendido, no á sus pies, sino en sus brazos. Hasta entonces, el rival de Luis se resistía mucho, acaso por esta misma rivalidad y tal vez porque ella no se lo había propuesto sériamente. Pero desde aquel momento ya era distinto. La resistencia del duque acabaría al saber que estaba desligada de todo compromiso con Luis de las Lanzas. Y si no acababa así, tanto peor para él. Tanto peor, porque la señá Petra le dijo una vez (cuando la señá Petra no era portera, allá en casa de la Mari-Pepa), un secreto para atraerse á los hombres y convertir en frenesí el desamor más recalcitrante. Este secreto no lo

empleó con nadie, porque hasta entonces á ninguno amó después de muerto *El Granuja;* pero estaba segura de que la antigua *segunda ama* no tenía por qué ni para qué engañarla. Se trataba de una verdadera receta de éxito infalible, porque según aserto basado en la tradición, la mezcolanza fué compuesta por las brujas, cuando había brujas en España en tiempo de los moros. Y por lo demás, era en extremo sencilla, y si no surtía el efecto apetecido, tampoco podía hacer daño. Consistía en cortarse siete pelos del sobaco; tenían que ser siete, y recortándolos después en casi invisibles trozos, echarlos en un vaso de vino ó en una jícara de chocolate, y conseguir que el hombre se bebiera aquello un sábado á las doce en punto de la noche y delante de ella. Si esto no bastaba, y para mayor seguridad, se añadía á los pelos unas cuantas raspaduras de las uñas de la mano izquierda.

En estos proyectos ó reflexiones, *La Pálida* se vió interrumpida por la entrada de su doncella, que era la misma que tuvo en la calle de Hortaleza.

—Ahí está el lacayo que viene del palacio.

—¿El lacayo? ¿Y á qué ha ido?

—Como usté lo mandó para que se enterara de cómo seguía el señor marqués... Dice que está lo mismo y que ha tenido que meterse en la cama.

—Bueno, pues que enganchen la berlina, y díle al lacayo que no vuelva á poner los pies en el palacio mañana ni nunca.

La doncella se quedó estupefacta, creyendo no haber entendido bien.

—¿Qué haces ahí, quieta como un pasmarote? ¡Arza! volando,—terminó *La Pálida.*

Conociendo el carácter y la educación de *su señora,* la muchacha no quiso esperar que repitiera esta orden, y se retiró haciendo cruces, que era cosa también desusada en las costumbres y vida del hotel.

Estrella cambió de traje, sin llamar á nadie para que la ayudara, echó sobre sus hombros un largo gabán lleno de abalorios y de flecos, que era el que más la gustaba, púsose los guantes, y cuando el lacayo se presentó á recibir órdenes con la fórmula habitual:

—La señora está servida.

Bajó nuestra heroína los cuatro escalones del vestíbulo, y al poner el pie en el estribo de la berlina:

—A casa de mi médico,—ordenó, sentándose en los cómodos cojines.

La Pálida, al decir esto, recordaba y comparó complacida aquella salida suya con la primera que hizo en el lupanar por idénticos motivos.

Entonces fué en un coche simón, no á *casa* de *su médico*, sino al hospital.

XIII

Cuando la buscona se mudó del piso principal de la calle de Hortaleza, con gran sentimiento de D. Abundio, tuvo un rasgo de generosidad con respecto á la familia de Pérez. Quería pagar de algún modo las atenciones y cuidados cariñosos de Rosita, y el regalo fué como nadie lo esperaba por lo espléndido.

Estrella hizo donación á la huérfana de todo su mobiliario.

—No seas tonta—le dijo, viendo que se resistía á aceptarlo:—yo no lo necesito, porque el hotel está amueblado y allí tengo de todo cuanto Dios crió; y como no me hace falta dinero, prefiero, á venderlo por cualquier cosa, que lo disfrutes tú con tu madre y con tu hermano. Además, —añadió con el tono de quien da un consejo— lo que debíais hacer era vender todo lo que teneis

arriba, despedir el cuarto y bajaros á vivir aquí.

—No, no, es muy caro.

—¿Y qué? Ahora ya sabes de dónde se saca el dinero, y tú harás fortuna, porque eres bonita y graciosa. Mira, esto está pagado hasta Mayo, de manera que yo no retiro la fianza ni los meses adelantados, y no tienes que ocuparte de la casa hasta Junio. De aquí hasta entonces pueden pasar muchas cosas.

Aceptándolo todo, como se acepta entre mujeres lo que tan espontánea y voluntariamente se ofrece, *La Pálida* se marchó y la familia de Pérez quedó instalada en su lugar.

¿Quién podrá describir con los detalles precisos los goces inefables que en aquella ocasión experimentó mi señora doña Angustias López, capitana viuda de Pérez? Lo cierto y averiguado del caso es, que no durmió la primera noche porque la tuvo despierta su alegría. ¡Ah! ¡Si Tomás, si el bueno de Tomás resucitara! ¡Si su marido levantara la cabeza, cómo se enorgullecería! Y digo, pues apenas iban á rabiar *las amigas* en cuanto lo supieran. Por supuesto, que ella tenía pensado ya lo que había que contestar á sus preguntas. Porque es claro, todas preguntarían á qué santo se colgaba el milagro. ¡Pues bien! Era preciso decir una cosa muy sencilla. Santo ninguno. El cambio de posición era debido á un premio de la lotería. Esto tenía un inconveniente. Y el inconveniente eran los *sablazos*. ¡Ah! No la importaba. Doña Angustias, práctica en darlos, sabría quitárselos y sacudirse las pulgas bonitamente.

Al día siguiente de su instalación, la capitana fué madrugadora, y en la impaciencia con que iba y venía desde la cocina á la puerta de la alcoba donde dormía Rosita, el menor observador hubiese visto que deseaba despertarla, y al mismo tiempo temía la entrevista.

Sin embargo, estaba resuelta á todo. Era preciso terminar lo violento de aquella situación enojosa. La *digna* reserva que se había impuesto no podía prolongarse, por más que era conveniente. Madre é hija tenían que hablar mucho y á solas, aprovechando la ocasión y el momento en que Juanito no estaba en casa, sino en la oficina ó en la Universidad, ó mejor dicho, en ninguno de estos dos sitios, y sí en el billar del café de la Luna, donde, hasta que llegaban sus contrincan-

tes, estudiaba nuevas combinaciones de carambolas con el camarero.

Rosita seguía durmiendo, y la capitana viuda de Pérez entretuvo su espera inspeccionándolo todo. ¡Qué muebles! ¡qué casa! ¡qué alfombras aquellas de moqueta, nuevecitas, como si acabasen de ponerlas los mozos de Genaral Luego no había una puerta sin sus dobles portieres, ni un balcón sin colgaduras; ni una silla rota, ni una mesa de pino, exceptuando la de la cocina. El comedor era una delicia. La mesa, de roble tallado y macizo y en forma de velador, valía un dineral. En el aparador, de roble también, y con su segundo cuerpo de cristales, había una vajilla entera de porcelana inglesa, y copas de cristal finísimo de todos tamaños y de variadas formas, y alrededor de las paredes sillas de alto respaldo, también de roble y asiento de labrado cuero de Córdoba. Cada silla costaría lo menos quince ó veinte duros. Luego pasó revista á la ropa de mesa y cama. Aquello sí que era una bendición de Dios. Manteles magníficos adamascados, de granito, lisos, con franjas de colores, con flecos, primorosamente bordados; servilletas, hasta de postre. Sábanas de hilo riquísimas, fundas de almohada, grandes montones blancos como la nieve, de los que salía el rico olor de la plancha. Ni cuando ella se casó con Pérez tuvo tantas cosas y tan buenas; porque eso sí, todo era de primera y de lo más caro. Pues, ¿y cuándo abrió el cajón de los cubiertos? Se quedó deslumbrada: cucharas, tenedores, cuchillos, todo era de plata. El regalo se había hecho en toda regla. ¡Y pensar que unas personas decentes como ellas no tuvieron nunca esas cosas, y aquella mujer tenía para dar y seguir teniendo!

—¿Qué haces, mamá?

Rosita se había levantado y estaba de pie detrás de ella. Doña Angustias sacó del cajón las dos manos, con las que estaba revolviendo y embarullando los cubiertos, miró á su hija, y sin saber por qué se echó á llorar.

—¿A qué viene ese llanto? ¿Qué te pasa?

Entonces la madre no pudo más; abandonándose, cayó en brazos de su hija, diciendo entre sollozos:

—No, no es nada. No te asustes. Me ha dado así de pronto. Ya se me pasará.

—Vamos, mamá, tranquilízate. Díme lo que tienes.

—Tengo..., tengo,—terminó doña Angustias, —alegría y tristeza. Vámonos al gabinete. Quiero hablar contigo.

—Habla aquí. Estamos solas. No hay nadie en la casa. Yo también quería decirte muchas cosas.

—¡Ah! pues dílas, hija mía.

—No, no. Empieza tú.

—¡Yo! Habla tú primero.

Lo cierto del caso era que ninguna quería empezar. Tenían miedo á esta entrevista. Presentían que iba á salir de tales confidencias muy malparada *la clase media.*

—Mira, Rosita,—dijo por último la capitana, revistiéndose de valor, aunque no de tanto que la permitiera abordar de frente el asunto, y queriendo llegar por medio de un habilísimo rodeo: —Mira, Rosita, lo que yo quería decirte es que hemos hecho una locura en aceptar estas cosas y bajarnos á vivir en este piso. Nosotras no tenemos para estos lujos.

—¿Y era todo eso lo que usted iba á decirme? —preguntó Rosita, más decidida que su madre.

—Tenía que decirte algo más. He pensado... he reflexionado mucho..., y desde hace algún tiempo...

—Déjese usted de cavilaciones.

—Pero hija...

—Oigame usted, porque yo también quiero que usted me escuche, y que usted sepa todo lo que me pasa. Yo no sé si es un bien ó un mal, aunque me figuro que no es nada bueno y á nada bueno conduce; pero lo hecho, hecho está, y no hay que darle vueltas. Yo no creo que tenga usted la culpa.

—¡Yo! ¡Rosita! ¡hija mía! ¿Qué estás diciendo? ¡Mira lo que dices! ¡Mira que soy tu madre! ¿De qué voy á tener la culpa, si yo no sé una palabra?

—Pues si no sabe usted nada,—replicó Rosita,—¿á qué vienen esos aspavientos?

—Hija ¡por Dios! ten en cuenta que me estás matando.

Pero Rosita se mostró implacable. Obligó á su madre á que escuchara en silencio una confesión descarnada y cruda de cuanto había sucedido.

—Escucha: yo quisiera morirme sin saber estas cosas.

—Pues es preciso que usted las sepa y que sepa usted también lo que he resuelto para lo sucesivo.

Doña Angustias inclinó la cabeza y Rosita empezó en estos ó parecidos términos, que demostraban y reflejaban, digámoslo así, el estado de su ánimo.

—Yo no estoy loca, madre mía, estoy en mi sano juicio, y puedo raciocinar acerca de todo, porque, afortunadamente, he tenido personas que me abran los ojos. Yo no quiero hablar ahora de nuestra vida pasada. Ha sido ésta lo que tenía que ser, porque desde el momento en que usted se equivocó, era preciso que pagara alguien la culpa y sufriese las consecuencias de esas equivocaciones. La equivocación grande de usted ha sido la de figurarse que, muerto mi padre, debíamos á todo trance, y costase lo que costase, seguir sosteniendo nuestra casa en el mismo pie en que estaba cuando vivía su marido. Usted creyó demasiado, confió demasiado, más de lo que se puede creer y confiar en la Providencia. Usted ha sido siempre muy *optimista*. Creo que se dice así. Pues bien, llevada de su optimismo (porque de otra manera no se explica el caso satisfactoriamente), no sé en qué auxilios y ayudas sobrenaturales tuvo usted confianza; pero es el asunto, que nosotros, sin tener más recursos que

la mísera viudedad de capitán de que usted disfruta, hemos hecho cosas de que no quiero hablar ahora. Nosotros, al morir mi padre, debíamos haber reducido nuestros gastos todo lo posible. Debíamos habernos ido á vivir á una guardilla y dejarnos de abogacías para Juanito y de cintas y arrumacos para mí. Yo, que todavía era muy joven, podía haber aprendido á coser, ya que no á mano, á máquina, y con esto hubiésemos encontrado un recurso más para atender á nuestras necesidades. Juanito, en lugar de asistir á la Universidad, hubiera estado muy bien aprendiendo un oficio, porque el oficio no degrada á nadie, y en lugar de ser lo que es ahora, un vago, un perdido, un sér completamente inútil, y hasta nocivo en sociedad, si me apura usted mucho, serviría para algo, y ya que no, el saber que usted ha querido darle y que no tiene, tendría la laboriosidad por hábito y la honradez del buen obrero por cualidad y excelencia. Pero no ha sido así. Hemos estirado los pies mucho más allá de donde llegaba la manta, y hemos pasado días muy amargos. Hemos salido de casa muy compuestas, pero muertas de hambre, y cuando no hemos tenido para comprar un buen cocido, comíamos cual-

quier cosa, y ahorrábamos lo demás para poder acudir al dichoso «Café del Siglo», sitio en que empiezan todas mis desgracias. Usted se figuró no sé cuántas cosas imposibles é inverosímiles, é hizo sabe Dios cuántos castillos en el aire, creyendo para todos ellos seguro y firme cimiento, mi boda con cualquiera de los novios que yo tuve. Usted no veía, ó prefirió no ver que todos ellos eran unos pelafustanes, y que ninguno trataba de lo que nosotras queríamos. Usted consintió aquellos noviazgos, y, no sólo los consintió, sino que viéndome poco predispuesta á ellos, me amonestó desde el primer día con palabras que recuerdo perfectamente. Usted no vió, ó prefirió no ver, todo lo que aquellos hombres solicitaban de mí, y todo lo que de mí consiguieron. ¡Ay, madre mía, cuánta obcecación y cuánta locura! No se aflija usted, no llore usted, madre, no esconda usted el rostro entre las manos. Yo reconozco la buena fé con que usted ha procedido. Yo declaro que si hay pecado en esto, es el pecado de ignorancia. De todo ello no tenemos la culpa ni usted, ni yo, ni nadie. Hemos partido de una base falsa, y teníamos que venir á parar á este precipicio en que estamos, y del que no podremos salir nunca.

Yo perdí muy pronto mi inocencia en aquellos groseros contactos y asquerosas caricias que tuve que prodigar. En el «Café Nuevo del Siglo», no hay que dudarlo, todos nos conocen y estamos como señaladas con una marca, no sólo infamante, sino ridícula. Yo no me casaré nunca. Yo estoy viciada, tan viciada en mi salud como en mi inteligencia. Usted no sabe lo que á mí me sucede. Acaso un médico atribuya á síntomas fatales de una enfermedad que debe ser terrible, todos estos anhelos y arrebatos sensuales que dominan y vencen mi voluntad, que esclavizan mi organismo. Sí, madre, yo debo estar mala. Yo tengo, yo experimento cosas tan extrañas, que no pueden ser iguales á las que todas las mujeres sienten. En otros tiempos y bajo el dominio de otras preocupaciones, yo pasaría por endemoniada y vendrían á sacarme los malos del cuerpo. Ello es que estoy deshonrada de hecho, porque mucho antes lo estaba ya de intención y de pensamiento. Ello es que tenemos que resignarnos con nuestra suerte, usted con la suya y yo con la que el cielo me depara. Ello es que estos muebles, y esta casa, y este cambio de situación, que á usted le parece mejora, no es para que con

él nos demos tono, ni para que llamemos á las amigas de usted á que vengan y lo vean. Nosotras debemos cortar relaciones con todas esas señoras. Nosotras tenemos que ir por otros derroteros, y es preciso renunciar y desairar á la gente antes de que recibamos el primer desaire. Porque todo lo que usted ve y todo lo que tenemos hoy, es el precio de mi infamia y de mi deshonra. Porque la misma entidad del regalo demuestra la entidad é importancia de mi sacrificio. Porque usted, como yo, sabe muy bien, que doña Estrella, la señora que vivía en este cuarto, no era tal señora, ni tenía *don*, ni hubo tales carneros. Se llamaba de apodo, y sigue llamándose, *La Pálida*, y la señá Petra sabe mucho de su vida anterior, mientras que nosotras no ignoramos que de presente es querida de un señorón, Grande de España, cuyo título es el de marqués de Villaperdida. Y para que Estrella, ó sea *La Pálida*, me regalase todo esto, preciso es suponer que entre nosotras, entre esa buscona y yo, ha mediado algo muy repugnante y vergonzoso. Ahora ya estamos, ya hemos llegado al día de hoy. Pues bien, yo tengo un amante, y usted, que lo sospechaba, puede

asegurarlo desde ahora. Tengo uno, y como éste, tendré muchos, todos los que se presenten. No puedo vivir ya de otro modo. Madre, hay que confesarlo de una vez. Nosotras no podemos ya seguir creyendo en esa grande equivocación que hemos padecido. Nosotras no somos ni hemos sido nunca de la clase media.

Todo este triste discurso díjolo Rosita casi sin tomar aliento, y lo escuchó doña Angustias entre jipíos y lágrimas como puños. Pero la decisión que se revelaba en el acento de su hija era tal, que ni por un momento pudo atreverse á contradecir su último aserto.

—No llore usted más, y dígame si nos queda otro recurso,—terminó la joven cogiendo las manos de su madre, y separándoselas del rostro á viva fuerza:—dígame usted si estoy equivocada, si no tengo razón.

—Sí, sí, tienes razón, hija mía,—y con un suspiro profundo en el que iba envuelta y como arrastrada la hoja seca de sus ilusiones,—tienes razón. *Nosotras no somos de nuestra clase.*

Concedido lo más, era muy sencillo que doña Angustias accediera á lo menos. Rosita pronunció el nombre del padre Lasoga y anunció

que aquella misma tarde iba á venir á visitarlas.

—Por dinero no se apure usted. Al menos nos queda ese consuelo: cuando éste no tenga, otro habrá que pague; además, Estrella no nos dejará nunca en la estacada.

Tal como Rosita lo dijo se realizó punto por punto, porque así se realizan siempre los programas de la desdicha.

El padre Lasoga presentóse á las tres de la tarde en el piso principal de la calle de Hortaleza y tuvo el gusto de conocer á la madre de su querida.

Pero estaba de Dios que Lasoga no continuaría ni una hora, ni un minuto más disfrutando de su buena fortuna, porque como escuchara con grande atención, con toda la atención que tres copas de ajenjo, sin agua, se lo permitían, el relato de la muerte del capitán, y se enterase de la compañía que mandaba Pérez y de la acción en que sucedió la desgracia, las alegrías de la bebida hiciéronle romper por todo y lanzar una estruendosa carcajada.

—Tendría mucha gracia. ¡Muchísima gracia!

—¿Qué? ¿Qué es lo que tendría gracia?

—Sí, señora. Tiene gracia, porque es una endemoniada coincidencia. Ha de saber usted, mi señora doña Angustias, que yo estuve en esa mismísima acción de Monte-Muro.

—¿Usted?

—Yo mismo, porque yo soy cura; pero antes que cura soy carlista, y aquí donde usted me ve, yo tuve en los ejércitos de D. Carlos la misma graduación que su marido de usted, y me batí como un león. Y tanto, que recuerdo perfectamente todo lo que hice, cosa rara en medio del estruendo de los tiros y del ruido de trompetas. A ver, á ver, señora, porque á estas fechas yo no sé más sino que usted se llama doña Angustias, y que esta joven se llama Rosita. ¿Cómo se llamaba de apellido ese capitán, ese liberalote?

—Don Tomás Pérez y Pérez.

—Pues yo...

—Usted lo mató, ¡Dios mío!—gritó doña Angustias, mientras que Rosita se levantaba con presteza, separándose del cura como de una bestia inmunda.

A pesar de su borrachera, el padre Lasoga pudo reflexionar y hacerse dueño de sí mismo.

Comprendió lo horrendo de la situación, y quiso enmendar y corregir su yerro.

—No, señora. No sé quién lo mató. Pero cuando pasó la compañía, los míos y yo nos acercamos al moribundo. Yo le auxilié en sus últimos momentos.

De esta manera terminaron las relaciones de Rosita con su primer amante.

XIV.

Cuando la berlina se detuvo, bajó *La Pálida* sin esperar á que el lacayo abriese la portezuela, abriéndola ella misma, y entró resuelta y apresuradamente en la casa donde el especialista habitaba, no deteniéndose hasta llegar á su mismo despacho.

Era éste una sala espaciosa, y los objetos que en ella había, no los describiré con sus verdaderos nombres técnicos, sino por su aspecto externo y por la manera como este mismo aspecto impresionó á la enferma.

Delante de uno de los balcones estaba la mesa escritorio de palosanto, negra casi, por estar cuidadosa y recientemente barnizada, y sobre la mesa veíanse muy pocos escritos, un sencillísimo tintero cuadrado y macizo de cristal y algunos minerales á guisa de prensa-papeles. En el centro

un velador con piedra mármol, lleno de instrumentos quirúrgicos, de formas extrañas y de reluciente acero. En uno de los testeros había un pequeño armario de libros con puertas de cristales, también de palosanto como la mesa, y todo alrededor de las paredes una sillería de terciopelo azul oscuro, sin otros muebles ni cuadro alguno, resultando de aquí un conjunto frío y desnudo y un severísimo aspecto. Lo que sí había en el frente del otro balcón era una cama de campaña: lo que sí había en el espacio que quedaba entre los dos balcones, era, bajo fanal, un esqueleto, cuya armazón de huesos impresionaba malamente á cuantos entraban; lo que sí había en reemplazo de los cuadros, eran relieves de cartón-piedra pintados al óleo, cuyos relieves no eran otra cosa que las diferentes partes del cuerpo humano despellejadas, mostrando al descubierto arterias, músculos y entrañas, de tal suerte imitados, que repugnaban á la vista, y, por último, algunos animales disecados se hacinaban sobre la cornisa de la librería y recogían en su plumaje todo el polvo que levantaba por las mañanas la escoba de una vieja que tenía el doctor á su servicio.

Era este un italiano que, al decir de las gentes, ganaba mucho dinero. Hombre de gran saber, pero de pocos escrúpulos de conciencia, importábale un ardite el menospreeio con que le miraban los médicos españoles, menosprecio llevado hasta el punto de que un día que fué llamado para una consulta, no por sus compañeros de profesión, sino á instancia del enfermo, tuvo que exhibir su título para ser respetado y atendido en sus observaciones.

Gozaba, en cambio, de gran predicamento con las mujeres, y sobre todo con cierta clase de mujeres. Su especialidad eran las enfermedades secretas, comprendiéndose bajo este título una porción de padecimientos y dolencias que en nada se relacionaban con lo que por él se indica. Más de una vez los vecinos de la casa habían visto entrar á una mujer muy rebozada en su manto, y esperaron inútilmente verla salir al poco rato. Luego, por la noche, oían un grito terrible que los hacía estremecerse, y la paciente bajaba á las altas horas apoyándose desfallecida en el brazo del doctor, y los que escuchaban detrás de las puertas de la escalera la oían decir llorando:

—¡Esto es horrible! ¡Es un crimen!...

A lo que el doctor contestaba en francés:

—*Taissez-vous, madame... ¡On peut nous entendre! vous étée sauvée, et voilà tout.*

Y añadía su exclamación favorita, la exclamación que se oye en Nápoles á cada paso.

—¡FORSE!

Cuando *Estrella* se presentó, estaba el médico renovando el alcohol de un frasco, en que se veía á través del cristal una masa informe de carne humana. El doctor tenía una magnífica colección de fetos.

—¡Ah! es usted,—dijo, mirándola á través de sus gafas de oro.—*Fá molto* tiempo que no tengo el *piacer di vederla.*

Hablaba español é italiano, hermanando perfectamente la construcción gramatical de ambos idiomas.

—Tenemos que hablar. Vengo á ponerme en cura.

—*¡Forse!* ¿Qué cosa?

Y tapando el frasco lleno ya de alcohol, se sentó al lado de la buscona, no sin ir antes á cerrar la puerta de la sala.

Una hora próximamente duró la consulta, y al

cabo de este tiempo abrióse la puerta y salió *La Pálida* más pálida que nunca, llevando en su mano una botella envuelta en un papel.

El doctor la despidió diciendo:

—¡Imposible, *mia cara*, imposible! *Má* con eso *si* calma, *si fa tutto* y no *si conosce. ¡Forse! Addio carissima.*

¡A casa!—dijo Estrella al entrar de nuevo en la berlina.

Y durante el trayecto, su rostro conservó una expresión desesperada.

¡Ver á otro médico! ¿Para qué? Era inútil. Ninguno sabía tanto como el napolitano. Cuando él aseguraba una cosa no había que buscar en otra parte una esperanza. No. No tenía más remedio que conformarse con su suerte. El médico no lo dijo, no lo quiso decir; pero negándose á todo, rehusando por lo expuesta la única operación que podía hacerse, asegurando que con esta operación se jugaba la vida á cara ó cruz, *La Pálida* no tenía que hacerse ilusiones. Duraría más ó menos, pero estaba herida de muerte. ¡Morir! ¡sin haber vivido! ¡sin conocer ninguno de los goces de la existencia! Porque *La Pálida*, en aquella tre-

menda hora, tuvo la revelación de su ignorancia, de su abyección y de su miseria; y sintió que las aspiraciones más puras y los anhelos no satisfechos de su alma, despertándose sobresaltados ante el terror de la muerte, daban grandes voces y prorrumpían en quejas y suplicaban un plazo, una tregua para tener tiempo de ver ellos también el azul del cielo, el color de las flores, respirar perfumes, escuchar el canto de los pájaros, amar la virtud, practicar el bien, dejar un recuerdo y un beso en la frente de algún ser querido, y bendecir la Providencia. ¡Así la muerte es bella! ¡Así debe ser la vida! No como la suya, ocupada primero por los horrores de la miseria, á los que siguieron y reemplazaron las repugnancias de la prostitución. ¡Su alma! Si el alma existe, lo que es la suya no había existido. ¡El amor! Pero ¡Dios mío, cómo era posible ese prodigio! ¿A qué conduce el afán de inventar palabras para cosas que no llegamos á tener nunca, y cuya posesión es deseo tan persistente que nos atormenta y hace sufrir? El amor ya sabía ella lo que era. Un martirio. *El Granuja* la amaba, pero *El Granuja* murió. Y luego todos los hombres habían ído cayendo en sus brazos, pidiéndole besos

y caricias, y una vez besados y acariciados, se marchaban. ¿Qué era aquéllo? ¿Aquéllo era el amor? No. Acaso todos los que abrazó amaban á otra mujer. Pero entonces, ¿cómo podían ir á buscar á la prostituta? ¿Qué es el hombre y qué clase de amor es el suyo? Ella estaba ahora enamorada. Su amor al duque de Tres Estrellas no podía compararse en manera alguna con el que tuvo á *El Granuja*. Era un sentimiento lleno de impurezas, pero al mismo tiempo absoluto, completo y dispuesto á los mayores sacrificios. Era un amor mucho más perfecto que el de los hombres. Ella no podría besar ni abrazar ya á ninguno, y aquel mismo apetito carnal no podía satisfacerse más que con el sér que lo promovía, haciendo repugnantes los demás contactos; además sentía otra cosa, esperaba librar del cieno en que estaba metida, aquella pasión nueva experimentada con tanta fuerza. ¡Ah! ¡Si el duque llegase á comprender toda la ternura que resultaba en su alma! ¡Si el duque pudiera amarla con el mismo frenesí! Entonces, después de tanta felicidad, podía morir, y tal vez la bastaría con esto, y tal vez amaría por vez primera sin que despertasen los groseros instintos de la materia; tal vez senti-

ría lo que dicen que sienten las mujeres honradas. É incorporándose en el asiento, miró con curiosidad á las que pasaban á pie por la calle del brazo de sus maridos, parándose á cada momento, hablando y comentando cuanto veían, mientras el hombre á su lado escuchaba sonriendo aquella charla tan interminable y tranquila como su dicha.

La Pálida se retorcía las manos con desesperación nerviosa. ¡Iba á morir! La idea de la muerte la estaba haciendo pensar en todas aquellas tonterías. Lo principal era tener valor y seguir los consejos del napolitano. Allí estaba la botella. Era preciso que aquella misma tarde hiciese uso de la medicina. «Con esto *si* calma, *si fà tutto e non si conosce, mia cara.*» No pedía más, no deseaba atra cosa. Puesto que curarse no era posible, calmar sus dolores, sufrir lo menos, prolongar la vida, y estando enferma aparentar salud; sí, porque lo que había comprado al médico era un procedimiento de falsificación y engaño. El duque no comprendería nunca que la buscona fuese capaz de cierta clase de sentimientos, y si ella los pusiera de manifiesto contestaría con una carcajada. Lo mejor era callar, disimular, y puesto que era un hombre como los demás, tratarle como á todos. Donde no podía contentarse el amor, saciar el deseo que al amor va unido. El duque no estaba enamorado. El duque se burlaría de una pasión, pero comprendería un capricho. Pues bien; todo quedaba reducido á presentar la pasión empequeñecida bajo esta forma. Conseguir lo que se pudiera. Y antes de morir, abrazar, y besar siquiera una vez, estremeciéndose y palpitando en cada beso, todo el organismo, el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia. ¡Esperar! ¡ni un día más! La muerte se acercaba. ¡El duque de Tres Estrellas, llamado por ella, pasaría la noche en el hotel.

Rodaba ya la berlina dentro de la verja por las enarenadas calles del jardín. Paróse al pie de la escalinata. Bajó el lacayo el estribo, y *La Pálida* entró de regreso tan ensimismada, que no llegó á observar el extraño caso de que ninguno de los criados acudiese á la puerta, cuyo pestillo tuvo que abrir ella misma. Este abandono del servicio tenía, sin embargo, una explicación. Allá en las cocinas, todos rodeaban á la doncella y comentaban á su modo las últimas palabras y órde-

nes del ama. Había una especie de conspiración.

—La señora está loca,—decía sentenciosamente el criado,—de otra manera no se comprende lo que hace. ¡Que no vuelva el lacayo á preguntar por la salud del señor marqués! ¡Eso quiere *sinificar* que rompe con el señorito Luis!

—Es claro.

—Y el señorito Luis está enfermo por ella, y expuso su vida por ella, y todo por ella. ¡Mira tú lo que sois las mujeres!

—Oye, habla bien,—replicó la doncella;—hay mujeres de todas clases, y todas no entramos en el mismo peso.

—Es lo mismo, cuanto más se hace, peor. Ya ves tú que todo lo que hay aquí se lo debe el ama al señorito Luis. Pues atiende al pago que le da; si te he visto, no me acuerdo.

Entretanto Estrella llegaba á su tocador, y tirando del cordón de la campanilla, se impacientaba por la tardanza.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto sorda?—preguntó cuando la muchacha estuvo en su presencia.

—Estaba por allá dentro.

—Que no desenganchen. Métete en el coche y

llégate á la calle de Hortaleza á casa de las de Pérez; ya sabes. Díle á la señorita Rosa que la necesito. Que se venga contigo.

Antes de cumplimentar la orden, antes de salir la doncella, puso la noticia en conocimiento de todos sus compañeros.

—Para nada bueno será eso. Algo van á tramar entre las dos. Allá lo veremos.

XV

Las colgaduras que cerraban el artístico, primoroso y riquísimo lecho Luis XV, estaban entreabiertas, y sobre la holanda fina y suave de sábanas y almohadas, cuyos remates eran de malinas, el cuerpo del marquesito de Villaperdida tendíase desfallecido y postrado. Sus labios se movían de vez en cuando para murmurar un nombre, y estaban entreabiertos para dejar salir un quejido constante:

—¡Pérez! ¡Ay! ¡Pérez!

—Procure usted vencer el dolor y conciliar el sueño.

—No puedo. Es un dolor muy grande. Sufro mucho.

—Ya está—dijo el doctor firmando la receta, y levantándose de la silla en que hubo de sentarse ante la mesa de escritorio.—Ahora traerán

esto, pero hasta dentro de una hora no puede usted tomarlo.

—¡Una hora!—gimió el enfermo.

—Paciencia, señor marqués, una hora pronto se pasa.

Y se acercó al sitio donde estaba el cordón de la campanilla, lo buscó, pasando la mano por la pared, porque ya la tarde iba de vencida y era la luz escasa. Las armaduras, inmóviles y rígidas, puesto en la lanza el guantelete, colocadas sobre sus pedestales negros en los cuatro rincones de la habitación, recibían sobre la coraza los últimos reflejos del sol poniente.

Antes de que el médico lograse su propósito, el mayordomo á quien iba á llamar se presentó llevando en la mano una bandeja y en la bandeja una carta.

—Para el señor marqués.

—El señor marqués no puede leer en este momento,—objetó Pérez;—deje usted esa carta en cualquier parte.

—La persona que la trae dice que tiene precisión de hablar con el señor.

—¿Conmigo? ¿Quién es? ¿De quién es esa carta?

Pero el doctor, sospechándolo, se interpuso.

—Marqués, basta de tonterías. Esa persona que espere, sea quien sea. La verá usted. La hablará. Pero lo que es ahora, yo me opongo. Ahora es imposible. Lo primero es lo primero. Toma tú,—añadió, dirigiéndose al mayordomo, y entregándole la receta:—que vayan por eso á la botica.

Y cuando el criado se acercó, quitóle la carta y se la guardó en el bolsillo. Ponía en práctica el despotismo del médico con respecto al enfermo.

Pero Luis sospechaba ya que la embajada y el embajador venían del hotel. Una sola cosa le hacía dudar. *La Pálida* no sabía escribir. ¿De quién era entonces aquella carta? La curiosidad púsole nervioso.

El doctor Pérez llegóse al lecho, y destapando el cuerpo sin miramiento alguno:

—Vamos, marqués, á lo que importa. Es ya precisa la cura.

Durante un cuarto de hora, el doctor estuvo inclinado sobre el lecho, y no se oyeron más que los quejidos de Luis, y de vez en cuando las palabras con que Pérez amenizaba la operación. «¡Estése usted quieto! ¡qué demonio! hay que sufrir un poco! ¡Luego le permitiré á usted que se levante para ir á comer!»

Al terminar el doctor, sacó la carta y la entregó al marqués, como quien recompensa á un niño con un dulce por su formalidad de un momento.

Ahora ya puede usted leerla y hacer lo que quiera. Llamaré para que venga el mayordomo. Le dejo á usted solo. Voy á mi cuarto para asearme un poco.

Luis, al salir el doctor, miró el sobre que dejara en sus manos, y leyó en él con inusitada sorpresa: «Al señor duque de Tres Estrellas.»

—Esto no es para mí—dijo al criado, que entraba en aquel instante.—¿Quién ha traído esto?

—La doncella de la señorita Estrella.

—¿Está ahí?

—Sí, señor.

—Que pase.

Y sin atreverse á abrir la carta, esperó la entrada de la doncella.

Esta se presentó, quedándose inmóvil ante el umbral.

—¿Cómo está el señorito?

—Estoy mejor. Voy á levantarme.

—Me alegro mucho.

—Vamos á ver qué carta es esta. ¿Quién la ha escrito? ¿Por qué me la traes á mí?

Entonces, acercándose la doncella y bajando hipócritamente la cabeza:

—El señorito me perdonará. Yo no quiero que el señorito se incomode conmigo. Lo que hago es para bien suyo y con muy buena intención; porque para mí el verdadero amo es el señorito, y por eso he creído que mi deber era enterar al señorito de lo que ocurre.

—Acaba—gritó Luis exasperado.—¿Quién ha escrito esta carta?

—Esa carta la ha escrito la señorita.

—Mientes. La señorita no sabe escribir.

—Es verdad; pero no miento. La carta es de puño y letra de su amiga la señorita Rosa; pero debe ser dictada por doña Estrella. Yo fuí á buscar á la señorita Rosa á su casa, y ahora se quedan las dos en el hotel esperando á que yo vuelva.

—Habla. Tú sabes algo más. Habla y no temas.

—Pues bien, señorito; doña Estrella dijo esta mañana que no volviera nadie á poner los pies aquí para preguntar por la salud de usted.

—¿Eso dijo?

—Esa es la orden que dió al lacayo.

—¿Y qué más?

—Y nada más. Pero nosotros hemos sospechado, nos hemos figurado que la señorita quería hacer algo que no está bien. Y como todos nosotros estamos por usted, porque al fin y al cabo usted es el que paga, y no paga usted á ingratos, sino á gentes que le reconocen como el verdadero amo, y como la señorita andan desde hace días muy preocupada, y dos ó tres veces que ha ido á verla el señor duque, sin querer, y porque la salía de adentro, estaba después muy alegre, y todo se le volvía hablar de él... ya ve usted... hoy, con esto de la carta, he tenido bastante, y por sí ó por no, cuando me la dieron, decidí venir á decírselo á usted, y haré lo que usted me mande.

Luis escuchó aquella retahila. Cada palabra le hería profundamente. Tuvo, sin embargo, bastante presencia de ánimo para no dejar traslucir sus impresiones, y luego, acaso sin saber lo que decía, dejándose llevar de un sentimiento de orgullo:

—Llévate esa carta. Llévala á su destino. Ya

sé lo que contiene y por qué se ha escrito. No es verdad nada de lo que tú te figuras.

Y como la doncella, después de coger el billete, continuara en el mismo sitio:

—Vete: ¿qué haces ahí? Ya lo has oído.

El marqués no necesitaba saber más. Un denuedo varonil de que él mismo se maravillaba, denuedo que sólo tiene explicación lógica por el mismo estado de sobreexcitación que mantenían los dolores físicos en su organismo, hízole concebir fácilmente propósitos y resoluciones de que nadie le hubiera creído capaz hasta entonces. Además, influía mucho en la pérdida de todo miedo, el mismo que tuvo cuando ocurrieron los sucesos del desafío y el resultado de éste. Luis no temía ya al duque de Tres Estrellas. Era el duque valiente, pero él era más diestro. La delación de la doncella habíale producido dolor inmenso, ira extrema, grandes deseos de venganza. Dolor, sí, porque él amaba á *La Pálida*, y amábala de tal suerte, que sin ella no concebía la vida, y sólo por ella quería vivir. *La Pálida*, entretanto, aprovechándose de la enfermedad que le tenía postrado en aquel lecho, trataba de satisfacer el amor que á su vez sentía por otro hombre,

amor tan sensual, pero tan terrible como el suyo. *La Pálida* recobraba su libertad; le engañaba; le desdeñaba, creyéndole inofensivo. No lo era, no. Tenía que demostrarlo; estaba resuelto á demostrarlo de algún modo. Para ello necesitaba sorprenderla con su amante, burlar la vigilancia del doctor, y puesto que el doctor aseguraba que podría levantarse, levantarse y salir cuando todos estuvieran durmiendo en el palacio. Ir al hotel, presentarse allí, y después... después ignoraba lo que diría, lo que haría, al ver á *La Pálida* en brazos del duque, porque así quería verla. Ignoraba con qué palabras iba á increparla, y cómo echaría en cara al duque su felonía. Había hecho bien en dejar que la carta llegase á su destino.

El doctor volvió á presentarse en la habitación.

—¿Puedo levantarme?

—¡Ya lo creo! Y antes de comer tomará usted lo que receté poco há. Es un tónico poderoso. Respondo de conservarle á usted una vida ficticia, pero exuberante y rica, mientras dure el efecto de esa medicina, cuya base es el arsénico. Un veneno que mata á los vivos y resucita á los muertos.

—¡Ah! mejor que mejor. Amigo Pérez, voy á vestirme.

El médico no preguntó por la carta; sabía perfectamente de quién era, y sospechaba que la animación del paciente era efecto de la lectura de su contenido.

Entretanto, en el hotel ocurrían escenas de índole muy distinta. Rosita Pérez, *La Pálida* y el duque de Tres Estrellas, comiendo, departían amigablemente. Estrella estaba impaciente, y era feliz mirando á su nuevo amante, oyéndole hablar, deseando que la comida diese fin, y que Rosita Pérez volviera á su casa, dejándola sola con el noble. Entretanto, sentada junto á él, sin cuidar ni recatarse de los criados que servían los platos, reíase como una loca con los cuentos y chascarrillos del duque, bajaba la mano y por debajo de la mesa le acariciaba.

¡Sí! el duque estaba allí. Había recibido su carta, la carta que escribió Rosita. La leyó, echóse á reir y exclamó: «¡Vaya un capricho!» por todo comentario; y como, en realidad, aquella noche nada tenía que hacer, aceptó el convite diciendo: «¡Pobre marqués! Voy á tener que recibir otra estocada suya en cuanto lo sepa.»

Sí; el duque estaba allí. Había acudido á la cita, dispuesto á pasar una alegre noche. Pero lo que Estrella no veía, lo que su mismo contento no la dejaba observar, era que los ojos del duque miraban á Rosita con la misma insistencia con que ella á su vez le miraba. Lo que *La Pálida* no sospechaba ni sabía era que el duque, desde el primer momento, había sentido por Rosita un capricho igual al que *La Pálida* por él sentía. Aquella otra mujer, que él no esperaba encontrar allí, tuvo para su alocada imaginación el encanto de la sorpresa y el atractivo de lo que no se conoce. Preguntó, indagó, disimulando y como quien pregunta é indaga sin más interés que el de buscar un tema de conversación, y cuando por la misma Rosita estuvo enterado de la historia, cuando supo que Rosita empezaba entonces la vida airada; que era, en fin, no sólo una mujer desconocida, sino que también una mujer nueva, ya su interés amenguó con respecto á *La Pálida*, más hermosa, pero veterana y ajada, y se propuso aprovechar en lo posible la casualidad de aquel encuentro.

Y después de todo no necesitaba disimular. ¿Por qué? Él estaba allí solo con aquellas dos

mujeres. La comida terminaba ya. Los criados habíanse retirado después de servir el café. No habían comido en el comedor, sino en el mismo gabinete que precedía á la alcoba de *La Pálida*. Desde la mesa estaban viendo la cama, una hermosa cama de matrimonio ¡carape! en la cual podían dormir á sus anchas tres personas. ¡Tres! ¿Y por qué no? Los tres estaban borrachos, y *La Pálida* más borracha que él mismo, porque ya sabemos que el duque tenía aquella mala costumbre. ¡Eh, qué demonio! Había que tratar en broma las cosas de risa. Las mujeres borrachas lo aceptan todo, porque no saben ni lo que hacen ni lo que dicen.

Entonces el duque, levantándose, hizo conocer su pensamiento. Era una idea que se le había ocurrido. Ya habían comido y bebido bastante. Eran cerca de las doce. La media noche. ¡Ea, á acostarse!

Pero en lugar de las risas con que esperaba que fuese acogida su proposición, vió á Estrella erguirse furiosa, hecha un energúmeno, y á Rosita callar asustada, palidecer y temblar. No comprendió bien lo que la buscona le decía. No tenía él la cabeza para prestar atención á nada. Necesitaba otro bofetón como el de marras para despejarse. Viendo á Estrella montar en cólera, montó en cólera también. ¡Ah! ¿Conque se oponía? ¿conque no iba á hacerse lo que él tenía pensado? ¡Ya lo veríamos! De grado ó por fuerza.

Se levantó, cogió á Rosita en sus brazos, y nervudo y fuerte, á pesar de la embriaguez, venciendo la resistencia de ésta, la llevó en vilo hasta la alcoba. *La Pálida* iba detrás de él, loca de furor, pegándole, tratando de arañarle; la lucha, empezada en el gabinete, continuó allí, cayendo los tres en confuso montón sobre la cama. Rosita estaba llorando. El duque se reía y trataba de sujetar á las dos mujeres.

La risa, el llanto, los gritos y cóleras desbordadas de *La Pálida*, no les permitieron oir cómo se abría la puerta del gabinete, ni ver al marqués de Villaperdida que entraba desencajado, lívido, semejante á un moribundo que en un momento de delirio salta del lecho y se lanza á la calle.

El marqués llevaba un revólver en la mano derecha. Con la izquierda se apoyó en la mesa. Desde allí miró á la alcoba, oyó los gritos de su querida, la carcajada del duque, quiso distinguir

los bultos, pero su mirada no acertó en aquel confuso montón, que se movía sobre el lecho, extendió el brazo armado, y disparó.

Cayó al suelo una mujer, volvió su rostro, miró al matador y dijo:

—¡En la cabeza!... por fin... así, está bien...

Era *La Pálida*. Se moría. El duque y Rosita saltaron por el lado opuesto. El marqués dirigía de nuevo el arma hacia ellos, pero no tuvo fuerzas. El brazo soltó el arma, y se llevó ambas manos á la frente, gritando con desesperado acento:

—¡La he matado! ¡Dios mío!... ¡la he matado!

Los criados acudían al ruido del disparo.

—Vámonos,—dijo el duque, cogiendo la mano de Rosa;—no conviene estar aquí cuando venga la policía.

Y tuvieron tiempo, al salir por la puertecilla de escape, de ver que delante de toda la servidumbre entraba la doncella diciendo:

—¡Bien muerta está! Hay que salvar ahora al señorito.

EPÍLOGO

Es muy breve.

Nada se pudo averiguar. El crímen del hotel pasó por un suicidio. La policía encontró el revólver junto al cadáver, el cadáver al pie de la cama donde cayó, y la bala en la sién. En cuanto á Luis, presa de una convulsión horrorosa, fué conducido á su palacio en un coche de alquiler, dentro del cual iba también cuidándole la doncella.

El doctor, enterado por ésta de lo sucedido, y teniendo que levantarse á media noche, examinó al enfermo y se encogió de hombros desdeñosamente.

—Es preciso,—agregó aquella servicial muchacha,—es preciso que si vinieran aquí los de justicia, declare usted que el señorito no ha salido en toda la noche. Hay que probar la coartada.

—¿Y cuándo crees tú que vendrá la justicia, si es que viene?

—Pues mañana. Y el señorito, que no sea tonto, que no se pierda por una mujer así. Que declare lo mismo.

—Descuida. Si viene mañana la justicia, es ya tarde, y si viene dentro de una hora, también.

—¿Por qué?

—Porque el señorito, como tú dices, ó el paciente, como digo yo, iba ya muerto cuando llegó al hotel. Acababa de tomar una medicina y necesitaba haber estado en la cama. Ha salido, ha sufrido una gran conmoción. Yo te respondo de que está agonizando; que llamen al padre Manrique.

En cuanto á nuestro conocido Lasoga, aquella noche la pasó en *La Botica*, y no supo nada, ni nada supieron los demás socios hasta el día siguiente.

¡Ni cómo habían de saberlo! En *La Botica* se celebraba con una opípara cena entre hombres solos un fausto acontecimiento.

El diputado á Córtes, D. Arístides, pagaba el banquete. Los suyos, los hombres de su partido, acababan de concederle la recompensa debida á

sus méritos y servicios. Había sido nombrado gobernador de Madrid.

Y decían los periódicos ministeriales dando la noticia en su estilo de cajón:

«El pueblo madrileño está de enhorabuena. »El nuevo gobernador se propone reprimir con »mano fuerte todos los abusos y escándalos que »hasta hoy existen. El juego y la inmoralidad »serán objeto de severísimas medidas que reglamenten lo que desgraciadamente no pueda suprimirse, atendiendo á la higiene pública, y »hagan cesar por completo todo aquello que viene turbando la paz de las familias honradas.»

FIN DE LA NOVELA

APÉNDICE

Yo soy uno de los pocos españoles que vivimos en Madrid sin publicar un periódico. Esto no quiere decir que me encuentre sin pecado. He sido periodista hasta que por voluntad y propósito decidido dejé de pertenecer al periodismo, consagrándome por completo á las tareas literarias; vivo, pues, publicando mis libros, escribiéndolos con el mayor esmero que se me alcanza, y cobro la subvención que me paga el público que los compra.

No esperaba yo tener que tomar la pluma para defenderme de ataques injustos y enemistades personales, cuya existencia ignoraba en absoluto. A saber esto, hubiese publicado un periódico, ya que en España se publican tan fácilmente que no parece sino que nacen por generación espontánea.

Con lo que yo contaba desde luego era con las censuras de la crítica, porque falta á mis novelas, como á todas las obras humanas, y acaso más que á ninguna, mucha, muchísima distancia para llegar á la perfección. Estas censuras todos los autores tenemos que agradecerlas si proceden de sana intención, convencidos ó no después de escucharlas, guardar silencio, aun cuando la crítica, que también es obra humana, se equivoque. Hícelo así cuando publiqué *Los amores*, y observé igual conducta con respecto á *El periodista*. Hícelo así teniendo que violentar mucho mi carácter, teniendo que contenerme para no decir á los que elogiaban el primero de estos libros: «Mi mayor pesar es haber escrito ese disparate», teniendo después que reprimir la risa cuando en cambio tachaban *El periodista* de librejo escrito á la ligera y malamente calificado por mí como *novela política*.

En estas aventuras recibí cartas excitándome y animándome á que abordase de frente y con todo valor la campaña naturalista, y que dejando procedimientos tímidos, escribiese una novela médico-social. Decidí entonces la redacción de *La Prostituta*, adquirí datos, estudié lo necesario, y

cuando tuve en mi poder reunidos y clasificados cuantos documentos necesitaba, empecé el libro.

Dos editores de Madrid á quienes expuse mi pensamiento y dí lectura del primer capítulo, rehusaron acometer la empresa. Debí sospechar entonces algo de lo que iba á sucederme. Debí comprender que, como vulgarmente se dice, no estaba todavía el horno para bollos. El título de mi novela les gustaba y también el capítulo leído; lo que no les gustaba poco ni mucho, era la descripción descarnada de la repugnante llaga social. Querían editar *La Prostituta*, y uno de ellos hízome prorrumpir en una carcajada cuando me dijo de completa buena fe y como resumiendo su pensamiento: «Haga usted, en una palabra, una *Prostituta* decente.»

Después de la carcajada vino la indignación. Yo no encontraba editor para una novela naturalista, pero sí para un libro pornográfico. Nadie quería que mis propósitos se limitasen á un análisis, del cual había de resultar el vicio repugnante y abominable, tal como es. Todos deseaban que las repugnancias se hicieran agradables á la vista. «Ya ve usted—añadían,—Dumas, hijo, escribió *La Dama de las Camelias*. Es casi el

mismo asunto, pero la protagonista ama y siente, es una verdadera heroína que se muere tísica y enamorada. Sólo así se pone á salvo la moral.» Despreció aquellos consejos, porque el sentido común dice á cualquiera, que esta moral de los editores no es ni puede ser la que conocemos todos, y la que en los Estados que tienen códigos para la moral, se llama moral del Estado. Deduje de todo lo expuesto, que mis amigos, los maestros de la novela moderna, ignoraban la preponderancia de que todavía gozaban en mi patria los libros de caballería y las obras del romanticismo. Pero comprometido con ellos á escribir con arreglo á mis convicciones literarias, y teniendo un compromiso mayor con mi conciencia, empecé la impresión de *La Prostituta*.

Empezarla, y empezar también la guerra al libro, fué todo uno. No contaba yo con la prensa. Un genio crítico de los tiempos modernos, uno de esos literatos que se adelantan á su siglo, y cuyo talento, no comprendido, se emplea en este en que vivimos, escribiendo gacetillas para la tercera plana de los periódicos y piececitas en un acto para los teatros por horas, supo el título de mi novela, y con una castidad sólo comparable á

su talento susodicho, se ruborizó, se indignó y dió la voz de alarma á la sociedad amenazada.

Tuvo un arranque lírico de primer orden, y cumpliendo, si no con los deberes de compañerismo, con los de hombre honrado y ciudadano pacífico, delató en el periódico mi novela, llamando en su auxilio al Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia.

Proseguí la impresión de mi asendereado libro; después de contestar este ataque como se merecía, y la proseguí tranquilo, fundando mi tranquilidad en dos seguros cimientos. La primera, en los fines morales, que no porque yo los buscara, sino por ser lógicos, resultaban de *La Prostituta*. La segunda, en que me amparaba y protegía la ley de policía de imprenta, única que rige ahora, en la cual está expresada y consignada la libertad del libro. Tenía además de mi parte, verdaderas autoridades en materia literaria que, sin participar de mis ideas naturalistas, me alentaban y aseguraban que no estaba equivocado, que mi novela se ajustaba perfectamente á lo que preceptúa la filosofía moral, y que así lo harían ellos constar en sus críticas por escrito.

Se publicó, por fin, *La Prostituta*, y ¡aquí fué

Troya! Aquello era intolerable. Los románticos pasaban muy malas noches. La novela tenía un éxito fabuloso. Se vendía mucho más que *El Amadis de Gaula* y *Tirante el Blanco*, y que los Amadisis y Tirantes de todos los colores que ellos publicaban. El Sr. Campillo, catedrático en literatura en el Instituto del Cardenal Cisneros, declaraba en un artículo precioso, que *La Prostituta* era una novela perfectamente moral, no sólo ajustada á la moral pública, sino que también á la moral casera. Hubo gran revolución, y me aseguraron que la autoridad iba á intervenir en el asunto; cundió la alarma en las librerías, y con efecto, cuando yo seguía negando la posibilidad de que tal cosa sucediera, el Gobernador, por conducto de sus delegados, mandó retirar de la venta los ejemplares, é hizo la denuncia á los tribunales de justicia.

Tercera equivocación mía, tercera derrota del naturalismo, y triunfo de los románticos y de los gacetilleros en toda la línea.

Sometido á un proceso, tenía derecho á esperar que toda crítica acerca de *La Prostituta* se aplazaría hasta tanto que los tribunales decidieran, porque lo mismo el elogio que la censura,

podían parecer movidos á ejercer presión acerca de este mismo fallo.

¡Cuarta equivocación! La crítica, creyendo el moro muerto, dióle gran lanzada. El héroe de esta segunda hazaña fué un antiguo amigo mío, *el David del romanticismo*, el señor D. Luis Alfonso, autor de *Azul, Amarillo y Verde* y otras obras no menos pintarrajeadas que este *libro pornográfico*, y de tanta aceptación, que las ediciones completas duermen el sueño de los justos en los almacenes de los libreros. Al señor Luis Alfonso siguió, bajo pseudónimo, un académico, y lo aseguro, porque me han dicho que lo es y quién es, el autor del ataque publicado con la firma de *Medrano*, firma que es por cierto y debe tenerse como una usurpación de estado civil del clown español que todos hemos aplaudido en el circo del señor Parish.

¡Basta!

La Prostituta está sometida á un proceso, pero el autor tenía adquirido en las cubiertas de aquel libro el compromiso de escribir *La Pálida*. Lo he cumplido. Hablemos ahora de otros asuntos que más nos importan, y en los cuales, siguiendo mi costumbre, he de ceder la palabra

á la autorizada opinión de monsieur Emilio Zola.

Hé aquí algunos párrafos extractados de su estudio acerca de los novelistas contemporáneos:

«Heme aquí,—dice,—obligado á terminar este estudio de la actual novela francesa con un rápido examen acerca de la gran cuestión del estilo. Hay que decir á dónde hemos llegado en este punto, porque la cosa vale la pena. En ninguna época la forma ha preocupado más á los escritores. Frente á frente de los destajistas ha crecido un grupo de estilistas. Parece que la fecundidad espantosa de los folletinistas y articulistas, que esas carretadas de frases incoloras é incorrectas que vierten por la mañana todos los días en la cabeza del público, los jornaleros de la prensa, han impulsado á los ingenios literarios á una reacción violenta. Se han separado de ellos, convirtiéndose en joyeros literarios, dedicándose á cuidar y cincelar su estilo, tanto más cuanto descuidaban el suyo los folletinistas y periodistas. De esto ha resultado esa preocupación de la frase, que quedará como uno de los caracteres de nuestra literatura contemporánea.

»Aún pudieran investigarse otras causas. El

movimiento romántico fué, sobre todo, un movimiento de retórica. Se trataba de dar sangre y fuerza al idioma francés, del que los siglos clásicos hicieron una materia seca y clara, dura, quebradiza, imposible para emplearla en poesía. Precisamente, entonces nacía el lirismo; el amor á la naturaleza pedía una nota nueva, y era preciso un instrumento más rico y más dúctil, para expresar todas las sensaciones refinadas que el siglo traía consigo. Registrábase, pues, el lenguaje antiguo, ensanchábase el diccionario, y se discutía por cuestión de palabras. Toda la revolución literaria de 1830, limítase á esto: consiste en una sociedad nueva que busca nuevo modo de expresar sus sentimientos. Naturalmente, al día inmediato á esta insurrección de la forma, que aportaba un número considerable de neologismos y de arcaismos, la idea de los escritores de talento fué rehacer una revisión de estilo, reglamentar las frases conquistadas, sacar partido del diccionario tan ampliamente aumentado. En seguida era debido llegar al preciosismo y á lo exquisito. Nadie pone en duda, en el público, la ciencia y la paciencia que gastan ciertos autores todos los días. Léeseles rápidamente, sin presumir el cui-

dado que ponen hasta en las comas; durante horas enteras discuten cada palabra, examinándola en atención al oído y á la vista; no sólo se preocupan de la frase como gramáticos, sino que exigen de ella una música, un color y hasta un olor. No se les escapa ni una consonancia acertada ó infeliz. Han querido la perfección de la forma, lo absoluto, persiguiendo las repeticiones de las palabras, en cien líneas de distancia, declarando la guerra á las mismas letras, para que no se repitan muchas veces en la misma página. Se ha llegado á escribir la prosa con mucha más dificultad que el verso. Por lo demás, el caso es no menos notable en poesía. Se han refinado los versos de Hugo, que son con frecuencia duros é incorrectos. Se le ha robado su manera, limándola y cincelándola de una manera perfecta. Ha sucedido que muchos jóvenes de gran fuerza de asimilación, hacen versos maravillosamente, el útil se conoce; han aparecido diestros obreros, y todo poeta inteligente que sale de provincias es un maestro. Para la prosa, vamos á presenciar muy pronto una fabricación parecida, hecha sobre patrones ya cortados.

»Este ha sido el primer escollo del extremo

cuidado con que los maestros atiendan al estilo; crean fatalmente procedimientos que son excelentes mientras que de ellos se sirven, pero llegan á ser intolerables cuando los heredan sus discípulos. Aun entonces importaría poco; pero es lo peor que todo procedimiento me parece peligroso hasta para el que lo inventa, y llego con esto á la cuestión capital.

«Leyendo á los escritores de los pasados siglos, apercíbese uno muy pronto de que hay que dividir sus obras en dos partes: una que es humana y eterna, y la otra que envejece. Esta parte que envejece, es precisamente la jerga literaria de la época; una jerga sentimental, apasionada, ó sencillamente poética. Examinad los diálogos amatorios en Moliére, Corneille ó Racine; todas las cosas bellas que allí se dicen nos parecen hoy prodigiosamente frías ó pretenciosas; sin embargo, antes encantaban á los espectadores, y debían tener sobre el público un efecto seguro, puesto que sin variación las encontramos en todas las obras de su tiempo. En el siglo décimo octavo cambió la moda, y sólo gustaba la naturaleza y la virtud; pero ¡válgame Dios, y qué galimatías! Declaro que no me fué posible leer nunca *La*

Nueva Eloísa sin bostezar. El estilo es insoportable; ese estilo que ha hecho verter tantas lágrimas y latir tantos corazones.

»Esto merece qué reflexionemos. Hay, pues, una jerga particular en cada período literario jerga que adopta la moda, que seduce á todo el mundo, que cae en desuso y que después de haber hecho el éxito de los libros los condena con justicia al olvido. De aquí que nosotros también debamos tener nuestra jerga. La desgracia está en que si vemos claramente la de las épocas pasadas no nos extraña y hiere la de la nuestra: antes por el contrario, debe ser nuestro vicio, nuestro goce literario, la perversión del gusto lo que forma ese agrado que nos cosquillea. Yo he pensado con frecuencia en estas cosas, y heme visto acometido de un estremecimiento pensando en que ciertas frases que tanto me gusta hoy escribir, dentro de cien años harán sonreir sin duda alguna.

»Lo peor es que he llegado á tener el convencimiento de que la jerga de nuestra época, esta parte de estilo puramente de moda y que debe envejecer, quedará como una de las jergas más monstruosas del idioma francés. Y esto puede

predecirse de una manera casi matemática. Lo que envejece más es la imagen. Siendo nueva, la imagen seduce. Luego, cuando la han empleado dos ó tres generaciones, se convierte en un lugar común, es un guiñapo, es una vergüenza. Ved á Voltaire con su idioma seco, su frase nerviosa, sin adjetivos, que cuenta y no pinta, siempre es joven, eternamente. Ved á Rousseau, que es nuestro padre, vedle con sus imágenes, con su retórica apasionada: tiene páginas insoportables. Ya estamos en desgracia, nosotros que hemos seguido á Rousseau, que forzamos la literatura con todas las artes, pintando, cortando frases como si fueran bloques de mármol, exigiendo á las palabras el perfume de todas las cosas. Todo esto simpatiza con nuestros nervios, lo encontramos selecto, es perfecto. ¿Pero qué diremos á nuestros nietos? Su manera de sentir habrá cambiado, y estoy convencido de que se quedarán estupefactos ante algunas de nuestras obras. Casi todo estará viejo. No quiero nombrar á nadie, pero muy á menudo me ha inquietado el deseo de saber para cuál de nosotros se mostrará severa la posteridad, y creo que los más grandes caerán heridos en la cabeza.

»Hay demasiada jerga, y una jerga tanto más enojosa, cuanto que es de especialísima perfección de forma: esta es mi opinión acerca de nuestra época literaria. No vive un libro porque esté escrito con hermoso estilo: vive cuando es humano, y tiene forma sencilla y precisa á la que pueden acomodarse los lectores de todas las épocas. Preciso sería desprendernos de nuestros procedimientos, y sobre todo no creer que conquistamos la inmortalidad porque hayamos evitado la repetición de palabras ó contando las comas de una página. Confieso de buen grado, por otra parte, que no es fácil despreocuparse de su época, y que es difícil decir sin temor á equivocaciones: «Esto se eternizará, esto otro no durará mucho.» Pero siempre podré decir cuál es para mí el buen escritor. Un idioma es una lógica. Se escribe bien cuando una idea ó una sensación se expresa con la palabra exacta. Tener una fuerte impresión de lo que se habla y expresar esta impresión con la mayor intensidad y la mayor sencillez, ese es el arte de escribir, entero y completo. Lo demás no son más que moños y arrumacos. Ya es muy bello el sentir personalmente y el tener sensaciones propias: añádase que ese don sólo lo tienen

los maestros. Sólo que hace falta además encontrar la expresión exacta. Cuanto más directa sea, sin condimento literario, yendo recta á la vida, más poderosa será y más joven eternamente, con la misma vibración de la verdad.

»¿Quereis saber el estilo con que sueño á veces? Pertenezco demasiado á mi época, tengo los pies metidos en el romanticismo y no puedo pensar en desprenderme por completo de ciertas preocupaciones retóricas. Nuestros hijos se encargarán de este trabajo. Yo conservaré siempre todos nuestros refinamientos de escritores nerviosos, los dichosos descubrimientos, los epítetos que pintan las frases que suenan bien. Pero en este estilo tan caprichosamente trabajado, tan sobrecargado de adornos de toda clase, yo quisiera hundir el hacha, abrir claros, llegar á una luz más amplia. Menos arte y más solidez. Una reacción al idioma tan redondo y limpio del siglo décimo séptimo. Un esfuerzo constante para que la expresión no traspasara los límites de la sensación. En una palabra, somos melódicos, ejecutantes muy hábiles, que tocamos hermosas variaciones de los motivos más conocidos. Cantamos: *A la luz de la luna*, añadiendo gorgoritos tan

caprichosos y escalas tan imprevistas, que no se conoce la antigua melodía, y se nos aplaude con estrépito. Pues bien; desearía que fuésemos menos brillantes y tuviésemos más fondo. Todo este lujo es infantil. Son chucherías de arte que, bajo el aspecto humano, no tienen resultado de ninguna especie. Cierto, es exquisito, es complicado; dejará lindas fruslerías en nuestra literatura, pero mejor fuera que dejase obras de fuerza.

»Los extranjeros nada comprenden en esto de nuestras preocupaciones de estilo. He hablado con ingleses, con alemanes; jamás se ha visto evolución semejante en su literatura. Los mejores novelistas ingleses, Dickens, entre otros, han escrito con arreglo á su idioma, sin esos refinamientos hasta en la puntuación. En cuanto á los alemanes, su estilo consiste en decir todo lo que piensan con gran amplitud. Sólo nosotros nos apuramos, desde los tiempos de Rousseau, para extraer de las palabras una esencia artística particular. Con las ideas de nuestros escritores puristas, ni uno solo de nuestros clásicos permanece en pie: de vez en cuando una frase está bien; pero los *quien* y los *que* prodigándose, estropean lo restante, embarúllanse los períodos, y los epítetos se presentan mal ó no tienen color. Y véase la inconsecuencia de los escritores del siglo décimo sétimo. El único que aclama y saluda nuestra generación, tan enferma de la perfección artística, es precisamente Saint-Simón, el más incorrecto, pero también el más personal de todos los prosistas.

»El amor á la personalidad es, como yo espero, lo único que nos salvará.»

. . . . . .

Hasta aquí las opiniones del novelista y crítico francés acerca de la importante cuestión del estilo, opiniones con las cuales estoy de acuerdo, y tomándolas como consejos, procuro aprovecharme de ellas, porque la cuestión del estilo reviste en España el mismo carácter que en Francia, y estamos los de aquí igualmente contagiados en este punto.

Conviene mucho que las opiniones de monsieur Zola se conozcan en España, y se discutan aquí donde tanto se discute, como se ha discutido en Francia, seriamente.

M. Emilio Zola explica también en un notabilísimo estudio crítico acerca de M. Gustavo

Flaubert, el carácter que debe tener la novela moderna.

El primero es, según él, la reproducción exacta de la vida, la ausencia de todo elemento ficticio.

«La composición de la obra,—añade,—no consiste ya en la elección de las escenas y en cierto orden armónico para su desarrollo. Las escenas son las que primero se ocurren; sólo que el autor las equilibra con el objeto de hacer de su obra un monumento de arte y de ciencia. Es la vida exacta presentada en un cuadro de admirable hechura. Queda, pues, desterrada toda invención extraordinaria. No hay ya en esta obra niños marcados al nacer, que se pierden luego para que se encuentren en el desenlace. No hay ya muebles con secreto, papeles que sirven en el momento oportuno para salvar á la inocencia perseguida. Falta toda intriga, por sencilla que sea. La novela marcha por sí sola, contando las cosas día por día, sin preparar ninguna sorpresa, ofreciendo asunto para una miscelánea á lo sumo, y cuando acaba, es como cuando se deja de estar en la calle y vuelve uno á su casa. Balzac, en sus obras maestras *Eugenia Grandet*, los *Parents pauvres*,

Le Père Goriot, dió por este medio páginas de magistral desnudez, en que su imaginación se satisfizo con la verdad.». . . . . .

. . . . . .

«Donde es más fácil ver la diferencia es en el segundo carácter de la novela naturalista. Fatalmente, el novelista mata á los héroes, si no acepta más que la marcha general de la existencia común. Por héroes, entiendo yo esos personajes ampliados desmedidamente. Cuando preocupa poco la lógica de la relación de las cosas entre sí y las proporciones precisas de todas las partes de una obra, vése uno llevado á querer dar pruebas de fuerza, á dar toda su sangre y todos sus músculos al personaje hacia el cual se experimentan especialísimas ternuras. De aquí, esas grandes creaciones, esos tipos sobrenaturales, cuyos nombres se inmortalizan. Por el contrario, los pobres diablos se empequeñecen y se colocan en las filas, cuando se experimenta como única preocupación, la de escribir una obra verídica, ponderada, que sea el proceso verbal y fiel de cualquier aventura. Si se tiene buen oído, en este punto la primera página da el tono de todas las demás, se establece una tonalidad armónica

sobre la cual no se puede cantar sin que se lancen las más abominables notas desafinadas. Se ha buscado la medianía corriente de la vida, y es preciso no salirse de ella. La belleza de la obra no consiste ya en el engrandecimiento de un personaje que deja de ser un avaro, un glotón, un perezoso, para convertirse en la avaricia, la glotonería ó la pereza mismas: consiste en la verdad indiscutible del documento humano, en la realidad absoluta de las pinturas, en las que todos los detalles ocupan su sitio y nada más que este sitio.»

. . . . . .

«Insistiré, por fin, acerca del tercer carácter. El novelista naturalista afecta desaparecer completamente detrás de la acción que cuenta... No se le oye reir ni llorar con sus personajes, y tampoco se permite juzgar sus actos. Este aparente desinterés es el carácter más distintivo. En vano se buscará una deducción, una moral, una lección cualquiera que se desprenda de los hechos. Sólo están expuestos á la luz los hechos mismos, laudables ó abominables. El autor no es un moralista, sino un anatómico, que se contenta con decir lo que encuentra en el cadáver humano. Los lectores son los que deducirán, si quieren, y

buscarán la verdadera moral, tratando de sacar una lección del libro. En cuanto al novelista, permanece apartado, ante todo, por una razón artística, para dejar á su obra su unidad impersonal, su carácter de proceso verbal, escrito para siempre en el mármol. Piensa que su propia emoción molestaría la de los personajes, y que su juicio atenuaría la superior lección de los hechos. Esta es una poética nueva, cuya acción cambia la faz de la novela.»

FIN DEL APÉNDICE